

COLECCION PUEYO
DE NOVELAS SELECTAS

CRISTINA MA
ALLOZA



¡ENCONTRÉ
MIS BLASONES!

RENCONTRE MIS BLASONESI

+
Cristine M^{re} Alloggi

10-4-49

289

Colección PUEYO
de Novelas Selectas

¡ENCONTRÉ MIS BLASONES!

NOVELA

POR

Cristina María Alloza



EDITORIAL PUEYO, S. L.
ARENAL, 8. - MADRID

Queda hecho el depósi-
to que marca la ley,
Derechos reservados.
Madrid.-1949.

*A la memoria del insigne poeta, Maximiano
Alloza.*

*Llegue hoy, hasta ti, la esencia de sus pági-
nas como suave incienso, de amor, va que, en
cada una de ellas, te dediqué un recuerdo, y en
cada recuerdo, una oración.*

Tu hija,

FUERA DE COLECCION

La sombra de otra mujer

Apasionante novela de Paz de Castilla.

Precio: 15 pesetas



Matrimonio de conveniencia

Novela de Max du Veuzit.

Precio: 8 pesetas

COLECCION PUEYO DE NOVELAS POLICIACAS

Producto del más fino estilo detectivesco de firmas inglesas tan acrisoladas como difundidas, cuyas obras han sido vertidas recientemente al ITALIANO, ALEMÁN, PORTUGUES, FRANCÉS y ESPAÑOL, aparte del idioma de origen.

SUGESTIVAS CUBIERTAS A CUATRO COLORES,
ARGUMENTOS COMPLETAMENTE NUEVOS.
ATRACTIVA PRESENTACION
NUTRIDO TEXTO

son las características de nuestra interesantísima
nueva producción

AUTORES Y TITULOS PUBLICADOS

- 1.—Berkeley Gray: *Una rubia en peligro.*
- 2.—Berkeley Gray: *Alias Norman Conquest.*
- 3.—Edgar Hale: *Las lágrimas del Diablo.*
- 4.—Colin Robertson: *Dos habian de morir.*
- 5.—Berkeley Gray: *El alegre temerario.*
- 6.—Victor Gunn: *Un muerto en las arenas movedizas.*
- 7.—Berkeley Gray: *Conquest el caballero.*
- 8.—Colin Robertson: *El caballero negro.*
- 9.—Victor Gunn: *El muerto rie.*
- 10.—Berkeley Gray: *La Asociación de los buitres.*
- 11.—Victor Gunn: *Huellas de sangre.*
- 12.—Berkeley Gray: *Bola de fuego.*
- 13.—Edgar Hale: *La muerte estaba en las cartas.*

Solicítelas a su librero o a

EDITORIAL PUEYO, S. L.

Apartado 322

Madrid

ENCONTRÉ MIS BLASONES

I

En aquella hermosa mañana de mayo, ante el palacio del marqués de Alda, majestuoso edificio que se alzaba en el paseo de la Castellana, detúvose un lujoso automóvil blanco; de él descendió un elegante caballero, de unos treinta años aproximadamente, que sin prestar atención a los saludos de bienvenida que le prodigaba el portero, penetró, con aire altivo, en la casa.

Paróse un instante al pie de la escalinata de mármol; echó una ojeada a alrededor, escrutando minuciosamente hasta el más mínimo detalle de cuanto le rodeaba, yéndose a posar, al fin, su mirada en la austera expresión del retrato de don Eugenio, abuelo de Miguel, que cubría casi en su totalidad una de las paredes del amplio vestíbulo.

Después fijóse en los demás objetos.

—Sí —se dijo—; todo estaba como antes de abandonarla; los mismos muebles que entonces, de la misma manera distribuídos, el mismo servicio o casi el mismo. Daba la sensación de que por allí no había pasado la terrible guerra.

Lanzó un suspiro de satisfacción.

¡Ah, qué feliz se sentía en esta lujosa mansión, teatro de sus mayores diversiones!

Le parecía que todo lo que había sucedido después de aquella fatal noche había sido un sueño, y que hoy, al despertar de aquella terrible pesadilla, venía apresuradamente en busca de su querido amigo para contárselo todo.

Entornó los ojos y le pareció ver claramente lo pasado.

Como en sueños, se vió cenando en el amplio comedor, sobriamente amueblado, demasiado solemne para dos personas, que parecían perderse bajo las paredes, de exagerada altura, y sentados en una mesa de largas dimensiones.

José les servía en silencio, y como siempre, era proverbial en aquella casa el servir exquisitamente, la mesa cubierta con un magnífico mantel de encaje, y sobre hallarse la enorme araña encendida, encima de aquélla se veían dos grandes candelabros de plata maciza, ostentando en sus largos brazos gruesas velas.

José no se olvidó tampoco aquella noche de dejar caer sobre el mantel algunas ramitas de mirto enlazadas con rositas.

Era en el único sitio que admitía Miguel flores, esto lo recordaba bien Juan María, ni una sola vez consintió en que se le adornasen las habitaciones del palacio con ellas, prefería dejarlas marchitar en el jardín.

José se acercó a Juan María, ofreciéndole más lenguado «menier», que siempre le encontraba exquisito, ya que era su plato favorito, acompañado de vino diamante. Era un gran catador de vinos.

En cambio, a Miguel le insistía para que tomara un poco más de asado, pues sabía que su señor apreciaba mucho el interés con que siempre le atendía, pronto a satisfacer sus menores deseos y caprichos. Pero esta noche su señor no tenía apetito, pues les habían dado la noticia de que el fuego de la revolución había estallado en varias partes, sumiendo a España en una situación muy crítica.

Por eso cenaban tristes y silenciosos, como si un grave presagio pesara sobre ellos.

Juan María fué el primero en romper el silencio,

incapaz de permanecer un momento más callado.

—Oye, Miguel, ¿qué piensas que hagamos esta noche? —se atrevió a preguntarle, mirándole inquieto.

—No sé... Creo que lo más correcto sería que no saliéramos —contestó Miguel sin variar su expresión meditativa.

En sus verdes ojos había una luz de preocupación.

Juan María dió un suspiro de alivio; en su fuero interno estaba deseando esta respuesta de Miguel; por eso había estado callado sin atreverse a formular esta pregunta; conocía demasiado bien a su amigo y sabía que su ímpetu les hubiera arrastrado en medio de la calle, aunque ésta se encontrase en ascuas.

Con el rabillo del ojo contemplábale sin apartar la vista de él, como si quisiera descubrir el misterio de aquel profundo surco formado en la tersa frente de Miguel.

¿Por qué estaría tan pensativo él, de ordinario tan despreocupado?

¿Y si se atreviera a pedirle albergue por aquella noche en su casa?

Temía sus arranques bruscos, pero a pesar de ello se lo propuso, obteniendo una respuesta afirmativa.

Sintió que se le quitaba un peso de encima y que por momentos le iba volviendo el buen humor.

Terminó la cena, charlando por los codos, aunque la expresión triste de Miguel no dejaba de inquietarle; no recordaba haber visto en su vida a su querido amigo bajo este aspecto tan poco corriente en él, ya que de suyo era un hombre sumamente jovial, al que no solía importarle mucho los problemas de los demás; pero decidiendo no darle mucha importancia, se propuso distraerle, si bien no se hallaba muy seguro de ello.

Juan María Marcal, conde de Monteverde, era hijo único de los marqueses de Villamediana. Su infancia se había deslizado sola, sin ningún hermano con quien compartir sus juegos, y, en cambio, toda la familia alrededor suyo habían conseguido criarle voluntarioso y un poco engreído, aunque bajo esa capa de fría

altivez se ocultaba indudablemente algo bueno; por lo menos sabía sentir un profundo cariño hacia su amigo, única persona que conseguía doblegar su orgullo, quizá porque él poseía un genio más endemoniado que Juan María.

Al morir sus padres, Juan María se encontró dueño de una cuantiosa fortuna.

Joven, rico y con la carrera de diplomático recién terminada resultaba seductor, por lo que su mayor ilusión era el lujo. No tenía otro norte que el de lucir su estirpe por los amplios salones en donde la aristocracia y las mujeres hermosas brillasen por todas partes, disputándose su compañía, que él aceptaba gustoso. ¿Pensando en el matrimonio? No; él no había pensado jamás en casarse; las mujeres, como solía decir, eran caprichos de lujo; le gustaba galantearlas, sin pasar al terreno formal.

No hubiera deseado vivir en la época en que el honor se lavaba con sangre, ni por una dama por muy hermosa que ésta fuera, ni por sus amados blasones. Era un tantico cobarde, aunque su aspecto atlético daba a entender lo contrario. Por eso se regocijaba su espíritu al saber que no se separaría de su amigo en aquella noche, que se le antojaba amenazadora.

No bien hubieron terminado de cenar pasaron a la biblioteca con idea de buscar alguna lectura amena.

En la vasta sala, y cubriendo casi toda la pared, adivinábanse multitud de volúmenes.

La habitación tenía solamente dos puertas: la que daba a la escalera y la que comunicaba con el despacho de Miguel. Estas puertas se hallaban ocultas tras pesados cortinones.

En una de las paredes, la única que se encontraba descongestionada de libros, se abrían tres espaciosos balcones al jardín. En ese extremo de la habitación se hallaba dispuesto un pequeño escritorio y en el resto se veían esparcidos varios sillones de orejeras, tapizados en un tono oscuro, con arreglo al decorado de la biblioteca, cuyas estanterías eran de roble.

Juan María, subido en la escalera corrediza, rebus-

caba con interés entre los volúmenes. Por fin, tomando uno que llamó su atención, bajó de la escalera y dijo:

—Oye, Miguel...

—¿Qué hay? —contestó éste, que estaba sentado tras la mesa revolviendo en los cajones.

En vista de que Juan María no le contestaba, absorto en la contemplación de aquel extraño libro, se levantó y acercóse.

—¿Qué hay? —repitió.

—Mira este libro...

Un disparo le cortó el habla.

El tiro dió en la lámpara, sumiendo la habitación en tinieblas.

Miguel, rápido como una flecha, empujó a su amigo hacia la pared. La casa quedó en el más completo silencio.

Juan María y Miguel, conteniendo la respiración, se aproximaron, arrastrándose, a uno de los balcones.

No se veía nada.

En aquel momento un rumor de pasos les heló la sangre.

De un salto se arrimó Miguel al escritorio; del cajón que había dejado abierto sacó una pistola y dió el alto a la persona que, al parecer, se había introducido en la biblioteca.

Encendiendo una cerilla, el intruso se acercó a Miguel.

—No tema, señor; soy José.

El marqués, con una sonrisa de alivio, volvió a depositar el arma en el cajón.

—Nos has asustado, José. ¿Qué ha sido ese disparo? —preguntó con visible extrañeza.

—No lo sé, señor... Sólo puedo decirles que la gente corre gritando por las calles y que un grupo de revolucionarios quiere forzar las puertas para penetrar en la casa... El portero intenta detenerles mientras yo vengo a avisarles a ustedes... El servicio ha desaparecido asustado... —hablaba con acento entrecortado, reflejando su rostro gran agitación

Miguel dirigió una mirada a su amigo, que desfallecido se apoyaba en una estantería, sin ánimo de dar un paso.

—Está bien, José —dijo, dirigiéndose de nuevo a su criado—. Creo que convendría...

—Que huyan, señor... Dicen que se han levantado los militares...; pero son tantos los rojos que andan sueltos, que casi será imposible el dominarlos en pocas horas...

El marqués de Alda recapacitó por unos momentos sobre lo que su fiel criado, con lengua atropellada, trataba de hacerle comprender. Después, pasándose la mano repetidas veces por la barbilla, dijo pensativo:

—Es verdad, aunque esto durará poco... Conviene de todas formas ponerse a salvo —añadió ya con marcada decisión.

Las voces de los asaltantes se apercibían claras.

José cerró rápidamente la puerta a cuarterones que daba acceso a la escalera y exclamó con semblante demudado:

—Señor..., no hay tiempo que perder... Se acercan... Por el balcón podrán salir sin ser vistos.

No se hicieron repetir la orden; abrieron las puertas de cristales, descolgándose luego por la yedra; anduvieron agachaditos por el jardín hacia la izquierda hasta llegar a la tapia. Miguel, que era el que conservaba la cabeza más serena en aquellos aturcidos momentos, había tomado la delantera; pero al llegar a la tapia se detuvo para dejar paso a Juan María, diciéndole con gravedad:

—Sube y procura que nadie te vea. No te preocupes por mí.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Juan María, súbitamente sorprendido de sus palabras.

—Volver a casa...

—¿Estás loco? —la expresión salió casi con terror de sus labios.

—¡Chist!... Voy a cerciorarme de lo ocurrido.

—Entonces... ¿Crees que José nos ha engañado? —dijo Juan María, arqueando las cejas con asombro.

—No es que crea eso, pero... prefiero verlo; es mi casa y me duele abandonarla así. No creo que esto dure mucho, pero...

—¿Y si durara...?

—No sé qué te diga...

—En fin, ¿dónde quieres que te espere?

—En ninguna parte. ¡Quién sabe si volveremos a encontrarnos! Vete... Huye... —añadió con nerviosidad—. Tú tienes posibilidad para ello, puesto que eres diplomático. ¿Por qué no te trasladas a la Embajada española en Inglaterra y desde allí prestas tu ayuda a la Causa?

—¿Me lo aconsejas? —preguntó con duda.

—Sí; quizá es tu deber el estar allí.

No quedó muy convencido Juan María, por lo que insistió:

—Y... ¿nos vamos a separar así?...

Miguel, adivinando la preocupación de su amigo, intentó disiparla:

—Sí, Juan María, las circunstancias lo requieren; puede que me haya equivocado antes al juzgar los hechos tan apurados y tardemos quizá menos tiempo en vernos de nuevo.

—¿Quieres que te reclame desde la Embajada?

—No; mejor será que me dejes; prefiero no salir de aquí.

—¿Estás completamente decidido a ello? —hizo todavía una última tentativa.

—Sí.

—Como tú quieras —y, dándole un fuerte abrazo, saltó en silencio la tapia.

II

Una vez en tierra le sobrecogió el temor.

¿Qué habría querido decirle su amigo con aquellas palabras: «¡Quién sabe si volveremos a encontrarnos!»?

Quedóse pensativo un momento. Pero comprendiendo que era muy expuesto el estarse allí junto a la tapia blanca, en donde destacaba visiblemente su «smoking», decidió marcharse, pero no muy lejos. Resistíase a dar crédito a las palabras de Miguel.

Dirigió su vista a diestro y siniestro y, como no viera ni oyera ruido alguno, echó calle adelante.

Se subió el cuello de su chaqueta hasta cubrirse la nariz; así le daba la sensación de que no habían de reconocerle.

Anduvo sin ninguna dificultad; pero pronto el pensamiento de su amigo volvió a martillarle la cabeza.

¿Verdaderamente obraría cuerdo marchándose a Inglaterra? Pero..., ¿cómo hacerlo... ¿Sería capaz de dejar aquí a Miguel? Deshechó la idea. ¿Qué hacer?... Ir a su casa. ¡Qué tonto! ¿Por qué no se le había ocurrido antes? Seguramente le respetarían. ¿No era él una autoridad? Volviendo sobre sus pasos tomó la dirección de la misma.

No bien hubo llegado a su calle se detuvo con espanto.

¿Qué era lo que estaba viendo?

Envuelta en un gran resplandor se hallaba su casa, el inmenso palacio que heredó de sus padres.

Con mirada llena de terror, a la vez que de angustia, contemplóla.

Parecía una reina sentada en un trono de oro.

Sintió deseos de aproximarse; no sabía para qué; quizá para apagar el fuego, quizá para morir abrasado en el hogar donde vió por vez primera la luz del día.

Intentó correr; pero se lo impidió la muchedumbre, que entre exasperadas voces veía consumirse aquella hermosa pieza, digna de un museo.

Aun ahora se estremecía de horror al recordar aquella escena grabada con caracteres de fuego en su corazón. Recordaba que, apretando los puños, se había mordido los labios hasta saltársele la sangre.

¡Qué espanto!

En su imaginación, en aquel momento, iba reproduciéndose su casa por entero.

El «hall», con su escalinata de mármol y ébano; la gran chimenea de roble y frente a ella aquel diván tan confortable; la araña enorme que pendía del techo y la gruesa alfombra, peluda hasta cubrir por entero el zapato del que la pisaba.

El amplio comedor, regio, deslumbrando, por todas partes el brillo de la plata y la albura de la rica porcelana.

El inmenso salón, semejante a una rotonda, con su suelo brillante, en donde se reflejaban los objetos como en un espejo; las columnas de grueso diámetro alrededor de la pista de baile y que daban acceso a otros muchos salones, adornados con ricos damascos y tapices, por los que le parecía ver desfilar a todos sus antepasados.

¿Qué hubieran dicho ellos de esto? ¿Y sus padres? Felices de ellos, que no habían llegado a ver el trágico fin de su casa, de su amada casa, cuyo techo ha-

bía amparado con paz acogedora a toda una serie de apergaminadas generaciones.

La larga galería, en donde aparecían los cuadros de todos sus ascendientes, firmados cada uno de ellos por el mejor artista de sus respectivas épocas.

Las habitaciones de sus padres, tan lujosamente arregladas.

La biblioteca, con su gran chimenea y una porción exagerada de libros, que suponían toda una fortuna.

Su habitación, que tantas veces había sido testigo de sus risas, de sus diabluras de niño; también de sus sueños juveniles.

Todo, todo lo recordaba en aquel momento en que para siempre iba a hundirse entre las llamas la blasonada casa de los marqueses de Villamediana.

Pensó que con su fortuna reconstruiría el edificio, pero ni sus millones ni los del orbe entero bastarían para reproducir los antiquísimos objetos que se hallaban en la lujosa mansión desde muchas generaciones atrás.

Una lágrima resbaló por su mejilla, e incapaz de c;ontemplar por más tiempo aquel horror, huyó sin saber a dónde dirigirse, vagando así durante la noche.

Con las primeras luces del alba hízose más clara su inteligencia.

Volvió a pensar en su amigo.

¿Qué habría sido de él? Quizá su casa se encontrara en estos momentos envuelta en llamas como la suya; no quiso pensar más.

Anduvo por callejuelas en las que jamás había puesto sus plantas. Las pocas personas con quien se encontró en aquellos lugares le miraban extrañadas; comprendiendo que estaba llamando la atención, se metió en un destartalado bar, aun sin saber qué decisión tomar.

Apenas si habría tres personas, y ninguna de ellas pareció dar mucha importancia al recién llegado.

Con un poco más de sosiego sentóse en una mesa y pidió algo de beber. Tenía la boca seca, completamente seca, y los ánimos decaídos; necesitaba beber.

para recobrar el aplomo y pensar detenidamente qué debía hacer.

Apuró de un trago la copita.

¿Qué hacer? ¿Salir en avión? Pero... de aquella guisa era imposible... ¿Dónde cambiar de traje o adquirir un abrigo?...

Estaba completamente desalentado y casi decidido a ir en busca de Miguel. ¿Que se exponía a que le matasen? ¿Y qué le importaba a él la muerte cuando lo había perdido todo?

Estaba extenuado y sin ánimo ya de luchar ni siquiera por la defensa propia; no temía el que pudieran prenderle, el horror le había dejado en aquel estado de ánimo; había sufrido tanto la noche pasada, que cada hora vivida en tan imborrable espacio había dejado en él la huella de diez siglos de plena agitación.

Se hallaba completamente destrozado; moralmente había envejecido una atrocidad en el transcurso de unas horas, y corporalmente, casi se podría decir que también, cada hora de dolor, había quedado impresa en los surcos que se formaban en su frente, en los cercos violáceos que agrandaban aquellos ojos grises cuya expresión de tristeza les hacían aún más interesantes en el rictus amargo formado en las comisuras de sus labios.

Con mano temblorosa se mesó los cabellos, siempre tan bien cuidados, hoy en desorden.

Pidió otra copita, y ya se disponía a apurarla cuando abriéndose la puerta de la estancia penetraron dos señores. A Juan María se le iluminaron los ojos.

¿Era posible que allí, en donde jamás pudiera pensar, se diera de manos a boca con el capitán Cánovas y su ayudante?

No tardó en darse cuenta Cánovas de la presencia de su amigo, y con la alegría reflejada en el rostro se aproximó a él.

—Pero, Juan María... —estrechándole la mano—
¿Quién esperaba hallarte aquí?

—Las circunstancias, amigo mío, que para mí son terribles.

En dos palabras le expuso su situación, y el apuro en que se encontraba, contándole la desesperación que por unos instantes se había apoderado de su alma, haciéndole vacilar.

En aquel momento volvióse a abrir la puerta para dejar paso a un nuevo personaje.

Cánovas le dirigió una rápida mirada, y dijo apoyando su mano en el hombro de Juan María:

—Mira, aquel señor que acaba de entrar...

Juan María, mirándole con asombro, le interrumpió:

—¿Quién es?

—Verás, es sir Eylet, cónsul. Ayer quedé con él en que esta madrugada vendría a buscarlo a este bar y le acompañaría a Valencia, donde tengo mi yate, que ha de transportarlo a la embajada inglesa, para permanecer allí..., no sé, por tiempo indefinido. ¿Quieres venir? No tienes ninguna dificultad en ello, puesto que eres diplomático. Vamos, creo yo que no la tendrás. Así es que yo te aconsejaría que lo hicieras.

Juan María, recordando las palabras de Miguel, aceptó decidido la oferta, mas no pudo decir nada, pues se acercaba ya el ayudante de Cánovas con el desconocido.

El capitán hizo las presentaciones de rigor e indicó al cónsul que Juan María sería compañero de viaje y se quedaría en Inglaterra para ayudarle. El cónsul se manifestó muy satisfecho.

Puestos de acuerdo, se dirigieron los cuatro hacia la puerta en donde esperaba un automóvil, en el que subieron.

Después de un viaje agitadoísimo en el que tuvieron que salvar una serie de peligros y escollos, y durante el cual se vieron más de una vez amenazados por las pistolas de rojos asaltantes, llegaron a Valencia, allá por las doce del día.

Comieron en casa de un conocido de Cánovas, y por miedo a que pudieran detenerlos no salieron de casa en toda la tarde, aguardando a que fuera la noche para zarpar.

Sobre las diez, atravesando la ciudad, tomando el

camino del mar, al llegar al puerto, después de percibirse bien de que nadie les había seguido, embarcaron en una pequeña lancha, que les condujo al yate, en donde les esperaba toda la tripulación.

Ya en su camarote, Juan María se sintió sobrecogido por una sensación de soledad.

Se sentó en una butaca y encendió un cigarrillo. Necesitaba calmarse para dormir, que buena falta le hacía después del ajetreo de la noche anterior.

Con aire pensativo siguió las espirales de humo; en su interior debían reconstruirse las escenas últimamente vividas a juzgar por su aspecto de triste, pero tranquila meditación; mas de repente, en su frente se dibujó un profundo pliegue y sus ojos parecieron nublarse. Se levantó, y tirando el cigarrillo con violencia, subió a cubierta, paseando por ella nerviosamente.

No podía olvidar a Miguel.

¿Qué habría sido de él? Seguramente habría corrido la misma suerte que él si en lugar de aceptar la providencial ayuda de Cánovas se hubiera quedado en España; pero... ¿conseguiría tranquilizarse alejándose del teatro de la guerra?

Juan María lo dudaba.

Continuó paseando; pero poco a poco sus pasos se hicieron más apacibles, hasta que por fin, deteniéndose, se apoyó en la borda. Contempló con aire distraído los elementos que le rodeaban, y ante la vista de tanta magnificencia se sintió empujado por momentos.

¿Qué era él, sino un miserable mortal, un gusanillo insignificante comparado con el que había creado todas aquellas maravillas? —pensó en Dios—. ¿Cómo podía haberlo olvidado? —pensó en su madre—. ¡Cuán desdichada hubiera sido la pobre si hubiera podido ver, como él, todos los horrores, que se habían sucedido con vertiginosa rapidez.

Alzó los ojos al cielo en muda contemplación; no se distinguía ni una sola nube; únicamente el disco plateado de la luna parecía interrumpir el dilatado

raso obscuro que cubría la inmensidad del mar. En este fondo maravilloso recortábase la silueta del yate.

Poco a poco la calma de la noche fué obrando como un sedante para sus nervios. Con nostalgia fijó sus ojos en la blanca espuma que iban dejando atrás; parecía que engarzados en ella íbanse quedando los recuerdos tristes que momentos antes atormentaban su mente. Un rayo de esperanza intentó rasgar las negras tinieblas que cubrían su espíritu.

III

Como plasmado en el celuloide de una película, el conde de Monteverde vió deslizarse ante sus ojos la fastuosa acogida de que se les había hecho objeto.

¡Con qué dejo de nostalgia recordaba ahora los meses felices vividos en aquellas lejanas tierras de Inglaterra!

Su amigo y él, se instalaron a todo tren en el mejor hotel de Londres.

¡Qué de atenciones, cuántos halagos e invitaciones para todo! Sin embargo, Juan María se hallaba descontento; una idea fija martillaba su cerebro: la suerte de Miguel.

¡Ah, si él hubiera podido traerle a este oasis de paz! —se repetía con insistencia, sin lograr hacerse a la idea de haberle abandonado a su suerte en aquel maremágnum tan espantoso que reinaba en su patria.

Pero pronto esta idea fué borrándose de su cabeza hasta olvidarla casi por completo, llegando a lanzarse de lleno al bullicio y sin ninguna preocupación de las que antes le atormentaran.

Frecuentó los mejores salones, tratando con la más alta aristocracia. Asistió a los más suntuosos banquetes y mejores conciertos de la música inglesa. En una

palabra: llevaba una vida en la que no disponía de un momento libre.

Dada su manera de ser y su bien cimentada nobleza, fué acogido por todos admirablemente, y pronto el grupo de las muchachas, y hasta el de las casaditas jóvenes, contaban con él en todas sus fiestas y reuniones.

Por su carácter amable, aunque altivo, todas se encontraban encantadas de poder ser acompañadas del aristócrata español, como así le llamaban.

No hay que olvidar que Juan María era un tipo netamente español: alto y fuerte, moreno, de facciones correctas, frente amplia y despejada, cejas peinadas y anchas, ojos grises, boca de un dibujo perfecto, sombreada por un fino bigotillo, y toda su fisonomía se caracterizaba por una espléndida y bien cuidada dentadura. Siempre atento y fino, sin rebuscamientos, sino con suma naturalidad.

Al poco tiempo de encontrarse en Inglaterra ya contaba con un buen número de amigos, que le asediaban con sus invitaciones; pero esto no le resultaba enojoso, puesto que era su sueño ser el centro de la admiración, femenina sobre todo.

Lady Filtmanr le tenía acaparado siempre para el té que daba todos los viernes. Creía sus encantos irresistibles, y tenía la leve sospecha de que le había conquistado. No negaremos que Juan María se mostraba con ella sumamente atento, con una amabilidad excesiva, que había levantado algunos comentarios acerca de esta inclinación de ambos; había quien los llevaba ya al altar.

—¡Bah! —se dijo Juan María para sí encogiéndose de hombros, mientras se abrochaba la camisa de su traje de montar—. Habladurías de gente ociosa.

La tarde anterior, en el té de lady Filtmanr, alguien se acercó a hablarle de esto. Hacía tiempo que se había enterado de que corrían estos rumores; pero no le importaba, se dejaba mimar, según solía decir. Pronto se darían cuenta sus amigos de que le hacía la corte a aquella linda muchacha, Alina, y entonces todos los comentarios irían enfocados hacia este otro objetivo: ¿le pro-

pondrían también el matrimonio con Alina? —se preguntó mientras recogía la fusta; se contestó con una sonora carcajada: se habían propuesto casarle a toda costa, fuere quien fuere la víctima; pero no sabían que él era plaza fuerte que no se rinde al primer postor, ni al último tampoco, ¿por qué habían de casarle?

En aquel momento sonaron las ocho. Juan María se apresuró, pues era la hora convenida para reunirse con sus amigos para dar un largo paseo por el bosque o por otros lugares de no menos hermosura.

Al llegar al animado grupo que entre exclamaciones de júbilo le daban la bienvenida, Juan María acercóse sonriente, y después de saludarles cortésmente fuese a colocar junto a la muchacha de la cual se había constituido acompañante asiduo: alta, rubia y de ojos azules, era la belleza que recibía el nombre de Alina.

Esta admirable muchacha, simulando una cabriola de su caballo, salió disparada, alejándose del grupo. Nadie hizo el menor movimiento, pues sabían que era una excelente amazona. Únicamente Juan María, temiendo por ella, se lanzó en su persecución; pero pronto calmóse su inquietud al ver que Alina dominaba con mano firme al rebelde animal.

Acercando su montura a la de ella preguntó maravillado:

—¿Dónde aprendiste a montar, Alina?

—En una finca de mi tío Julián —repuso—; él fué quien me enseñó. Nos levantábamos muy temprano, y antes de que se hiciera la luz del día nos encontrábamos en una hermosa colina, no lejos de la finca, en donde veíamos amanecer; allí permanecíamos largo rato, después del cual tomábamos nuestras cabalgaduras y regresábamos, dando fin a nuestra bella contemplación.

—¿Te gusta ver amanecer? —preguntó rápidamente, volviendo su cabecita hacia él y ruborizándose al comprobar que la estaba mirando fijamente. Para disimular su turbación sacudió sus bridas doradas. El, embelesado por el encanto de la muchachita, pensó más bien que dijo:

—Verdaderamente es algo de ensueño.

Alina acogió con una sonrisa la devoción con que Juan María había pronunciado sus palabras y que ella había atribuído al amanecer.

Al llegar a una pequeña plazoleta desmontaron para sentarse en un banquito rústico, situado debajo de un corpulento árbol, protegidos por su sombra. Ante ellos, la claridad del sol dormía sin movimiento sobre el césped.

Juan María, temiendo perturbar el majestuoso silencio que les embargaba, susurró en un suspiro junto al oído de su compañera, que contemplaba extática la mágica belleza que les rodeaba.

—Quisiera eternizar estos momentos, Alina —su mano fué a aprisionar las de ella—; junto a ti me siento feliz; tú traes a mi alma la paz y el recuerdo de mi amada tierra; el terciopelo de tu cara es semejante al de las rosas; tu pelo, hecho con hebras de mi sol, y tus ojos azules, luminosos y dulces como el cielo de mi patria.

Dulcemente la atrajo hacia sí, posando sus labios en los de la muchacha.

Guardaron un momento silencio, impregnadas sus almas de una misma emoción, mientras sus pupilas distraídas iban recogiendo caprichosas la hermosa gama de colores que la naturaleza les brindaba.

Mirando su relojito de pulsera, Alina púsose en pie y dijo conteniendo un suspiro:

—Vamos, Juan María, es tarde y deben estar impacientes por nuestra tardanza. Temo que hemos prolongado nuestra ausencia demasiado.

—Es verdad, volvamos a buscar a nuestros amigos. Montando de nuevo, emprendieron el regreso.

Llegó a casa y almorzó rápidamente; no tenía más que el tiempo preciso para cambiarse de traje e ir al tenis, que estaba animadísimo, pues las cuatro canchas se hallaban completamente llenas casi todos los días.

Otros días se entretenía en pelotear en el frontón en compañía de Alina, pues les gustaba ejercitar sus fuerzas.

En los apacibles días de verano, pasaban las maña-

nas, y algunas veces el día entero, en una linda playa, en donde después de pasar gran parte de la mañana jugando con un enorme balón, se lanzaban al agua o daban un largo paseo en barco, adentrándose en el mar.

Todo esto pasaba con rapidez por la mente de Juan María: salones de té, casinos, bailes. El baile de la Embajada fué otro de sus momentos imborrables. Aquel día se sentía triste. Había dado varias vueltas por el salón, cambiando saludos con diversas personas; pero él, tan hablador, tan amigo del baile, no acertaba a comprender la pesadez que sentía en su frente y que le hacía rehuir de toda compañía, sobre todo de aquel calor, que le asfixiaba. Decidió salir a la terraza; pero precisamente, junto a una de las puertas, se hallaba un grupo de amigos suyos y si se dirigía hacia aquel lugar le acapararían.

Volviendo sobre sus pasos tomó la dirección de la escalinata para bajar al otro salón y desde allí salir al jardín.

La escalera era un verdadero hormiguero de personas, que subían y bajaban incesantemente desde el amplio vestíbulo a los diferentes salones del palacio de la Embajada.

Dirigió sonrisas, que querían ser amables, a cuantas personas conocidas encontraba.

De pronto, de un animado grupo que subía con aire alegre, destacó una linda muchacha, que deteniéndole por un brazo le dijo con halagüeña sonrisa:

—Pero, Juan María, ¿dónde te has metido que no te he visto en toda la noche? No hay derecho a que te recluyas así.

—Perdona, Diana, estaba en el salón de arriba con unos amigos tratando de asuntos políticos y ahora voy en busca de sir Eylet para comunicarle un recado urgente.

—¿Quieres que te ayude a buscarle?

—Diana, me disgustaría enormemente alejarte de tu diversión para tan desagradable empresa —dijo apriñando entre las suyas la diminuta mano que aun se

apoyaba en su brazo, y acariciándola suavemente—. ¿No crees que la política debía estar reñida con las mujeres? Además tus amigos podrían enfadarse si les privo de tan agradable compañía —añadió con acento persuasivo.

—Es verdad, voy a reunirme con ellos; pero no olvides que te espero para bailar contigo, ingrato —aventuró, poniendo en juego toda su coquetería.

—No faltaré —se apresuró a asegurar Juan María sonriendo; pero en su fuero interno renegaba.

—Si veo al viejo Eylet le diré que le buscas —dijo Diana volviéndose desde lo alto de la escalera.

Juan María asintió con una ligera inclinación de cabeza. Acto seguido dejó escapar un suspiro de alivio al verla alejarse. Comprendía que se estaba mostrando incorrecto aquella noche; pero es que empezaba a molestarle aquel asedio y precisamente cuando él ansiaba la soledad.

Se apresuró a bajar, pues por segunda vez iban a interceptarle el paso; pero era ya tarde, tres elegantes damas se detuvieron ante él.

—Marqués, no se olvide que nos ha prometido una partidita de póker.

—Descuiden, señoras, voy un momento a atender al teléfono y en seguida soy con ustedes.

Con aire nervioso dióse un tironcito a las solapas de su frac. ¿No se olvidarían por una vez de su existencia y le dejarían en paz? Se sorprendió a sí mismo haciéndose esta pregunta. Mal debía andar su humor cuando se entretenía en aborrecer todo lo que él amaba en su vida: el lujo, la ostentación y, sobre todo, esa admiración de que era objeto desde que llegó a Inglaterra.

Lanzó un suspiro y penetró en el salón, atravesándolo rápidamente para salvar la distancia que le separaba del jardín. Ya la había alcanzado, cuando una suave manecita se posó sobre su brazo; Juan María volvióse, su rostro reflejó sorpresa, a la par que alegría.

—Buenas noches, Alina. No te hacía aquí. ¿Dónde has estado?

—¿Y tú?

—Bonita manera de eludir mi pregunta. He estado arriba con unos amigos y ahora voy a ver si el airecillo fresco influye en mi ánimo —contestó sin tratar de disimular el abatimiento que sentía.

—Si mi compañía puede aliviarte en algo... estoy dispuesta a ofrecértela.

—Gracias, Alina, eres muy buena. Procuraré no cansarte mucho con mi mal humor.

Salieron al jardín, que se encontraba bañado por la plateada luz de la luna; el aire se hallaba impregnado del suave aroma de las flores... ¡Qué distinta aquella soberana paz del murmullo ensordecedor de los salones! Dió un suspiro y miró a Alina. También ella parecía aspirar a pleno pulmón aquel bienestar.

—¿Te sientes feliz? —dijo tomando la mano de ella y apoyándola en su brazo.

—Sí; esto es delicioso —contestó alzando hasta él los ojos, en los que se adivinaba una infinita dulzura.

Anduvieron en silencio por entre multitud de rosales, árboles y demás maravillosas plantas; la grava crujía débilmente bajo sus pies; el ambiente todo parecía invitar a soñar. El perfume, la palidez de la luna.

Llegaron a una rotonda, en donde había una fuente inmensa con muchos surtidores. Sentáronse al borde de ella. En la claridad del agua reflejábase como en un espejo la linda figurita de Alina. Juan María la contempló en silencio. Estaba verdaderamente hermosa, el vaporoso traje de tul rosa le daba un aspecto angelical. ¿Se daba cuenta de ello, Juan María? Su pensamiento, parecía estar lejos de allí. Advirtiéndolo Alina, le preguntó:

—¿Qué te pasa, Juan María? Pareces preocupado. ¿No te encuentras bien?

Hizo un esfuerzo para contestar y dijo de una manera seductora:

—No; me encuentro perfectamente bien; pero es que en estos momentos me acordaba de mi casa y de mi amigo.

Quedóse contemplándola intensamente, y atraído por

la delicada belleza, Juan María inclinóse, y como aquella mañana en el bosque, rozó con los suyos los labios de ella.

—Cuéntame algo de tu vida, Juan María. Conozco tan poco de ti... —dijo con acento mimoso, añadiendo luego—, y de tu Patria también me gustaría saber algo de ella. ¡Debe ser deliciosa!...

Juan María sintió vivos deseos de desahogar su pecho por lo que desgranó al oído de su linda compañera los ratos felices de su vida.

Le describió a su amigo y le contó mil cosas maravillosas de su tierra. Alina parecía soñar oyendo todos los encantos de aquel país, que ella hubiera deseado conocer.

También le gustaría conocer a Miguel, le había dicho. ¡¡Miguel!!...

Juan María, saliendo de su ensimismamiento, volvió bruscamente a la realidad, aspirando fuerte para descubrir un perfume delicado.

—¿A qué olía, Señor...? ¡Caramba! —soltó asombrado fijándose en un hermoso jarrón y luego en otro—. Pero... ¿cómo podrá tener este hombre la casa sembrada de rosas? Ya me parecía a mí que aquí había algo más que el severo gusto y la pulcritud de los cuidados de Miguel. ¿Su familia? No, no podía ser, pues de sobra sabía que, como él, Miguel sentía verdadera aversión a todo lo que entrara a formar parte de esta santa palabra: ¡familia!

¿Se habría enamorado? ¡Imposible! ¿A qué detenerse por más tiempo tratando de descubrirlo?

Subió rápidamente los escalones que le separaban de José. En su rostro iba reflejada la ansiedad.

IV

Juan María alargó a José los guantes, el sombrero y el bastón, al tiempo que preguntaba si se hallaba en casa su amigo.

—¡Ah, pero...! ¿El señor no sabe?...

Juan María quedó completamente demudado.

—¿Qué pasa, José? Expílicate.

—Que el señor se encuentra enfermo.

—¿Enfermo?... ¿Y qué tiene?

—¡Oh, no, nada grave! —respondió conduciéndolo hasta un amplio aposento, abrió la puerta y retiróse a un lado. Juan María quedó perplejo en el umbral al contemplar el cuadro que se desarrollaba en la habitación.

En un diván se hallaba sentado Miguel, cubierto hasta la cintura con una manta, con ojos abstraídos, fijos en el espacio, escuchaba la amena lectura que su ayuda de cámara le proporcionaba.

A su derecha, una linda doncella (esto era lo que más le extrañaba, doncella y flores en una casa en que jamás se había intentado pensar en nada que se pareciera a lo femenino; esto le olía a misterio) preparaba primorosamente una succulenta merienda. Juan María desvió los ojos de la doncella para fijarlos en Miguel, el

cual, instintivamente, volvió la vista hacia su amigo. Una exclamación llena de alegría se escapó de sus labios.

—¡¡¡Juan María!!!

—¡¡¡Miguel!!! —respondió abrazándole.

—¡Santo Dios, esto ha sido una de mis mayores emociones! Siéntate —haciendo una seña a los sirvientes, que abandonaron la estancia—, te aseguro que en estos momentos estaba pensando en ti, cuál habría sido tu suerte, y mira por donde, cuando me encuentro haciéndome estas conjeturas, lejos por completo de lo que mi ayuda de cámara me estaba leyendo, apareces tú ante mis ojos, precipitándote en mis brazos, sin darme tiempo a cerciorarme de si eres tú en realidad o una visión hija de mi pensamiento —dijo atropelladamente sin acertar a soltarle el brazo por donde le tenía asido.

—Supongo —dijo riendo Juan María— que te habrás convencido ya de que no soy ningún fantasma.

Miguel arrellanóse en su asiento, apoyando su morena cabeza en un almohadón, mientras decía con acento sorprendido.

—Te miro y no lo puedo creer; te encuentro casi exactamente igual que cuando te fuiste; quizá un poco más moreno —haciendo una pequeña pausa—. ¡Ni la guerra ha podido contigo; eres invencible, chico!

—¡Y que lo digas! En cambio, yo a ti te encuentro tan cambiado que casi me hubiera sido difícil reconocerte si te encuentro en la calle. Dime, por favor, lo que te pasa, porque me tienes inquieto desde que entré.

—Nada, consecuencias de la guerra; la pierna derecha un poco magullada, pero no es nada, pronto estaré restablecido del todo.

Juan María acercó una silla y sentóse junto al enfermo.

—Me acompañarás en mi merienda. Ahora necesito buena alimentación para reponerme y José se excede en ello —añadió acompañando sus palabras de una sonrisa—. Ya sabes que él se desvive siempre por mí.

—Es verdad; pero todavía no acierto a comprender cómo la casa se encuentra en las mismas condiciones

que cuando la abandoné, y tiene incluso el mismo servicio que antes. Mi casa corrió peor suerte que la tuya —dijo con aire pensativo, mientras tomaba un emparedado de jamón.

—Todo lo sabrás por sus pasos contados; pero primero quiero escuchar tu odisea; después te contaré yo la mía —repuso Miguel, sirviéndose un vaso de leche con crema—. Sírvete tú otro.

—No, prefiero una copita de Málaga —contestó al tiempo que se la servía—. Bueno, pues te complaceré —se puso un poco de crema y comenzó la historia que el lector ya conoce, desde el momento en que se separaron en la tapia del jardín.

—Cómo hubieras disfrutado, Miguel, Vida tan espléndida como la que he llevado no pienso pasarla jamás. Claro que también teníamos nuestras ocupaciones, sobre todo en el traslado y pasaporte de la gente; pero luego volvíamos al bullicio y a los banquetes, que se celebraban muy a menudo.

Conocí a mujeres muy hermosas, sobre todo una. Esa sí que era bonita. Se llamaba Alina y tuvo la santa paciencia de aguantar mis rachas de mal humor cuando me acordaba de mi casa; por cierto que tanto le hablé de ti que manifestó deseos de conocerte; al menos eso me dijo el día que me venía a España —se detuvo, dando un leve suspiro—. ¡Parece mentira; pero te aseguro que casi sentí tanta nostalgia al venirme como cuando me fuí! Sólo dos cosas me hacían desear la vuelta: tú, en primer lugar, y luego mis fincas.

—Gracias, Juan María, yo también he pensado mucho en ti durante este tiempo; pero en esa nostalgia que sentiste al venir, ¿no habrá tomado parte tu corazón que al fin se rinde al amor? —dijo con gesto malicioso.

—No, Miguel —aseguró—; desde luego era hermosísima, pero no lo suficiente para hacerme variar de opinión.

—Me desilusionas, Juan María; creí que habías claudicado y al fin te decidías a compartir tu solitaria vida

con una linda compañera, te decidías a formar un hogar.

—No por cierto; pero ten la completa seguridad de que si alguna vez me siento inclinado al matrimonio, ésta será la elegida.

—Siempre dices lo mismo de la última muchacha con quien trabas amistad —añadió con semblante preocupado; le disgustaba en gran manera el carácter tornado de su amigo.

—Quizá; pero te aseguro, Miguel, que no por ello son menos sinceras mis afirmaciones. Podré llegar a conocer muchachas que me gusten más que Alina, y que incluso me hagan cambiar de parecer; pero mientras esto no suceda puedes estar seguro de la lealtad de mis sentimientos hacia la inglesita.

Guardaron un momento de silencio, al cabo del cual, Juan María, volviendo a ser el muchacho despreocupado de siempre, dijo apoyando su mano en el hombro de Miguel:

—Bueno, ahora exijo que me cuentes tu historia; pero con todo detalle, como yo hice contigo.

—La mía se deslizó de muy distinta forma que la tuya —comentó un tanto pensativo—. Sírvete más dulce —añadió ya en tono más alegre.

—No, gracias; he merendado suficientemente.

—Pues bien —dijo Miguel alargándole un cigarrillo—, en el mismo momento en que tú saltaste la tapia, yo regresé a mi casa. Quería cerciorarme de lo que allí estaba ocurriendo. Me asomé a una de las ventanas de la planta baja y vi a los asaltantes comiendo y bebiendo a nuestra salud, mejor dicho, por nuestra desaparición.

No quieras saber la impresión tan desagradable que me causó esta horrible visión. José, en el centro de ellos, era el que más gritaba...

—Pero... —no pudo menos de exclamar Juan María en el colmo del asombro.

—No me interrumpas, ya lo sabrás todo —echó una bocanada de humo. En su rostro se adivinaba la violencia que le producía el recordar aquellas horas amargas.

—Comprendí —dijo reanudando lentamente su narración— que el caso por el momento estaba perdido. El temor me sobrecogió. ¿Qué hacer? Huir, no podía más que huir a toda marcha si quería salvar el pellejo. Retrocedí hacia la tapia. ¿Qué idea llevaba? No lo sabía. Me descolgué por ella, intenté cruzar la calle, con tan mala suerte, que aun no había dado dos pasos cuando sonó un disparo. Sentí un tremendo dolor en el hombro y mi ropa comenzó a empaparse de algo... ¡Sangre!, me dije, y caí en tierra, en donde permanecí inmovil.

Una sombra, que se deslizaba con cautela arrastrándose por los suelos, llegó hasta mí. Dándome la vuelta y tomándome en brazos, me dijo:

—¿Dónde te han herido, Javier?

Quise decirle que yo no era el tal Javier; pero el dolor me hizo perder el conocimiento.

Cuando volví en sí, me hallaba tumbado en una cama y en una habitación completamente desconocida para mí. Intenté incorporarme, pero un agudo pinchazo en el hombro izquierdo me obligó a volverme a echar. En aquel momento aparecieron en la puerta dos jóvenes.

—¿Necesitas algo? —preguntaron.

—Sí..., quiero saber en..., en dónde me encuentro y quién me ha traído aquí.

—Yo —respondió uno de ellos acercándose—; te confundí con Javier, el más joven de nuestros camaradas, y te traje con nosotros.

—Bueno —dijo el otro—, ahora dínos qué te ha pasado y adónde ibas.

Tal expresión de horror debió pintarse en mi semblante que mis interlocutores, acercándose a mí, me dijeron.

—No temas, somos pilotos de aviación y estamos incorporados a la Falange.

Estas palabras hicieronme fijar en la indumentaria de aquellos individuos. Eran falangistas. Sentí una tremenda opresión en mi pecho. Aquellos hombres no habrían pisado jamás un salón, no habrían vestido con la elegancia a que yo estaba acostumbrado, no eran

una figura decorativa en la vida; pero sabían ser útiles a su familia, a su Patria, cosa que yo no sabía. Esta idea me zumbó con insistencia en el cerebro y, sin saber por qué, terminé contándoles mi vida, mi inutilidad, de la cual, ante la vista de aquellos valientes, me avergonzaba, y por último, la escapatoria de mi casa huyendo de los rojos.

—¿No temáis —pregunté— al recogerme que yo fuera uno de esos malhechores y os delatara?

—Un hombre que se precia de vestir el hábito del Carmen no puede ser nunca malvado.

Fué la escueta respuesta que recibí e instintivamente deslicé mi vista sobre el vendaje que cubría mi pecho, sobre el cual destacaba visiblemente el oscuro escapulario que mi madre me puso cuando niño. Como en sueños vino a mi mente la imagen suya. ¡Qué sensación tan extraña sentí al pensar en ella! Nunca me había conmovido tanto esta palabra, hasta el punto de saltárseme las lágrimas: ¡Madre! ¿Dónde estaría?

Mis compañeros, comprendiendo mi desazón, intentaron consolarme.

Aquella noche la pasé muy mala; la herida del hombro, junto con las impresiones recibidas en aquel día me produjeron una fiebre altísima, que me hizo delirar durante toda la noche.

Al despertar a la mañana siguiente, oí hablar no lejos de mí. Traté de incorporarme para enterarme de la extraña conversación.

—Han apresado a nuestro jefe y está en la cárcel.

—Hay que ir a entrevistarse con él para que nos dé órdenes.

—Hay que decirle que nosotros no le abandonamos y estamos dispuestos a hacer cuantos sacrificios sean necesarios.

—Me ofrezco a llevar a cabo esa misión.

—Pero, Javier, es imposible; tú no puedes hacer eso, eres muy joven y estás herido, tienes que reposar...

—¿Y tú me crees capaz de estarme tumbado reposando cuando nuestra Madre Patria se encuentra en una situación tan angustiosa, cuando necesita de to-

dos nosotros? No, no puedo estarme quieto, no me importa estar herido; esto para mí es un honor, he de correr hasta derramar mi última gota de sangre por España; es el supremo galardón a que puede aspirar todo buen español: dar la vida por su Patria, por su Dios.

Estas palabras diéronme en el rostro como un latigazo. Aquella fe tan arraigada había levantado en mi alma una extraña inquietud; me incorporé poco a poco. Según el muchacho se enardecía ibanme subiendo del corazón oleadas de sangre, que se agolpaban en mi cerebro, martillándolo. Estaba loco, ¿cómo había podido permanecer indiferente a todo esto durante mi vida? ¡Cuánto tiempo desperdiciado! ¡Qué remordimiento tan grande me invadía!... ¡Qué cobardía!

Salté del lecho y me acerqué a su lado.

—¡Déjame que te acompañe, pequeño! —dije con acento febril.

Quedáronse todos perplejos mirándome.

—No hay inconveniente —respondió Javier, repuesto ya de la súbita sorpresa, pero sin dejar de mirarme con extrañeza—; pero... el asunto es peligroso, corremos el riesgo de perder la vida en esta empresa, hay que ir de noche, y además... estás herido.

—¡No importa, también lo estás tú y no te detiene el pensarlo!

—Pero es que yo...

—Ya, ya lo sé, dudas de mi fe; por favor te lo pido, no dudes y llévame contigo. Mi vida poco vale, pero cuanto ella es, quiero ofrecérsela a mi Madre Patria.

Antes, cuando tumbado en esa cama oía tus palabras, algo dentro de mí se revolucionó, levantó mi espíritu, aceleró los latidos de mi corazón, y sentí dentro de mí lo que jamás fui capaz de sentir, el amor..., el amor a mi Dios, a mi Patria.

El calor de tus palabras ha derretido el hielo que cubría mi alma. No dudes de mi fe, te repito, quiero trabajar, quiero luchar por la memoria de la que me dió el ser, mi santa madre, a la que tantas veces ofendí.

¡Dios mío...!, ¿será esto suficiente para espiar mis

culpas...? —se detuvo nuevamente, en su frente perlada un fino sudor.

—No te violentes, Miguel, no estás en circunstancias... Cuando estés fuerte... —interrumpió Juan María.

—No, deja, quiero llegar hasta el final —quedó un momento contemplando las espirales de humo.

En tono más reposado continuó:

—Mi caluroso discurso ganó una ovación y la simpatía de mis cinco camaradas.

—¡Eres un valiente!

—¡Eso es sentir a la Patria!

—Estamos verdaderamente orgullosos de ti, Miguel —añadió el que parecía ser mayor de todos—, pero ni tú ni Javier iréis a la cárcel, estáis heridos y no podríais obrar con la presteza que requiere este difícil trabajo.

Pasamos todo el día haciendo preparativos para la noche. Llegada ésta, partieron cuatro de ellos, dejándonos en guardia a Javier y a mí.

Nos sentamos en una butaca cada uno, junto al balcón: nos hallábamos completamente a oscuras, pues no había que llamar la atención. Una lluvia finísima golpeaba monótonamente en los cristales.

No sé el tiempo que permanecemos así, en aquel estado, en que, a pesar de estar callados como muertos se adivinaba en el ambiente la agitación que bullía en nuestro pecho.

Me levanté inquieto, di varios paseos por la habitación y me detuve ante los cristales del balcón. Todo era silencio, un silencio y una soledad aterradora.

Entretanto, Javier callaba; pensé que se había dormido y volví a pasear por la habitación. Me admiraba el temple de aquel hombre que, al fin y a la postre, era del mismo barro que yo. Volví a mirar tras los cristales. ¡Nada!

—¿Estás nervioso, Miguel? —me preguntó una voz, que a mí se me antojó de ultratumba. Volvíme rápidamente.

—Creí que dormías —balbué.

—No, estaba rezando el Santo Rosario para que la Virgen ampare a nuestros camaradas.

Me dejé caer en la butaca; era maravilloso, aquellos hombres se habían propuesto deslumbrarme. ¿Cuántas veces me acordaba yo de Dios al día? Bien pocas. Cada vez sentía mayor vergüenza de mí mismo. Javier volvió a su mutismo y yo traté de coordinar un poco mis ideas. No paró de llover hasta la madrugada, en que, casi contra mi voluntad, me dejé vencer por el sueño.

V

—¿Qué pasa? —dije despertándome al oír un ruido.

—Nada, Miguel, soy yo —contestó Javier—. En vista de que dormías como una marmota, decidí salir sólo al encuentro de nuestros camaradas...

—¿Por qué lo hiciste?

—Me supo mal despertarte; necesitabas descansar para llevar a cabo lo que nos encomiendan.

—¿Y qué ha pasado? —pregunté con ansiedad.

—Nada de particular, consiguieron encaramarse por una reja y hablar con él con toda tranquilidad hasta la madrugada.

Cuando salí de aquí me encontré con uno de ellos, que traía el recado de que fuéramos al aeródromo de X, donde dos de ellos nos esperan junto a un avión; los otros dos deben quedarse en Madrid.

Y aquí me tienes de vuelta para buscarte, pues mañana al mediodía tienen que estar en zona nacional cuatro pliegos muy importantes, de los cuales respondemos con nuestras vidas.

Como es muy expuesto, hemos decidido llevar un pliego cada uno a fin de poder defenderlo, y en caso de que detengan a alguno de nosotros, por lo menos pueden salvarse los otros tres.

Toma, éste es el tuyo, guárdalo en sitio seguro, y... ya sabes, da primero la vida que el pliego.

Tomé el papelito y lo guardé junto a mi pecho, bajo el vendaje; el roce aspero del papel me produjo un escalofrío; iba a hacer algo grande por mi Patria, aquello me llenaba de orgullo.

Javier continuaba hablando mientras de un armario sacaba unos monos muy sucios.

—Toma, ponte esto y toma esta documentación, bajo la cual esconderemos nuestra verdadera personalidad.

Le obedecí sin chistar, sentía dentro de mí tan encontradas sensaciones que me sentía incapaz de emitir ni media palabra.

—Tenemos que abandonar esta casa inmediatamente, pues parece ser que nos han fichado; nos deslizaremos por la azotea y bajaremos por la escalera de la casa roja, como si saliéramos de ella. No hay tiempo que perder.

La serenidad de aquel hombre alentaba mis ansias de llevar a cabo aquel difícil encargo que mi querida Patria acababa de depositar en mis manos; daba vigor a la hoguera que ardía en mi pecho, consumiendo todo mi ser en aras de lo más sagrado para nosotros: Dios y la Patria.

—¿Estás listo? —preguntó Javier, ya vestido.

—Cuando tú quieras.

Salimos de aquella casa y anduvimos toda la mañana sin rumbo fijo.

Al mediodía nos metimos en un desmantelado bar, donde nos dieron de comer cuatro porquerías; terminada nuestra colación, salimos a la calle y tomamos la dirección de las afueras de la ciudad; la noche nos sorprendió en el campo. Entonces aceleramos el paso y poco más de las doce llegábamos al aeródromo, en donde nos esperaban ya los otros muchachos escondidos tras de un seto, no lejos de un hermoso aparato.

Hacía un viento insorpotable, por lo que el ruido que producíamos al movernos quedaba amortiguado.

Los guardianes del campo se habían refugiado en un hangar entreteniéndose en jugar a las cartas. Aguarda-

mos por unos minutos, vigilando atentos todos los movimientos de los milicianos, no tardó en salir uno de ellos a dar una vuelta con una linterna en la mano; se acercó al avión, que al parecer tenían ya dispuesto para emprender un vuelo a la madrugada; miró, dió una vuelta en redondo y volvió sobre sus pasos; poco después se reanudaba el juego en el hangar.

Sabíamos que contábamos con un buen rato, pues aquellos hombres tardarían en hacer su ronda.

Nos deslizamos arrastrándonos por el suelo hasta llegar al aparato; gracias a la obscuridad y el vendaval de aquella noche logramos no ser vistos; nos introdujimos Javier, uno de los muchachos y yo en el avión, mientras el otro daba con fuerza a la hélice. ¿Qué iba a ser de nosotros?

Un ruido estrepitoso hendió los aires. Los milicianos que oyeron el ruido salieron apresurados; mas como no sabían de qué se trataba, perdieron el suficiente tiempo para que nuestro amigo saltara dentro, despegando con rapidez de tierra.

Al percatarse de la terrible verdad, los milicianos dispararon contra el avión, sin conseguir nada más que desperdiciar balas.

Nuestro pájaro se deslizaba a gran velocidad por el espacio, como si comprendiera lo arriesgado y lo urgente de nuestra empresa. Aquel insistente zumbido llenaba mi alma de inquietud, me hallaba nervioso, y al mismo tiempo la tranquilidad de mis compañeros me maravillaba. ¿Cómo podían mantenerse con esa calma cuando cada minuto de nuestra existencia en aquellos momentos era precioso? Hice partícipe de mis pensamientos a Javier, que con la sonrisa en los labios me respondió con su característica serenidad:

—No es calma, Miguel, es que cuando se cumple un servicio de tan alta responsabilidad, una sensación de bienestar invade el alma del que lo realiza, llenándole de satisfacción al sentirse capaz de saber servir a su Patria, de saber poner a su disposición todo lo más noble de una existencia. No caben nervosismos cuando uno tiene la seguridad y el dominio sobre una volun-

dad que ofrecer por entero a su Dios, a su Patria.

Como siempre, su respuesta me dejó anonadado. ¡Cuán empequeñecido me veía ante aquellos hombres de la misma arcilla que yo! Medité mucho el tiempo que había perdido en mi insulsa vida y el bien que podía haber hecho y que no llegó siquiera a imaginar mi mezquino espíritu, y pensé que, aunque tarde, quizá pudiera hacer algo por mi Patria y en memoria de mi santa madre, la que había sufrido grandes desvelos para conseguir de mí un hombre y a la que tan mal nube pagado sus sacrificios, ya que la ociosa inactividad, forrada de aquella frivolidad, no son propias, no digo ya de un español, ni siquiera de un hombre.

Durante el transcurso del viaje ya no ocupó mi mente otro pensamiento que el de hacerme digno de mi Patria.

* * *

Toda la campaña anduvimos los cuatro juntos. ¡Qué maravilla de hombre! No les arredraba el peligro, a la muerte no le temieron nunca.

Era de admirar cómo acudían los primeros al ataque y al avance. Decían que cumplían una empresa sagrada y se sentían felices de ello. Sus labios no se abrían si no era para entonar una copla o para esbozar una sonrisa.

Hasta que un día, al amanecer, se ordenó un avance arriesgado, la toma de un montículo que se hallaba no lejos de nuestra trinchera. Había que ir a colocar la bandera en el pico y para ello se ofrecieron mis bravos amigos; yo les seguí, era cuestión de amor propio; ellos se sentían capaces de hacerlo, ¿por qué no había de sentirme capaz yo también?

Tomamos nuestra sagrada enseña y partimos ante la expectación de los demás, que se encontraban dominados por un trágico silencio.

Javier caminaba delante con la bandera alzada; la ascensión fué penosa, pero esto no nos detuvo.

Ya habíamos llegado al pico del monte, cuando la metralla de un obús alcanzó a mis compañeros, que

hallaron la muerte repentina, e hirióme a mí en la pierna derecha, dejándome inmóvil entre los cadáveres de mis tres amigos —hizo una pausa, que Juan María no se atrevió a interrumpir respetando el dolor que sentía Miguel; transcurridos leves minutos, prosiguió—. Calcularás que mi desesperación no tenía límites, no sólo por el dolor que sentía en mi pierna herida, sino por la tremenda pérdida que para mí y para mi Patria significaba la muerte de estos valientes muchachos ¡Qué iba a ser de mí sin ellos! A ellos debía cuanto de bueno había en mí.

Mi dolor no tenía consuelo y maldecía mi destino

¿Por qué la metralla no me había herido mortalmente como a ellos?

Hubiera preferido la muerte a tener que continuar la vida herido y sólo para resolver el tormentoso huracán que en mi alma había levantado su sano ejemplo.

Mientras estos funestos pensamientos asediaban mi mente, intenté incorporarme para alcanzar la bandera que, a pocos pasos de mí, yacía en tierra. A duras penas pude llegar hasta ella arrastrándome, ya que mi pierna sufría una importante fractura. Puse todo mi empeño en plantarla, y ya casi lo había conseguido, cuando una lluvia de fuego recayó sobre mi persona; al principio no hice el menor caso de las balas, más por temeridad que por valentía; pero figúrate que en el sitio en que me encontraba resultaba un blanco certero y no tardó en llegar la que había de herirme nuevamente en el pecho.

Café envuelto en la bandera; pero sin intentar levantarme, pues el dolor era intenso y me había paralizado.

Entre tanto, las balas seguían silbando en el aire, impidiendo de esta forma que vinieran en nuestro socorro. No pude resistir más y agotado por mi sufrimiento perdí el conocimiento.

No llegué a saber jamás el tiempo que permanecí en aquel estado entre mis camaradas muertos.

Sacando su pitillera del bolsillo ofreció otro cigarrillo a Juan María; luego que lo hubo encendido echó dos bocanadas de humo y prosiguió:

—Cuando abrí los ojos me encontraba instalado en la blanca sala de un hospital. Como en sueños se agolparon en mi mente las últimas escenas de mi vida; sentí un hondo pinchazo, y sin intentar contenerme por más tiempo lloré, lloré como un niño.

Me habían pasado muchísimas cosas en aquellos últimos años para que mi alma frívola y caprichosa pudiera resistirlo. Me creía casi bueno y, sin embargo, aquella poca resignación, aquella desesperación que sentía, me daba a entender lo contrario: «Un buen cristiano no se desespera jamás, la fe le mantiene», me solía decir Javier en mis muchos ratos de desesperación —dió un suspiro—. ¡Qué lacerante este recuerdo!

Llegué a dudar de la clemencia divina. De manera —me decía yo—, que Dios quiere que sea bueno, y en cuanto encuentro en el mundo a alguien que consigue despertar en mí algo sano, los hunde en el mar de la eternidad, dejándome a mí solo, herido, y a mi pobre alma en profundas tinieblas —distráidamente depositó la ceniza de su cigarro en un minúsculo cenicero; Juan María le veía hacer sin proferir palabra.

—Era injusto mi pensamiento —dijo—; pero yo sólo miraba mi egoísmo. En aquel momento sentí sobre mi frente ardorosa la frescura de una mano suave; levanté la vista y vi a mi lado a una monjita, que con gesto comprensivo me sonreía; cerré los ojos avergonzado, mas aquel bienestar que me producía su mano sobre mi frente me sumió en un profundo y reparador sueño. ¡Qué dulce fué bajo el amparo de aquella angelical hada! Soñé que mi madre y mi hermana se habían trasladado a Madrid para vivir conmigo y para siempre.

Este sueño fué un sedante para mis nervios, relajados por el sufrimiento. La soledad que había sentido momentos antes desapareció, dando paso a una alegre tranquilidad llena de esperanza.

Ya no volví a desesperarme más.

En cuanto pude andar, ayudado por la monjita me dirigí a la capilla para pedir perdón a Dios, para decirle que comprendía perfectamente el que se lleva-

se a mis compañeros, dejándome solo, porque ellos habían dado fin a su misión aquí en la tierra, mientras que a mí me quedaba mucho que hacer todavía; una de las principales cosas era buscar a mi madre y traerla junto a mí para pedirla perdón y resarcirla con mi cariño del tiempo que la había tenido privada de él.

VI

Aquel día me desperté más optimista que los anteriores; sentía ganas de levantarme y dar un paseo por el jardín de mi nuevo hospital, pues como hacía algunos días que había terminado la guerra, a instancias mías me trasladaron del hospital de Z, en donde había transcurrido mi enfermedad, al de Madrid. Había llegado la tarde anterior, y ardía en deseos de salir al parque para ver, aunque fuera de lejos, los edificios de mi amada ciudad.

¡Conservaba tantos recuerdos de ella!

Ya me disponía a avisar a la enfermera, para que me ayudara a vestirme, cuando entra ésta con el encargo de que un señor quería verme. Mi corazón dió un vuelco al pensar que pudieras ser tú el visitante, pero pronto se desvaneció mi ilusión al ver aparecer en el dintel de la puerta a mi mayordomo José.

Al pronto la sorpresa y la indignación me paralizaron, pero recobré el aplomo, y le hice entrar y sentarse a mi lado. No tardó en darme la explicación de todo lo que mi mente había comenzado a imaginar desde la entrada suya en mi habitación.

En el rostro de Juan María habíase dibujado el asombro.

—Efectivamente —prosiguió Miguel—, mi fiel criado no me había traicionado, como en aquella turbulenta noche dió a entender. Todos aquellos gritos, toda aquella comilona que en nuestro honor les dió fué ficción; les hizo creer que nos había dado muerte y que se había adueñado de cuanto en el palacio había. Tanto habló y, sobre todo, tanto les dió de beber, que les logró convencer.

Cuando, por fin, consiguió deshacerse de ellos, cerró con cuidado cuantas puertas, ventanas y balcones había en la casa; apagó todas las luces, y, dejando al portero de guardia de la finca, se lanzó a la calle para averiguar nuestro paradero; anduvo toda la noche sin conseguir ninguna noticia nuestra, y tampoco se atrevía a preguntar por miedo a hacernos un flaco servicio en lugar de un favor, no hallaba medio de averiguar nada. Por fin decidió ir a tu casa, y cual no sería su asombro al contemplarla envuelta en llamas.

En un movimiento irreflexivo retrocedió hacia aquí, como si con su presencia pudiera evitar a mi palacio el espantoso fin de tu finca. Dice que más tarde pensó lo tonto de su propósito, puesto que aquellos hombres, si se lo hubieran propuesto, lo hubieran arrasado, a pesar de su empeño por evitarlo; pero en aquel momento su inteligencia imaginaba mil locuras con tal de salvar lo que me pertenecía, y que caso de peligrar, él hubiera defendido con el mismo afán con que pudiera defender su propia vida.

Se separó, pues, del grupo de gente que acorralaba el edificio, y procurando no llamar la atención se metió por un callejón, pero antes de doblar la esquina le detuvo una desagradable carcajada, que sonó cerca de él; no sabe por qué aquella diabólica risa le produjo un temblor de angustia y un sudor frío empapó su cuerpo al oír las palabras que siguieron:

—¡Qué bien está esto! ¡Que se quemem dentro!

—¿Tú crees? —le preguntó uno, que se hallaba junto al hombre que había soltado semejante comentario.

—Estoy completamente seguro de ello. Esta gente, que presume de tanto título y tanto empaque, son unos

cobardes. Tengo la seguridad de que por cobardía a salir, prefieren achicharrarse como ratas —dijo, con tono despectivo.

A José le dió la sensación de que le habían clavado en el suelo; intentó mover los pies, mas no pudo, parecía que le había desaparecido hasta la última gota de sangre que había en su cuerpo, a juzgar por la palidez mortal que cubría su rostro. Lentamente subió su brazo derecho, que le encontraba pesado, como si fuera de hierro, hasta llegar con la mano a su frente, que la tenía bañada por el sudor, y se la enjugó.

—¡No es posible! —se dijo—. No es posible que hayan huido de aquel palacio para meterse en otro de no menos popularidad.

Sin embargo, aquella espantosa idea no le dejaba un momento. Ya no intentó alejarse de allí, por todos los medios tenía que averiguar si aquello era cierto o no.

La suerte le favoreció, pues al cabo de un buen rato aparecieron los bomberos, dispuestos a apagar el fuego, pues peligraban los edificios cercanos.

Con la inteligencia que da el temor, urdió al momento un excelente plan para lograr lo que se había propuesto. Se coló entre ellos y, fingiéndose un bombero más, les ayudó a echar el agua.

Trabajaron afanosamente, pero lo que quedó después de apagar el fuego no era más que un montón de ruinas. La gente se precipitó entonces sobre ellas, para ver si lograban encontrar algo de valor que no hubiera devorado el fuego, y a ellos se unió también mi mayordomo, rebuscando por entre los escombros hasta que amaneció, mas no le fué posible hallar el menor indicio de que nos encontrábamos en tu finca —se interrumpió. Juan María le escuchaba silencioso, pero la tristeza de sus ojos y la palidez de su cara delataban el intenso sufrimiento que este recuerdo le producía.

—Moralmente deshecho regresó a su casa —continuó Miguel—, no sin temor de hallarla en idénticas condiciones que la tuya, mas la providencia divina se

había propuesto protegerla, como después me protegió a mí.

Durante varios días habitaron el palacio José y el portero completamente solos, por el día descansaban y en la noche se turnaban para salir a buscarnos.

Transcurrida una semana, apareció mi ayuda de cámara; se entrevistó con José y después de enterarse de lo ocurrido, dijo que él también quería ayudarles, y que, por tanto, se quedaría a vivir con ellos.

Así lo hizo, pregonando a cuantos se acercaban a preguntar que allí no había más dueños que ellos, que habían estado años y años sirviéndonos y que justo era que, llegada la hora del desquite, se apoderaran de todo aquello, que hasta ahora habían estado cuidando como simples sirvientes, y que en adelante lo harían como absolutos dueños.

Aquello le valió la tranquilidad y la paz a mi casa, en la que la servidumbre, a la vista de la gente, vivía regaladamente.

Así transcurrió el tiempo de guerra, durante el cual mi buen José, secundado por el portero y por mi ayuda de cámara, anduvo buscándome como un desesperado por todas partes, hasta que al finalizar ésta, se enteró de que entre los heridos trasladados de Z se encontraba el marqués de Alda, y él, con la esperanza de que no iba a ser un equívoco, se apresuró a venir en mi busca para darme la grata noticia de que me aguardaba mi casa tal como aquella noche fatal la abandoné.

No titubeé en dejarme conducir por José, y en cuanto pude obtener el permiso del méico, entré, con el corazón encogido de gozo, en mi casa. Y para colmo de felicidad, en la mesa de mi despacho, y confundida con otras muchas, había una carta de mi madre.

La sorpresa me dejó inmóvil y sin fuerzas para intentar siquiera el abrir la carta. Todo yo era un mar de confusión.

¿Cómo había averiguado mi madre la existencia de esta casa? Un cierto temor me invadía. ¿Qué nuevas sorpresas me reservaba aquella carta, que, con

blatinada blancura, destacaba del oscuro tablero de mi mesa, en donde casi con pánico la había dejado caer minutos antes? ¿Reproches..., amenazas..., quizá el perdón...?

Incapaz de aguardar por más tiempo, trémulo rasgué el sobre. La carta traía once fechas atrasadas; indudablemente hacía tiempo que permanecía encima de mi mesa.

Devoré su contenido, ni un solo reproche; en ella me comunicaba que habían llegado a San Sebastián dos días antes de estallar la guerra, y que una vez allí decidieron no moverse, esperando se solucionasen los acontecimientos.

Decía también que había intentado por todos los medios adquirir noticias mías, sin obtener ningún resultado, y que ahora, en tiempos de paz, escribía aquí como última tentativa, por si yo había conseguido salvarme y regresaba a mi casa, y aquí añadía, con la mayor naturalidad del mundo, que en uno de sus viajes a Madrid había visto de lejos, porque no tuvo tiempo para más, mi magnífica finca. Me pedía que fuera a verlas, pues se morían de ganas de abrazarme.

Le contesté a vuelta de correo, exponiéndole mi situación, y sin atreverme a hacer alusión alguna al conocimiento que sobre este edificio tenía mi madre ni a mi comportamiento para con ella, le pedía sencillamente que fuera ella la que viniera a verme. No tardé muchos días en recibir contestación afirmativa a mis ruegos. ¡Viene, Juan María!

—¿Para muchos días? —preguntó éste con gesto de fatiga.

—Para siempre, y con la pequeña Celi.

—¿También tu hermana? No te conozco.

—Sí; por eso he puesto doncellas, lazos y flores por todas partes, para ahogar un poco esta austera severidad y darle a la casa un tono más alegre, una sensación de verdadedro hogar. ¿Qué crees que hará mi pequeña por esta casa? La recorrerá por entero, para darse cuenta de sus menores detalles, pues no es cu-

rosilla que digamos. ¿Crees que le gustará el tono rosa?

—No sé... ¿Por qué me lo preguntas, Miguel? No te entiendo, me hablas atropelladamente y sin hilación. ¿Por qué me preguntas lo del color? —repuso Juan María, mirando a su compañero, sin acertar a comprender el cambio que se había operado en él. ¿Se habría vuelto loco?

—Es que he mandado tapizar en rosa su habitación, porque se me ha antojado que es el color que debe gustar a María Celina, ¿no te parece a ti?

—Pero...

—Y mi madre, ¿crees que se sentirá feliz en esta casa? Nunca estuvo en ella, Juan María. ¡Qué sensación tan extraña me dá el pensar en su llegada! ¡Lloraría de emoción!

—Estás muy impresionado, te has excitado mucho esta tarde y creo que lo más conveniente es que descanses, Miguel; así es que te dejo.

—¿Te vas?

—Sí. Se me hace tarde.

—¿Vendrás mañana? Quizá estén aquí ya las viajeras; así tendrás ocasión de conocerlas.

—De poder, yo te aseguro que sí que vendré, pues tengo sumo interés en conocerlas. Conozco tu vida hasta el menor detalle, y me gustaría llegar también a conocer los personajes que a tu alrededor se han movido.

—Yo también quiero que te familiarices con ellas, llegando a cobrarles cariño, como a mí.

—Eso es fácil, ¿no te parece?

—Sí; creo que sí.

—Bueno, pues; te dejo.

—Hasta mañana, si Dios quiere.

Por detrás de los cristales vió Miguel cruzar a su entrañable amigo el jardín y subir a su automóvil. ¡Se había portado siempre muy bien con él! En el fondo era bueno; lástima que tuviera una esfinge de hielo por espíritu.

VII

María Celinda Condás irrumpió con gran alborozo en el salón, donde se encontraba su madre; la grácil figurita, realzado su encanto por el exquisito corte de su traje de montar, color claro, dirigióse rápida hacia doña Beatriz.

Con apasionado gesto abrazó, mimosa, a su madre, besándola, mientras le preguntaba:

—¿Qué noticias hay, mamita?

—Nada en absoluto, hija— dijo, a la par que de sus labios se escapaba un leve suspiro.

—¡Siempre lo mismo, lo mismo! —musitó con desaliento María Celina, dejándose caer en una butaquita baja que había frente a la de su madre.

Por unos momentos guardaron silencio.

Doña Beatriz contempló a su hija, en cuyos ojos, de un tono dorado, reflejábese una infinita tristeza.

—No debes perder tan pronto la esperanza —dijo, reanudado la labor, que descansaba sobre sus rodillas desde la entrada de ésta.

—Son once días los que llevamos esperando inútilmente una respuesta a nuestra carta, mamá —repuso, levantándose, y acercándose de nuevo a su madre, se arrodilló en un almohadón, junto a ella, y apoyan-

do su rubia cabeza en el regazo maternal, murmuró quedito:

—Lo que me maravilla es la fe tan grande que tienes; en los once días que llevamos de espera yo he salido a desesperación diaria; en cambio, tú conservas incólume esa fe, que a mí me sorprende.

—Es verdad, hija mía —repuso la marquesa—. Hay algo dentro de mí que me dice que no ha muerto y que pronto... ¡quizá se reunirá con nosotras!

Levantó la cabeza para mirar a través del balcón abierto.

El sol, que penetraba a raudales en la habitación, habíase posado caprichosamente sobre sus cabellos, prematuramente blancos, formando sobre ellos un nimbo dorado.

Su frente, serena y elevada, y su semblante, entristecido por las muchas penas, no habían perdido la expresión de dulzura, que debió dar un nuevo encanto a la belleza que poseyera en su juventud; sus ojos, azules, inmensamente azules, hablaban de infinitas ternuras.

«¡Qué hermosa es mi madre! —pensó María Celina, acariciándola con la mirada—. ¿Por qué tendrá fija la atención en el espacio? Quizá vea reflejada en él la imagen adorada de su hijo.»

Dió un suspiro.

—¿Tú crees, mamita?

Depositando la labor en la canastilla, pasó sus marfileñas manos sobre los rizos revueltos de María Celina.

—Sí, hija mía, sí; no debes dudarle, vendrá.

—¡Quisiera participar de tu fe! Y ahora me marcho a vestirme para el almuerzo.

—Ve y no tardes.

—Descuida, mamáta —y dándole un fuerte beso en la frente, salió con el mismo alborozo con que minutos antes entrara en la habitación.

Doña Beatriz la siguió con la vista; tan pronto la vió desaparecer, aquella fe, aquella entereza de ánimo parecieron venirse abajo. Una gruesa lágrima resbaló

por su mejilla, mientras de su pecho se escapaba un profundo sollozo.

La ingratitud y la rebeldía de Miguel la herían en mitad del corazón; no obstante, su amor maternal supo acallar esa terrible angustia y ocultar durante cinco años el desvío del hijo amado a todo el mundo, incluso a su propia hija.

¿Qué había sido de aquellos días felices vividos en compañía de su marido, en los cuales ni una sola nube consiguiera empañar su dicha?

¿Qué hermoso le parecía entonces el castillo, situado en las lejanas tierras de Alda! Ahora, en cambio, lo encontraba triste y sombrío.

Su vida había sido un continuo sueño de felicidad, aumentada por el nacimiento de su primer hijo Miguelín.

¡Cuántas aspiraciones! ¡Cuántas ilusiones puestas en él! La ambición del marqués llegó más allá, y quiso darle educación de príncipe.

Cumplido que hubo los seis años, se le llevó al mejor colegio del extranjero. Por aquel entonces nació María Celina, sacando a los marqueses de la tristeza en que se hallaban sumidos desde la partida del niño.

Don Fernando Condás decidió que su hija ingresara en un colegio de Inglaterra, mas no llegó a ver satisfecho su deseo, pues antes de que la niña cumpliera la edad reglamentaria para su ingreso en el colegio, fué atacado por una grave enfermedad que le llevó a la muerte.

Doña Beatriz quedó tremendamente desolada. Para ella no había consuelo, únicamente la niña era su alegría en su abrumadora pena, por lo que tomó la decisión de no dejarla salir de España; permanecería interna en un colegio, pero no lejos de ella.

Y así fueron transcurriendo los años, sin más compañía que el dolor de la pérdida de su marido y la esperanza de poder abrazar y retener durante las vacaciones de verano a sus dos hijos, único consuelo en su triste existencia, más triste y más lúgubre bajo aquellas inmensas paredes, que habían participado de

su felicidad y ahora parecían querer tomar también parte en su desgracia, pues no había rincón en el castillo que no le recordase al marqués.

Sus salones, antaño alegres, parecían haberse oscurecido, llenándose de una tremenda soledad.

No tardó mucho tiempo en recibir una carta de su hijo, en la que le decía que, necesitando ampliar sus estudios, aprovecharía las vacaciones para este fin; esto quería decir que, sintiéndolo mucho, no iría durante éstas a ver a su madre. A partir de entonces, la tristeza de la marquesa fué en aumento progresivo.

Demasiado lentamente iban pasando los años para su ansiedad de madre, que no veía la hora de poder tener a sus hijos junto a ella para siempre.

Hasta que un día, en las Navidades, que María Celina pasó en el palacio de los duques de Durphy, aceptando la invitación de éstos, estando quereliándose doña Beatriz de su soledad, precisamente en aquellas fiestas hogareñas (eran las primeras que iba a pasar completamente sola), se presentó en el castillo Miguel.

El alegrón de la marquesa no tuvo límite, pero por eso dejó de extrañarla la inesperada visita del joven marqués, y en cuanto pudo, pasada la emoción del primer momento, indagó el objeto que le traía al linajudo castillo. Miguel se apresuró a contestar que no había mayor motivo que el de estrecharla en sus brazos.

No insistió más sobre el asunto, pues, al decir verdad, aquello le pareció justificadísimo, y al lamentarse de que no estuviera María Celina entre ellos, le dijo que lo sentía mucho, pero que en parte se alegraba, porque así podría dedicarse a ella por entero mientras estuviera en el castillo, además que tiempo había para verla, puesto que él no partiría para el extranjero hasta que su hermana no regresara de sus vacaciones para reintegrarse al colegio.

Dispúsose doña Beatriz a pasar felizmente aquellas fiestas que la suerte le deparaba en compañía de su amado hijo, al que hacía una porción de años que no había visto, ¡estaba tan cambiado!

Acababa de cumplir los veintitrés años y era más corpulento que su padre a la misma edad.

Físicamente había mejorado mucho, pero no así moralmente; esto lo comprendió pronto la marquesa, a quien no tardó en asaltarle algunas dudas; a pesar de ello, nunca creyó que llegase al extremo en que acabó.

Le encontraba algo retraído, como si huyera de ella.

¿Dónde quedaron sus cariñosas cartas y las ansias que, según él, tenía de verla?, se preguntaba la marquesa con desaliento.

Le tenía muy intranquila, y un día no pudo resistir más, y a la hora del desayuno abordó la cuestión.

—¿Qué te pasa, hijo mío? —preguntó ésta espíandole sus menores gestos—. Hace días que te encuentro cambiado. No pareces el mismo de aquel día que, abrazándome locamente, dijo entre besos que había hecho el viaje tan largo sólo porque sentía ganas de verme. ¿Tienes alguna preocupación? —insistió, a lo que él respondió, bajando un poco la cabeza.

—¡Estoy decidido, mamá!

—¿A qué, hijo mío

—A no estudiar más.

—¡Pero, Miguel!... Eso no puede ser, tú debes terminar tu carrera, como era la voluntad de tu padre...

—No insistas, mamá, estoy decidido, y no pienso volverme atrás.

—¿Cuál es tu propósito? —inquirió la marquesa en el colmo del asombro.

—Que me des la parte que me corresponde de la herencia de papá.

—¿Qué piensas hacer con ella? —balbuceó todavía su madre, dudando de si era realidad lo que estaba sucediendo o era simplemente una broma de su hijo.

—Es cosa que no debe preocuparte; es mía, soy mayor de edad y quiero emplearla como me plazca.

—Pero, hijo mío, si ése era mi propósito, entregarte todo lo que te corresponde en el preciso momento en que terminada tu carrera decidas fijar tu porvenir en esta finca, cuya hacienda deben guiar tus manos.

—Es inútil, mamá; no me has de convencer; estoy

harto, ¿me comprendes?; harto de mis estudios, de esta vida que llevo, y hasta de mi familia —y tras esta ruja contestación abandonó la estancia, dando un tremendo portazo.

Doña Beatriz quedó confusa. Al principio creyó ser víctima de una alucinación, pero pronto comprendió la gravedad del caso.

Trató de disuadirle, pero todo fué en vano, hasta que un día, conseguido su propósito, con las primeras luces del alba, desapareció Miguel del castillo.

La marquesa hizo cuanto pudo por dar con su paradero, mas todo fué inútil, como inútil fué la espera de alguna noticia suya.

Su dolor no tenía consuelo; pero pudo más su corazón, y aunque en él no halló disculpa para el desvío del hijo, tampoco quiso que cupiera en él la censura de nadie, por lo que trató de disculparle ante el servicio, diciendo que había tenido que salir precipitadamente, debido a la urgencia de unos negocios que acababa de montar y que requerían toda su atención.

Igual disculpa dió a su hija.

Dos años largos pasaron desde este suceso, sin que la marquesa, perdidas ya todas sus esperanzas, tuviera la más leve noticia de su hijo.

A finales de mayo decidió doña Beatriz ser ella la que fuera en busca de María Celina al colegio, pues como había terminado sus estudios y abandonaba definitivamente el pensionado, se detendría en Madrid y haría algunas compras, pues pensaba presentarla en sociedad aquel mismo año.

Ocupada estaba en estos menesteres cuando oyó comentar en una tienda de las muchas que visitó la fama del palacio del marqués de Alda, abierto a todo el mundo, y en el que se daban las mayores fiestas.

El asombro de la marquesa era enorme.

¿Un palacio de Alda en Madrid? ¿Sería una coincidencia, o es que realmente era de su hijo? ¿Cuándo lo había construído? ¿Con qué idea?

Todas estas preguntas afluyeron en tropel a su men-

te; pero como aquéllos continuaban hablando agudizó el oído para enterarse bien.

—Sin duda —oyó decir— debe poseer una considerable fortuna, pues la construcción de aquella joya arquitectónica, alzada en el paseo de la Castellana, le ha debido costar algunos millones.

—Yo no he entrado en él —decía otro—; pero tengo entendido que todo el palacio es un derroche de lujo.

—¿Y vive solo? —preguntó un tercero.

—Completamente solo —dijo el primero.

—No tanto; tiene por lo menos todo un escuadrón de sirvientes —repuso uno de ellos.

—Bueno, eso es aparte.

—¿Y no tiene familia? —inquirió de nuevo el tercero.

—No se sabe, porque es persona poco comunicativa, y aunque inauguró su palacio dando en él un grandioso baile, y a partir de entonces sus salones se han abierto en constantes fiestas, a las que ha asistido la más rancia aristocracia de Madrid, e incluso de otras partes, él ha permanecido siempre retraído. Tiene muchas amistades, pero nadie ha conseguido intimar con él, excepto el conde de Monteverde, de quien se dice que es amigo entrañable.

—Buena pieza está hecho ése. Es un perfecto calavera.

—Pero si tiene la carrera de diplomático terminada.

—Eso no quita para que sea el niño bonito de los salones.

No quiso oír más doña Beatriz y abandonó la tienda.

Mordida su curiosidad dirigió sus pasos al paseo de la Castellana. Quería cerciorarse por ella misma de lo que acaba de escuchar.

Pronto tropezó su vista con la preciosa mole del palacio.

La usteridad de su línea, llena de belleza, alzábase con empaque en la frondosidad de un hermoso parque, y estaba coronada por cuatro torrecillas y una monumental cúpula como remate de aquel magnífico edificio, cuyas paredes eran de mármol labrado.

Aproximóse un poco más doña Beatriz para contem-

plar por entre los árboles la esbeltez de la fachada, en cuya parte superior, y ocupando la amplia nave central, una pequeña terraza, con dos escalerillas a ambos lados, comunicaba con otra de mayores dimensiones y que daba acceso a la planta baja del edificio mediante un tremendo portalón de extenso arco, a cada lado del cual asomaban tres ventanas a la terraza.

En las naves laterales destacaban media docena de abultados balconcitos en cada uno de ellas, colocados de dos en dos, en el espacio de tres pisos, y que comunicaban con otras tantas piezas de la casa.

Tres amplios escalones unían la terraza de la planta baja con el parque.

Por la parte ladera, la hiedra llegaba hasta los balcones del primer piso.

La espesa arboleda impedía a la marquesa contemplar a su sabor la magnificencia de aquel palacio, en el que se hallaban caprichosamente mezclados el estilo gótico con el más depurado modernismo.

Y sobre todo el jardín, el que por ser las tapias un poco elevadas se escapaba a los admirados ojos de la marquesa; pero la gama de perfumes que hasta ella llegaba le daba a entender que si el edificio era maravilloso, el jardín no se quedaba atrás.

Presto se abrió un balcón y doña Beatriz, por miedo a ser descubierta, se alejó del palacio.

En aquel momento cruzóse con dos de cuya conversación llegó este retazo a sus oídos.

—No tardará en salir el marqués en su coche para reunirse en el club con su amigo el conde de Monteverde.

—Al parecer es la única persona con quien el joven marqués cuenta en este mundo.

A doña Beatriz se le escapó un suspiro.

No sabían aquellos infelices que aquella mujer, que con paso apresurado se alejaba de la casa, era precisamente su madre, que huía de él y de ella misma.

El temor de darse de manos a boca con su hijo le hizo abandonar rápidamente Madrid; había sufrido un desengaño a la par que un consuelo. Su hijo disfrutaba

de buena salud, tenía una magnífica casa y estaba bien servido. Esto era lo que a su amor maternal importaba.

Su comportamiento, su vida privada, no la conocía, mejor dicho, tuvo miedo de conocerla y prefirió que la ignorase también su hija, a la que no dijo ni una palabra sobre el particular. Y cuando ésta preguntó por su hermano, doña Beatriz le mintió piadosamente, diciendo que Miguel se hallaba terminando su carrera y que pronto se reuniría con ellas.

Como el propósito de doña Beatriz era el de presentar a su hija en sociedad, hizo todos los preparativos para trasladarse a San Sebastián, en donde pasarían toda la primavera.

No hacía dos semanas que habían llegado cuando estalló la revolución.

La intranquilidad de la marquesa no tuvo límites. Sabía que Miguel se hallaba en Madrid y que quizá no fuera muy propicia su suerte; pero aun entonces decidió callar lo que tan sólo ella sabía.

Sostuvo una lucha consigo misma sobre si debía o no indaga su paradero; pero al fin triunfó su amor de madre, y sin que María Celina se enterase de ello mandó mensajes por la Cruz Roja, indagó por medio de las Embajdas. Todo fué inútil. Nadie supo dar con el marqués, que al parecer había desaparecido de su casa de Madrid.

Y hoy, después de varias semanas de haberse terminado la guerra, no había logrado aún ninguna noticia.

¿Había muerto... o quizá su decisión fuese tan irrevocable que ni aun ahora, después de lo ocurrido, quería volver con su familia?

Lo ignoraba, como María Celina ignoraba el motivo que mantenía la fe de la marquesa. ¡Quizá estuviera meditando lo que debía hacer!

Doña Beatriz enjugóse una lágrima; era doloroso, pero estaba perdiendo la esperanza.

VIII

Una risa cristalina hendió los aires.

—¿No me crees? —preguntó el causante de la misma, irguiéndose en su asiento, entre divertido y admirado, ante la esbelta figura que a corta distancia de él se elevaba, recortándose magníficamente sobre el azul del cielo.

María Celina denegó con un movimiento de cabeza, mientras seguía riendo con toda la lozanía de su juventud, mostrando entre sus rojos labios una blanquísima dentadura.

Cumplidos sus veintidós años, ceñido su cuerpo por un precioso traje de punto, blanco, sujetaba sus revueltos rizos rubios con una gruesa trenza azul.

Todo era alegría y vivacidad en sus ojos dorados, que entonaban con el moreno de su piel, de estatura media, su cuerpo bien moldeado adquiría una elegancia exquisita; poseía la perfecta armonía que hacía de ella una encantadora joven.

—¿Ni siquiera a medias? —insistió de nuevo su interlocutor, en cuya mirada había un cómico aire de tristeza.

—Son demasiado peregrinas tus historias para ser ciertas, Ignacio —respondió al fin María Celina, sofocando a duras penas la risa.

—Vaya —dijo Ignacio levantándose de su asiento para apoyarse en el mástil junto a ella—, trataré de contarte otra un poco más verosímil, a ver si así me crees.

La simpática pareja se enfrascó en su conversación, sin que al parecer se interesasen por sus compañeros, que al extremo opuesto del yate les prestaban poca atención, ya charlando, ya contemplando extasiados el magnífico cuadro que en aquella hermosa mañana de abril presentaba la playa de San Sebastián. Únicamente Elena de Santiago se sentía inquieta, le gustaba ser siempre el punto donde convergen todas las admiraciones y halagos; ser el centro de toda conversación, y aquel aparte de su amiga con Ignacio le estaba poniendo nerviosa.

Siempre había sido excéntrica, pues a pesar del airecillo fresco del mes de abril enfundaba su alta figura en un exagerado traje de baño, color de fuego, que realizaba la esbeltez de su cuerpo; resultaba una visión casi exótica. Su pelo negro como el azabache, suavemente ondulado, caía en ampulosa cascada sobre los bronceados hombros; sus ojos, asombrosamente verdes y rasgados, de ordinario dulces y sumisos, adquirían la apariencia de los de un tigre, cuando el mal humor aflujía a su persona, tornándose entonces más hermosos, si cabe, pero de una belleza casi salvaje.

Su nariz era fina y recta, su boca sensual dejaba ver al entreabrirse sus sangrientos labios una doble hilera de nítidos dientes, que contrastaban con la bronceada piel.

No podía negarse que a Jesús Delfi le gustaba la extravagante figura, a juzgar por la admiración que reflejaban sus ojos al contemplarla, sentado frente a ella. El discutía siempre la nacionalidad de Elena, decía que se equivocaba al decir que era española, pues su apariencia toda era la de una javanesita.

María del Carmen siempre reía esta ocurrencia de Jesús; pero hoy estaba demasiado entretenida para fijarse en la hilaridad de María Celina e Ignacio, y sobre todo en la sorda cólera que comenzaba a asomar en las verdes pupilas de Elena, ni en el asombro de Alberto

que no podía comprender cómo la silueta de bronce hacía caso omiso a cuanto tratara de hablarle, fija su atención en la alegre pareja que se apoyaba en el mástil, mientras con visible nerviosidad le temblaban las finas aletas de la nariz. Ni en la admiración de Jesús, que absorto en su contemplación no paraba mientes en nada de lo que a su alrededor se movía, pasándole desapercibido el que María del Carmén y Carlos también se habían enfrascado en otro aparte.

Era María del Carmen una muchachita de unos veinte años, menudita, con el pelo muy negro, tanto como sus parlanchines ojos, y de nariz respingona; carecía de belleza, pero no de gracia, pues era tal la simpatía de su rostro alegre que llamaba la atención, tanto como pudiera llamarla Elena, con una ventaja sobre ésta, que Elena resultaba antipática en el trato y María del Carmen cuando más se la conocía más se la estimaba.

Desde muy chica se había educado sola, pues la única hermana que poseía murió cuando contaba ocho años. Si mimada y llena de caprichos fué su vida, aumentaron los halagos desde la pérdida de la hermana mayor.

No recordaba María del Carmen el haber quedado insatisfecho ni el menor de sus deseos.

Su padre, importante banquero, poseía una de las mayores fortunas de España; era el único blasón que podía ostentar, el oro, que manejaba a manos llenas.

A los diez años María del Carmen entró en un colegio pensionado de la alta aristocracia, al que abrió sus puertas los magníficos millones del banquero, ya que era condición indispensable para el ingreso en dicho pensionado el llevar en las venas sangre de la más rancia aristocracia.

No se conformó el millonario de haberle alcanzado este alto puesto a su hija, sino que le compró una magnífica finca que había pertenecido a una opulenta familia blasonada por los cuatro costados, y ahora habían venido a la ruina, viéndose obligados a vender su hermosa heredad. Allí iba María del Carmen con su familia a pasar las vacaciones del verano, y no tardó

en trabar amistad con el heredero de los duques de Montemayor, que ocupaba la finca lindante con la de ella; amistad que el banquero vió con buenos ojos.

Carlitos contaba tres años más que María del Carmen y poseía un carácter en todo idéntico al de la niña, por lo que unieron íntimamente, y esta amistad de los niños llegó a estrechar la de los padres. Raro era el día en que el banquero no estuviera en casa de los duques de Montemayor o éstos en casa del banquero.

Y así pasaron algunos años, durante los cuales don Pedro Fernández llegó a desear cada vez con más empeño y simpatía el llevar a cabo la boda de su hija con Carlos de los Valles, duque de Montemayor; era lo único que le faltaba y esto la facilitarían sus millones. ¿Por ventura su hija no tenía las puertas abiertas en todas partes gracias a ellos? También conseguiría esto y si no al tiempo.

Cuando le pareció oportuno, viendo la mutua simpatía con que los chicos se trataban, don Pedro sugirió la feliz idea largo tiempo acariciada. La respuesta no pudo ser más fatal, pues la duquesa, que no carecía de orgullo, dijo que su hijo no se casaría si no era con una muchacha en su blasonada estirpe.

Aquello fué como una bomba que acabara de estallar para el banquero; renegó cuanto pudo de su amistad y juró que aunque de rodillas vinieran a pedirle a su hija no la entregaría, pues a él le sobraban millones para comprarle centenares de títulos si quería. Aquel mismo día abandonaron con su familia la finca, prohibiendo a su hija el volver a nombrar a Carlos de los Valles, y mucho menos el hablar con él.

Inútil fué esa advertencia, ya que ello sirvió de acicate, uniéndose y hablándose en cuantas reuniones y fiestas coincidían. Ellos lo habían tomado a risa. Carlos solía decirle:

—Si aparece tu padre me perseguiría a golpes con sus billetes.

—Pues si aparece tu madre —decía ella—, me sacudirá con sus pergaminos.

Y juntos reían la ocurrencia.

Pero pronto, lo que hasta entonces les había servido de divertido comentario, comenzó a preocuparles; se habían enamorado mutuamente, y por lo tanto la obsesión de sus padres había tomado un cariz áspero.

En estas circunstancias conoció a María Celina, a quien abrió por entero su corazón; no hizo lo mismo con Elena, quien había hecho no pocos esfuerzos por distanciarla de Carlos, sin conseguir nada, pese a su hermosura, muy por encima de la carilla vulgar pero simpática de María del Carmen.

Ocupados en arreglar sus asuntos andaban Carlos y María del Carmen, sin preocuparse de los restantes ocupantes del yate, propiedad de éste, al que como simbólico afán de sus temores amorosos habían bautizado con el nombre de «Victoria».

De repente, el chasquido producido por el choque de un cuerpo con el agua les trajo a la realidad.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntaron los dos a un tiempo.

—Es Elena —repuso Alberto, que apoyado en la borda junto a Jesús contemplaba las piruetas de la de Santiago.

—Pero... ¿se ha caído? —agregó María Celina acercándose al grupo.

—No creo... —dijo Alberto haciendo un gesto de duda.

—¡Esa chica está loca! ¡Si no es tiempo de bañarse ni tampoco de andar con traje de baño, como ella hace!

Alberto abrió la boca para responder a la exclamación salida de labios de María del Carmen; pero al parecer se arrepintió de ello, pues la cerró sin proferir palabra. Quizá le detuviera la actitud de Jesús. ¿Estaría enamorado de ella? No le dió tiempo a contestarse a sí mismo, pues en aquel momento Jesús intentaba lanzarse al agua.

—¿Qué vas a hacer? —le detuvo Alberto.

—Llegar hasta ella para ayudarla.

—Es inútil, se defenderá mejor sola que contigo ¿No ves que sus movimientos son seguros y que por mo-

mentos la distancia entre el yate y ella se va acortando?

Efectivamente, si Elena de Santiago se había caído por sorpresa al agua, no lo demostraba así la tranquilidad que reflejaba su rostro, ni el acompasado vaivén de sus miembros al nadar en uno de sus perfectos estilos. Con suma agilidad trepó por la escalerilla que le tendía Ignacio.

—¡Gracias! —díjole entornando sus verdes ojos al tiempo que sus estilizadas manos sujetaban la abundante melena.

Ignacio le correspondió con una leve inclinación de cabeza. ¿Por cortesía o por sustraerse al brillo de aquellos ojos?

—¿Qué te ha ocurrido? —preguntó María Celina acercándose solícita.

—Sentía un poco de calor y decidí refrescarme.

Una pequeña pausa siguió a esta aclaración. Alberto fué el primero en romper el silencio embarazoso para desvanecer el unánime pensamiento (no muy favorable para Elena, por cierto) que indudablemente debía bullir en la mente de todos ellos. La pregunta fué vulgar, pero consiguió su propósito.

—¿Cuánto tiempo te queda de estar entre nosotros?

Verdaderamente le preocupaba la expresión de Jesús, y quiso evitarle un mal rato.

María Celina, a quien había sido dirigida la pregunta se apresuró a contestar.

—No sé... Depende de las noticias que tengamos de mi hermano —sus ojos se habían entristecido y su voz tenía un velo de angustia—. Si el uno no hemos recibido todavía ninguna carta suya partiremos al castillo de Alda.

—¿Por cuánto tiempo? —quiso saber María del Carmen.

—No sé qué plan debe llevar mamá.

—¿No te gusta recluirte en aquella soledad? —preguntó galante Ignacio.

—No —contestó resueltamente María Celina, a quien

el campo la entusiasmaba—. Me gusta casi más aquella reclusión que esta libertad.

—¡Hija mía..., eres del siglo pasado! —atajó irónicamente Elena, que no comprendía el que hubiera diversión sin bailes ni teatros; mujer excesivamente mundana, amaba el bullicio y el estar rodeada de muchachos, era completamente opuesta a María Celina, quien disfrutaba de la soledad y del ambiente despejado.

—No comparto tus ideas —replicó María del Carmen, que no era nada frívola y le entusiasmaba la manera de pensar de María Celina.

—Verdaderamente, María Celina, no me atrae nada el que te vayas —dijo resueltamente Alberto.

—¿Por qué? —preguntó con un mundo de picardía.

—Porque nos va a hacer mucha falta tu compañía —contestó con un dejo de mimo.

En los ojos de Elena encendiése una chispa de odio.

—Quedamos otras —dijo agriamente.

—Es cierto, quedáis otras —intervino Ignacio—; pero a pesar de vuestra agradable compañía, echaremos mucho de menos a María Celina, tanto nosotros como vos otras.

Elena se mordió los labios para no dejar ver su confusión, y calló.

—¿Qué os parece si mañana nos diéramos un paseo a caballo? —preguntó Carlos—. Hay que aprovechar los días que nos quedan de estar juntos, pues yo pienso partir también pronto para Valencia, donde tengo que liquidar unos asuntos antes de ir a Montemayor, en donde probablemente pasaré el verano —añadió mirando de reojo a María del Carmen, en cuya carita comenzaba a dibujarse un gracioso pucherito.

—A mí me parece estupendo —dijo Jesús—. ¿Y a vosotros?

—Yo encantado —dijo Ignacio acercándose a María Celina, que asintió entusiasmada.

Elena ciñó su flexible cuerpo en una afelpada bata mientras aseguraba no tener muchas ganas de tal paseo; pero a pesar de todo prometió pensarlo. ¡Bien sabían todos que no faltaría!

Eran ya las dos cuando decidieron volver a casa.

Al llegar María Celina al hotel, le salió al encuentro el «botones», llevando en la mano un sobre blanco de tamaño un poco más que regular, en donde se adivinaba escrita a trazos grandes y con mano nerviosa el nombre de su madre; no era de extrañar ya que doña Beatriz recibía a diario noticias del administrador, de su abogado, de su secretario... Bien era que la letra no la reconocía; pero eran tantas las personas con que su madre mantenía correspondencia...

Sin gran interés dióle la vuelta al sobre; a duras penas pudo contener un grito de alegría. ¿Qué era lo que estaba viendo?

Grabada en relieve azul oscuro aparecía sobre una eme picuda la corona del marquesado de Alda.

Su primer impulso fué el de atravesar el vestíbulo y subir la escalera como una exhalación; pero pronto dióse cuenta de la presencia de varias personas y, so pena de llamar la atención, tuvo que hacerlo con más comedimiento.

Ya en el pasillo, aligeró el paso, desapareciendo rápidamente por la puerta que comunicaba con la salita de estar.

Al no encontrar allí a su madre, penetró, con aire decidido en su habitación, blandiendo en el aire la blanca cartulina, al tiempo que decía alegremente:

—De nuestro marqués, mamá.

Doña Beatriz, que se hallaba escribiendo en una mesita baja, junto a los cristales del balcón, púsose de un salto en pie, llegando la violencia de su movimiento a tirar la endeble mesita al suelo, de no ser por María Celina, que la sostuvo a tiempo.

Su faz se había tornado lívida.

—¿Qué te pasa, mamá? —inquirió su hija con semblante asustado.

—No es nada, hija mía —dijo la marquesa, rehaciéndose—; la emoción quizá... Estaba mi pensamiento tan lejos en estos momentos de la llegada de esta carta, sin embargo tan ansiada... —dijo entrecortadamente, mientras con manos temblorosas trataba de apo-

derarse del sobre, que aún permanecía en las de su hija.

Le dió varias vueltas, sin atreverse a abrirlo.

Estaba indecisa. Si no lo hacía delante de su hija ésta podría sospechar... Pero... ¿y si su hijo hacía alusión a lo ocurrido?

—¿En qué piensas, mamá? ¿Por qué no lo abres de una vez? —oyó decir a su hija, a lo que doña Beatriz se apresuró a obedecerla torpemente.

Se enfrascó en la lectura, mientras María Celina lo hacía por encima de su hombro.

Pronto comprendió que su temor había sido infundado y que Miguel no ponía nada que pudiera llamar la atención de su hermana.

Decía simplemente que, gracias a unas buenas personas, con quienes se encontró al estallar la guerra, había conseguido trasladarse a la España nacional, en cuyos frentes pasó toda la campaña, hasta que le hirieron. Y como su casa se había salvado milagrosamente, restablecida ya la paz en la Patria decidió regresar a ella, no obstante la dificultosidad de su herida, pues, aunque no era cosa grave, no le permitía salir de casa, por los que le rogaba fuesen ellas las que se tomasen la molestia de ir a verle.

María Celina fué la primera en romper el silencio:

—¡Herido! ¡Pobrecito mío! ¿Verdad que iremos en seguida? Escríbele que iremos, mamita, pero no a verle, sino a estar con él para siempre —y seguidamente—: No me habías dicho que teníamos una casa en Madrid. ¿Cómo es? ¿Es hermosa?

—Verás... —balbució la marquesa—. La mandó construir tu hermano poco antes de estallar la guerra; decía que le servía de apeadero en sus muchos viajes de negocios a la capital española, y aunque su mayor interés siempre ha sido el que fuera a visitarle, yo nunca contaba con tiempo suficiente para ello, retrasando siempre el viaje —mintió, un poco insegura del resultado que pudiera tener tal explicación, y añadió con tono más resuelto—: Y aunque no la he visto, he oído decir que es una pieza magnífica.

IX

La agitación que dominaba al marqués de Alda no era habitual en él. Con expresiva mirada veía el ir y venir de sus criados, ocupados en los detalles de última hora.

Desde que partiera el coche para la estación habían pasado tan sólo diez minutos, que a Miguel se le antojaron diez siglos; sentado en su butaca, tras los cristales, no perdía de vista la entrada del parque.

No tardó en verse recompensado, pues a poco vio deslizarse por el andén central el hermoso coche.

Tiró con nerviosidad del cordón que pendía a su derecha y casi al instante se presentó José.

—¿Llamaba el señor? —preguntó.

—Sí; encárgate de que el servicio no cometa ninguna torpeza; yo recibiré aquí arriba a las señoras.

—Está bien, señor —y acto seguido desapareció con rapidez.

Como pudo levantóse Miguel de su asiento, andando con paso incierto hasta la puerta; apenas si le dió tiempo de abrirla, pues alguien la empujó desde fuera, precipitándose después en sus brazos y cubriéndole el rostro de besos. Miguel se dejó acariciar mudo

de alegría, dibujándose en sus labios una cariñosa sonrisa.

Dulcemente separó a su hermana de sí para contemplarla; sus ojos reflejaban un mundo de asombro, a la par que de admiración.

—¡María Celina! —pudo articular al fin—. ¡Y yo que estuyese tentado de llenar tu habitación de juguetes!

—Pues ya ves que no soy tan niña —respondió ésta, irguiéndose ante su hermano con cómica coquetería, acompañando a la acción una alegre carcajada de ambos.

El semblante de Miguel se ensombreció súbitamente.

—¿Y mamá? —preguntó con voz insegura.

El remordimiento mordía su alma; reconocía que su conducta había sido la de un mal hijo, por eso estaba dispuesto a escuchar con humildad y reverencia cuantas reconvenciones le hicieran, pues sabía que cuanto se le dijera sería poco. Cuantos reproches le hiciese su dolida madre no bastarían a igualar al mal que él le había producido, el desprecio de que le había hecho objeto, y, sin embargo, María Celina no había hecho la menor alusión sobre ello, al contrario, le había besado y abrazado con tanta fruición, como si toda su vida hubiera sido un santo; aquello le desconcertaba.

Con mano torpe alisó los cabellos, que su hermana había desordenado involuntariamente, mientras su mente trataba de esclarecer lo que no lograba comprender.

—Ya sube; creo que se ha entretenido con tu mayordomo —le oyó decir, como si despertara de un sueño.

En efecto, doña Beatriz avanzaba ya por el amplio pasillo. Miguel le salió al encuentro, estrechándola en sus brazos. Una tremenda angustia subía a su garganta al pronunciar con débil y temblorosa voz:

—¡Madre, perdóname!...

Doña Beatriz tomó entre sus blancas manos la noble cabeza de su hijo; estampó un tierno beso en su ardorosa frente, invitándole al silencio, al tiempo que

señalaba con un gesto a María Celina, que curioseaba, entretenida, cuanto encontraba por la habitación, sin preocuparse de ellos.

Un violento escalofrío recorrió el cuerpo de Miguel al comprender el rico caudal de amor con que su buenísima madre había pagado su ingratitude.

De manera que ni siquiera a su hermana había descubierto su maldad. ¿Cómo había podido tratar tan mal a esta santa mujer?

Emocionado se apoderó de las tibias manos de su madre, llevándoselas con devoción a los labios, mientras murmuraba religiosamente:

—¡Gracias, madre!

Estrechamente abrazados penetraron en la habitación.

La madre, solícita, llevó al hijo hasta un sillón, en donde le obligó a sentarse, mientras le decía amorosamente:

—No debes permanecer en pie, hijo mío; no es bueno para tu salud.

Miguel agradeció con una sonrisa la amabilidad de su madre. ¡Qué bien le sabían estas ternuras maternas! ¡Qué feliz se sentía junto a estas dos mujeres, en quienes puso la preferencia de sus amores, a pesar de su mal comportamiento, y que le rodeaban con tan solícito cariño!

El remanso de paz que aflucía a su alma estas ternuras le producían un nudo en la garganta y un escozor de lágrimas en los ojos. ¡Gran Dios! ¿Cómo pude dudar de tu clemencia divina ni tan sólo unos instantes? Tú, librándome del inminente peligro que me amenazaba aquella fatal noche; tomándome de la mano, me sacaste de mi casa y me llevaste junto aquellos hombres, que te ofrecían desinteresadamente su vida; por medio de ellos me enseñaste a sentir; sí, a sentir; porque jamás en mi vida había sentido, todo me parecía igual, con la misma frialdad, la vida para mí carecía de importancia, y Tú, Señor, levastaste en mí el gran amor que hoy consume mi alma. Me avergüenzo, Señor, de mi pasado y pídotte perdón de todo

corazón, agradeciéndote este inmerecido don de que me haces objeto; yo no lo merezco, pero Tú eres misericordioso conmigo, y traes la paz a mi alma, encarnada en la santa figura de mi madre. ¡Gracias, Señor!

Mientras así meditaba, Miguel contemplaba con arrobamiento casi infantil el bello rostro de su madre, hecho expresamente para amar y... perdonar también.

¡Qué santa, qué buena era!

—Y bien, hijo mío, ansiamos conocer tu vida. ¿Qué ha sido de ti en estos pasados años? —preguntó, cariñosa. En aquel momento había olvidado por completo el desvío de su hijo para dejar paso a su profundo amor. ¡Bendito amor de madre, que, aun sintiéndose herida en lo más hondo de su existencia, acalla el dolor para acudir presurosa junto a su hijo, sin un reproche, sin una queja, sin una explicación que pueda traer dolorosos recuerdos; pronta a depositar en él cuanto amor destilaba su corazón, soñando ya de antemano con la suave caricia filial que bastara para borrar de un golpe y en un solo instante el mal recuerdo que de él guardaba, porque, a decir verdad, ya casi lo borró hace tiempo.

Miguel relató detalladamente su paso por las horas difíciles que atravesó su querida Patria. ¡Con qué devoción escuchábanle las dos mujeres; el brillo de las lágrimas asomaba a sus ojos; ante ellas, el relato sencillo, carente por completo de vanidosa pretensión de Miguel, adquiría enormes proporciones de heroica gesta, en la que Miguel resurgía coronado con el laurel de la victoria! ¡Victoria doble, victoria en la Patria y en su alma!

María Celina le abrazó, entusiasmada, cuando acabó su relato.

—¡Qué emocionante episodio ése de tu vida, Miguel! Y nosotras ignorando la serie de peligros que te acechaban. ¡¡Oh qué pena me da pensarlo! Mientras yo bailaba con entusiasmo, entrando y saliendo como si tal cosa, tú corrías un grave peligro.

—¡Y es que os habíais reunido aquí ya con idea de

salvar el primer momento de la guerra? —preguntó, a su vez, la madre, sorprendida, pero satisfecha de la reacción de su hijo en el gran problema de la Patria.

—No; mi amigo y yo...

La marquesa estuvo a punto de estropearlo todo, pues iba a preguntarle si se refería al conde de Monteverde, cuando la cortó su hijo antes de que la pregunta llegara a sus labios para inquirir.

—¿Y cómo os enterasteis?

—Pues como te iba a decir, aquella tarde asistimos el conde de Monteverde y yo al té de la duquesa de San Luis, y contra lo corriente en aquellos tés, en que la alegría y la animación reinaban durante toda la tarde, aquel día flotaba en el ambiente un no sé qué especial, nadie hizo alusión a ello, pero se notaba que la preocupación nos iba dominando, les iba, mejor dicho, ya que mi ami amigo y yo, aunque conocíamos la situación crítica de aquellos días, estábamos ignorantes igualmente de lo que se avecinaba, y cuyo preludio ya habían presentado los allí reunidos. Mi amigo, acercándose a mí, me dijo:

—Oye, Miguel, ¿tú no crees que están los ánimos decaídos esta tarde? Vine con la ilusión de disfrutar, y me parece que están contagiando el mal humor.

—Tienes razón —le contesté yo—, y voy a indagar ahora mismo lo que ocurre.

Tal como lo había dicho lo hice; me acerqué al marqués del Resqui.

—¿Qué noticias circulan, marqués?

—No muy buenas, por cierto —me contestó—; he oído decir que en algunos puntos de España ha estallado la revolución; ahora que no creo que esto sea largo, quizá se resuelva sin llegar a mayo es.

—Puede ser —respondí, aunque no muy convencido de ello.

—Yo, de todas maneras, me voy a casa a ver si pongo la radio y consigo alguna noticia; además —añadió—, no creo que sea muy prudente el estarse aquí en las circunstancias en que nos desenvolvemos.

—Tiene razón; yo también voy a convencer a mi amigo para que cenemos en casa, en vez de ir al Club, como es nuestra costumbre.

Me despedí del marqués y fui en busca del conde de Monteverde, a quien hallé bailando, despreocupadamente, con una señorita; aguardé a que terminaran, entonces le hice una seña, mi amigo me comprendió al punto y, sin entretenerse, dejó a su compañera en su sitio y se acercó a mí

—¿Me llamabas? —me preguntó.

—Sí —le dije—. ¿Qué te parece si cenáramos hoy en casa?

—¿En tu casa? No. Yo tengo un plan estupendo en el Club esta noche, y no me lo pierdo.

—Es que las cosas andan mal.

—Ya te has dejado embaucar por el marqués de Resqui, y eso que no ignoras que es un ave negra; todo le parece mal, todo lo considera perdido. ¿Cómo pudiste fiarte de él? Anda, no seas aguafiestas, y vente al Club. Mira —añadió, como cosa hecha ya—, me marchó ahora a casa, me visto y al momento estoy en tu palacio para recogerte y llevarte conmigo. ¿Hecho?

Accedí, no sé si convencido por su elocuencia o pensando que aquello era una locura.

Efectivamente, llegué a casa y dije a mi ayuda de cámara que me preparase el baño y el «smoking».

—¿Va a salir el señor? —preguntó, asombrado, mi criado.

—Sí —repuse.

—Entonces... ¿tampoco cena el señor esta noche en casa? —volvió a preguntar, esperando tal vez una respuesta afirmativa.

—No —contesté, sin dar más explicaciones.

Mi ayuda de cámara me contempló con cara de tonto unos instantes; después, dando la vuelta, marchó a sus ocupaciones. Yo comprendía que aquello era una locura, y el semblante alarmado de mis criados me lo dió a entender así.

No tardó en avisarme de que cuanto había pedido

estaba preparado. Me dispuse a arreglarme, y por primera vez en mi vida permanecí mudo mientras me duchaba. La idea de la guerra daba vueltas en mi cabeza ¿Qué ocurriría si estalla en España?, me preguntaba, algo intranquilo. No puede ser una superchería, como trata de asegurar el conde; debe ser un caso bastante apurado.

Yo no soy un cobarde ni lo he sido nunca, y en cualquier otra circunstancia me hubiera largado a la calle sin ningún miramiento, pero aquella noche algo me decía que un grave peligro nos amenazaba.

Terminé de arreglarme y bajé al comedor para esperar allí a mi amigo.

No tardó en llegar, pero su semblante no me pareció tan risueño como cuando por la tarde me proponía ir a cenar al Club.

—Vamos a tu despacho —me dijo—; tengo que hablar contigo.

Sin preguntarle por qué ni para qué, le conduje allí.

—Y bien —dije—. ¿Qué me quieres?

—Que tenías tú razón —me contestó.

—¿Yo? ¿De qué? —le pregunté, haciéndome de nuevas; quería que me dijera lo que antes me había porfiado como un embuste.

—Lo de la guerra.

—¿La guerra? —pregunté, esta vez alarmado.

—Dicen que va a estallar de un momento a otro; el ambiente que reina en las calles es hostil, y yo vengo a proponerte que cenemos aquí, y si quieres podemos salir luego a ver lo que ocurre.

Me quedé mirándole, silencioso. ¿Luego no era mentira aquellos rumores que a mis oídos llegaron y luego vi reflejados en los semblantes asustados de mis criados?, me pregunté.

—¿Qué decides? —apremió mi amigo.

—Lo que tú has dicho; voy a llamar a José para que nos sirvan la cena.

Cuando mi mayordomo se enteró de nuestra decisión su cara pareció animarse algo.

Cenamos, pues, como ya os dije, en casa, y lo restante no es preciso que os lo vuelva a referir, puesto que ya lo sabéis.

—¡Qué pánico! —exclamó María Celina, preguntando acto seguido—: Y de tu amigo, ¿qué fué?

—Mi amigo tuvo mejor suerte que yo en algún aspecto, en otros ha sido muchísimo más desdichado.

—Pero ¿illegasteis a reuniros durante la guerra? —preguntó ahora su madre.

—No —contestó, haciendo una corta pausa.

—Pues cuéntanoslo rápido y no te entretengas, que ya me tienes intrigada por su suerte —intervino su hermana.

—Ya voy, ya voy, impaciente. Digo que tuvo mejor suerte que yo porque consiguió salir ileso de la contienda; en cambio, su pérdida fué enorme, ya que los rojos prendieron fuego a la finca en que habitaba, una verdadera joya, que si ésta ya habéis podido apreciar lo hermosa que es, aquélla no tenía nada que envidiarle, con la agravante de que aquella finca había pertenecido a todos sus antepasados, los cuales iban colocando en la casa los objetos más valiosos de su época, ascendiendo el valor de la finca a millones, no sólo por la arquitectura, sino por todo lo que encerraba.

—¡Qué disgusto más enorme! —comentó la marquesa—. ¿Y él qué hizo? —preguntó luego.

—Al ver el horror de su casa, huyó, queriendo la suerte que diera con un conocido suyo, que partía en aquellos momentos para el extranjero, en donde permaneció toda la guerra, desenvolviéndose en su carrera de diplomático, ayudando a la Patria. Ayer llegó a España, y su primer quehacer fué venir a visitarme.

—Ya tengo ganas de conocer a ese amigo tuyo, de quien con tanto cariño nos has hablado...

—¿Es guapo? ¿Es alto? ¿Es interesante? ¿Es bueno? —de sus labios salen como un torrente las palabras de la graciosa chiquilla.

Miguel ríe, satisfecho; ahora ya puede hacerlo, pues su felicidad es completa.

—¿Te das cuenta, mamá, lo curiosilla que es nuestra nena? No sin razón lo dijo Juan María...

—¿Juan María se llama? ¡Qué nombre tan bonito! Presiento que me voy a enamorar de tu querido amigo —dijo con un deje de conquetería, mientras contemplaba su esbelta figura en el gran espejo, que dominaba la sala.

Miguel se puso profundamente pálido.

—¡Supongo, María Celina, que no habrás dicho eso en serio! —la exclamación salió casi a su pesar de sus labios; apenas pronunciada se arrepintió; gracias que su madre, distraída en mirar la estancia, como hiciera minutos antes su hija, no pudo reparar en la densa palidez que por un momento había cubierto el rostro de su hijo.

María Celina, que no había alcanzado el tono de angustia de su hermano, volviéndose lentamente a éste dijo:

—No, no lo he dicho en serio; pero tampoco tendría nada de particular, ¡acaparador!

Miguel dió un profundo suspiro, ninguna de las dos había recogido el terror que él había puesto en su exclamación, que no hubiera querido pronunciar; pero, a pesar de ello, un vago temor invadía su alma.



María Celina, al abrir la puerta que daba acceso a sus habitaciones, se detuvo en el umbral con una exclamación de sorpresa.

Todo lo que había visto de la casa hasta ahora le había gustado muchísimo, pero nada le gustó tanto como la habitación que estaba contemplando.

Cuando su hermano, después de contarles su penosa historia, se dispuso a mostrarles la casa, madre e hija se negaron en rotundo. Pero ¿cómo iba a recorrer aquel palacio con lo delicado que estaba? No; eso no se lo hubieran consentido nunca, a pesar de que se moría de curiosidad por conocer la morada de su hermano, creada por su exquisito gusto.

Miguel, comprendiendo las ansias de su hermana, mandó llamar a José para que éste le sustituyera en el papel de cicerone y fuera enseñando a las señoras la que desde aquel momento iba a ser su casa. Doña Beatriz se negó a hacer el recorrido, no por falta de ganas, sino porque, ansiosa de la compañía de su hijo, no acertaba a separarse de su lado.

Salió, pues, María Celina precedida de José, quien con suma amabilidad le fué mostrando hasta el más recóndito rincón de la finca: el amplio comedor, casi

regio, María le dió la vuelta para fijarse bien, incluso en los más pequeños detalles le gustaba encontrar a cada paso objetos, detallitos que hicieran resaltar la personalidad de Miguel. La salita de estar, tan acogedora; el salón enorme de la planta baja María Celina lo contempló absorta. «¡Qué gusto tiene mi hermano!», pensó al contemplar aquella maravilla, decorada en color fuego y cuyo suelo era de mármol negro. Salieron por la puerta que desembocaba frente a la escalinata de mármol, y en la parte de atrás la cocina y las habitaciones del servicio, con su puerta independiente. Volvieron otra vez a la escalinata, subiendo al primer piso; pasaron al despacho de Miguel, a la biblioteca y de ésta al salón que ocupaba la nave central, decorado todo él en blanco y oro; a las habitaciones de la marquesa, próximas a las suyas, por las que pasó de largo, dejándolas para visitarlas las últimas.

En el ala de enfrente, las destinadas para huéspedes.

En la parte alta de la casa, por ser ésta la que más le gustara a Miguel, había colocado allí sus habitaciones, confortablemente dispuestas, con un gabinete, en donde solía pasar la mayor parte del día; tenía también un amplio gimnasio, en donde le gustaba ejercitar sus fuerzas todas las mañanas en los tiempos en que aún estaba sano y salvo. Un pequeño museo de los más variados objetos y un salón para juego, completamente encristalado.

Todo lo contempló María Celina con gran entusiasmo, mirándolo a través del cariño que por su hermano sentía, creyendo ver en cada objeto la esencia exquisita de su espíritu varonil. ¡Era una suerte tener un hermano como el suyo!, se decía mentalmente, mientras bajaba a sus habitaciones.

Abrió, pues, la puerta, como dijimos, deteniéndose en el umbral con una exclamación de sorpresa.

Ante ella apareció un extenso salón.

En la pared de enfrente, y colocada en una hornacina encristalada, de tamaño más que regular, apare-

ecía un gracioso tocador coquetamente adornado con profusión de gasas y tules de color de rosa.

La nube de tul que, a modo de cortina, caía a ambos lados del mismo, era también rosa.

A cada lado de la hornacina se abrían dos estrechos balcones al jardín.

Las paredes estaban estucadas en color hueso, lo mismo que las maderas de las puertas y de los pocos muebles que habían en aquella amplia pieza; la banqueta del tocador, dos butacones y una minúscula mesita.

Ocupando el centro del suelo, en sentido transversal, una enorme piel blanca de pelo largo.

Esta habitación tenía dos puertas, además, de la que ella había utilizado para entrar desde el pasillo; estas puertas, colocadas cada una de ellas en los extremos opuestos de la sala, daban acceso, la de la izquierda, al cuarto de baño y al dormitorio la de su derecha.

Del techo pendía una soberbia araña.

En el ángulo izquierdo de la habitación se alzaba un espejo de cuerpo entero.

Después de haberse percatado de una ojeada de todos estos detalles, avanzó unos pasos para apreciarlos con más exactitud, observando lo que hasta entonces no había reparado en ello. A su derecha, y ocupando todo el ángulo de la pared, empotrado en ella y con una extensión desde la puerta, que acababa de abandonar, hasta la de su dormitorio, tras unas puertas corredizas perfectamente disimuladas, se escondía un armario.

Indudablemente le hubiera pasado inadvertido si no fuera porque la doncella, que se encontraba dando los últimos toques a sus habitaciones, deseosa de complacer en todo a su señorita, hizo funcionar el mecanismo de sus puertas, dejando al descubierto toda la colección de sus trajes perfectamente colocados; sus zapatos ordenados en la parte baja, con arreglo a los trajes para los cuales habían sido confeccionados; lo mismo que los sombreros, que descansaban en lo alto

del armario en sus respectivos apartados; uno de los departamentos estaba reservado para los trajes de noche. Aunque en aquel momento se hallaba vacío, ya que María Celina no estaba puesta de largo todavía, pero el solo pensamiento de verlos allí colgados la llenaba de regocijo.

Después pasaron al departamento destinado a la ropa interior, tan primorosamente colocada como la anterior. La doncellita le preguntó cuál de los camisonos allí colgados deseaba usar aquella noche. María Celina separó uno blanco, con un salto de cama color fresa y las zapatillas haciendo juego.

Revisado todo esto, entró en su dormitorio, igualmente decorado que el salón-tocador: las paredes y los muebles color hueso; los encajes de la colcha y los cortinones, en rosa.

Le pareció todo ideal.

Abrió uno de los balcones, era completamente de noche; hasta ella llegaba el perfume embriagador del jardín.

—¿Qué hora es, Ernestina? —preguntó a su doncella.

—Las ocho y media, señorita —dijo ésta, mirando el reloj, que estaba sobre la mesilla.

—Pues como me imagino que tendré suficiente tiempo, prepárame el baño y me arreglaré antes de bajar a cenar. Prepárame también el traje azul.

No se movió del balcón hasta que vino Ernestina a anunciarla que lo tenía todo preparado.

Se bañó. Se arregló cuidadosamente. Cuando hubo acabado bajó en busca de su madre y hermano, encontrando a este último donde le dejara por la tarde.

—¡Qué guapa te has puesto! —fué el saludo con que la recibió.

—Para hecerte los honores —repuso María Celina, acercándosele.

—No; los honores me corresuonden hacéroslos a mí, y ahora mismo me voy a arreglar —dijo, al tiempo que intentaba ponerse en pie, pero no pudo, pues su

hermana había apoyado sus manecitas en sus hombros, obligándole a sentarse de nuevo.

—Tú te estás quieto, como los niños buenos, ¿sabes? Somos nosotras las que te hemos de cuidar, y no te consentiremos que hagas nada que te pueda perjudicar, ¿entiendes? —le contestó, pasando sus manos por sus cabellos—. Además, así estás elegantísimo.

Miguel le agradeció con una sonrisa el cumplido.

—¿Y mamá? —preguntó ahora María Celina.

—Ha ido a arreglarse un poco; en seguida vendrá a buscarnos para cenar.

María Celina se acercó a un espejo. Miguel la contemplaba distraidamente. Luego, volviéndose ella bruscamente, le preguntó a boca de jarro:

—¿Tienes novia?

Miguel al pronto no contestó, pero pasados pocos minutos soltó una carcajada.

—¿Qué es lo que te ha hecho tanta gracia? —indagó su hermana, contemplándole asombrada—. ¿Mi pregunta o el hecho de tener novia?

—Ninguna de las dos cosas —repuso Miguel, riendo todavía.

—Pues te pusiste algo coloradillo cuando te la hice —dijo con cierta malicia.

—Será que la enfermedad me está volviendo tímido como una señorita.

Y juntos rieron la ocurrencia.

—Sí —dijo María Celina—; pero aún no me has contestado a lo que te pregunté.

—Verdaderamente, no me equivoqué al calificarte de curiosilla; pues no, no la tengo. ¿Y tú? Porque no haces más que rebuscar en mis sentimientos, pero lo que es de los tuyos no me has dicho todavía nada.

—Yo tampoco tengo novio, ni lo he tenido —repuso.

—Pero contarás con un montón de admiradores, que se disputarán tu compañía.

María Celina sintió que se le subía el color a la cara, cubriéndose al momento con las manos.

—Ahora eres tú la que se ha puesto coloradita —contestó su hermano con guasa.

—¡Qué tonta soy! —repuso, alejándose de él.
Miguel se rió.

—¡Si irás a tenerme vergüenza a estas horas! Anda, ven y cuéntame, mientras mamá llega, la vida que has llevado desde que nos separamos cuando éramos chicos.

—¡Uy, qué largo! ¡Si casi no me acuerdo! —dijo, acercándose de nuevo y sentándose en una sillita baja que había junto a Miguel.

—A ver, ¿cuántos años tienes ahora? ¿Veintiuno? Sí; seis meses menos que yo. ¡Hay que ver, y parece que fué ayer cuando te dejé, una muñeca de trenzas rubias! —se la quedó mirando, enredados sus dedos en los bucles de la niña—. ¿Qué hiciste de tus trenzas, Celi? —preguntó de pronto.

—Me las corté al abandonar el colegio, ya era casi una señorita de dieciocho años y tenía que presumir; además, mamá quería presentarme en sociedad aquel año.

—¿Y qué? —la animó su hermano.

—Pues que como estalló la guerra, no hubo lugar a ello, aparte de que sin saber nada de ti tampoco teníamos ganas de fiestas, y, sobre todo, que yo deseaba que estuvieras presente en mi puesta de largo.

—Eso me parece muy bien —corroboró Miguel—. ¿Y en qué entreteníais el tiempo en San Sebastián?

—Mamá en salir de compras y dar algún que otro paseo. Yo, en cambio...

—Tú, en cambio, no pararías un sólo momento en el hotel; me lo imagino, ahora con Fulana, después con Mengana, a la noche con los de más allá... ¿Me equivoco?

—¡Oh, no! Tienes razón. Yo disfruté muchísimo. Imagínate a una muchacha recién salida del colegio y que no ha visto el mundo más que por un agujero, y la sacan de pronto a la vida, ¿qué hubieras hecho tú en mi lugar? Lo mismo que yo, aprovechar todo lo que se me venía a las manos. Teníamos carreras de caballos, concursos de natación, campeonatos de tenis, meriendas, bailes y toda una serie de amigos.

—¡Qué barbaridad! —comentó su hermano.

—Sí; no tenía momento libre. En cuanto me retrasaba un minuto, ya estaba María del Carmen a buscarme —y al ver la cara de asombro de su hermano se apresuró a explicar—. María del Carmen es hija de un importante banquero e íntima amiga mía; tiene una bonita historia de amor, ahora que a mí no me gustaría pasar por ella; está enamorada de un hombre al que se niega su padre se una en matrimonio. No sé qué será de ellos; cuando me vine a Madrid les dejé todavía en San Sebastián; lo mismo que a Elena de Santiago y a Ignacio, estos últimos me dijeron que el invierno lo pasarían en Madrid. Ignacio con su familia y Elena con unas parientas suyas, con las que dice que ha pasado ya en otras ocasiones largas temporadas. A esta última no quisiera que la conocieras, pero presiento que será inútil, pues es seguro que en cuanto llegue a Madrid venga a buscarme, ya que así me lo prometió.

—¿Y por qué no quieres que la conozca? —preguntó su hermano, brillándole en las verdes pupilas una lucecita burlona.

—Cuando me miras así, me recuerdas a ella, y es que tienes los ojos del mismo color...

La cortó una carcajada de Miguel.

—De manera que me parezco a la célebre Elena —dijo.

—No quise decir eso, sólo que tus ojos la recuerdan, quizá sea por el color solamente; por lo demás, Dios no quiera que te parezcas en nada a ella —dijo, muy seria.

—¿Por qué? —quiso saber Miguel con la misma sonrisa guasona de antes.

—Porque es muy antipática y una acaparachicos. Lo mismo es ver a una muchacha a medio plan con alguien, que venir ella a deshacerlo. De noviazgos estropeados por ella se cuentan un sin fin, y estoy segura que si te viera, en seguida pretendería conquistarte.

Miguel no podía contener la risa, producida por el tono serio con que le hablaba.

—¿Y si te dijera que ya la conozco? —pudo decir por fin.

—¡Cómo! —se asombró María Celina—. ¡Imposible! Si la conocieras, le hubiera faltado el tiempo para decirme.

—Quizá no se le haya ocurrido unir tu vida a la mía.

—¿Y los apellidos y los títulos? —le repuso su hermana.

Miguel quedóse un momento pensativo.

—No sé... —dijo, al cabo de un rato—, no sé qué interés pueda tener en ocultarte nuestra amistad.

Iba a hablar María Celina cuando en el umbral apareció su madre.

—José me acaba de anunciar que la cena está servida, así es que cuando queráis.

No volvieron a hablar más sobre este punto los dos hermanos, pues la presencia de la madre les distrajo por el momento.

* * *

Después de la cena íntima, en la que Miguel se sintió más feliz que nunca, fué acompañado hasta su dormitorio por las viajeras, solícitas, que, como es natural, retardan el momento de separarse de él, disputándose el prestarle su ayuda.

—Bueno, bueno —dijo, alegremente, Miguel—; tendré que alargár voluntariamente mi enfermedad y fingirme cojo para que me miméis y cuidéis de esta forma; sentía tantas añoranzas de vuestro cariño...

Y con aire mimoso las atrajo hacia sí. Sus fornidos brazos las rodearon con singular ternura; resultaban tan menudas junto a su elevada estatura.

Miguel las premió con un beso en la frente y se dispuso a introducirse en su cuarto.

—Que descanses, hijo mío.

—Gracias, mamá, igualmente, y tú, mimosilla —di-

rigiéndose a su hermana, que permanecía todavía abrazada a él—, desearé que tengas unos sueños muy dulces en esa habitación que tanto te ha gustado. En mi vida me vi en mayor apuro, decorar una habitación para una señorita.

Rieron los tres, y Miguel, volviéndolas a besar, penetró en su cuarto.

Ya en la cama, meditó unos momentos; la felicidad le acaricia el alma, pero esta felicidad tiene una espina, cuyo nombre es bien amado por él: Juan María. ¡Si pudiera cambiarle el carácter!; pero no es posible, Juan María ya no es un niño, a quien se le puede educar moldeando su alma a nuestro antojo; Juan María, por desgracia, ha vivido mucho y muy aprisa; su alma está cansada de penas y no ambiciona más que placeres; es difícil conseguir de él lo que no fué nunca. Siempre le dolió el que su amigo fuera así, y hoy más que nunca.

No reparó en ello hasta que María Celina lo insinuó; no se había dado cuenta hasta entonces de que si Juan María se enamoraba de cuantas muchachas conocía, con mayor motivo de María Celina, que poseía en grado superlativo todos los encantos necesarios para atraer a un hombre, por reacio que éste fuera... ¡Dios mío, qué conflicto, su mejor amigo traicionando nada menos que a su hermana!

Pero ¿sería tonto? Aún no sabía cómo iba a reaccionar cuando le presentase a María Celina y ya estaba atormentado de los posibles y funestos resultados. Deshechó la idea. Juan María no se enamoraría nunca de ella, y si esto ocurría, dada la tremenda amistad que entre ambos existía, era seguro que él rechazaría la idea, sin que llegase a tomar cuerpo en su mente.

Miguel se tranquilizó, mejor dicho, intentó tranquilizarse con estas palabras, después de lo cual se quedó profundamente dormido.

XI

—María Celina —llamó Miguel al verla pasar por la puerta, desde su diván.

—¿Qué quieres? —preguntó, entrando en la habitación.

—¿Te vas tú también a descansar? —le dijo.

—No; venía de la biblioteca de tomar este libro —le contestó mostrándoselo—, y ahora iba al jardín para leer allí un ratito.

—Entonces, ¿quieres ayudarme? Quisiera ir a mi despacho, y esta pierna maldita me duele de un modo que no me deja mover.

—Pues no vayas. ¿Quieres que me quede contigo y te haga compañía? ?

—No, gracias; es preciso que vaya, tengo un trabajo urgente. Llévame —añadió, intentando levantarse.

María Celina se apresuró a ayudarle; le tomó por un brazo, pero Miguel se soltó, diciendo:

—No, no; es mejor que me apoye yo.

—Me preocupa ese dolor tuyo —dijo su hermana, mientras andaba despacito por el pasillo—. ¿A qué será debido?

—El médico ha dicho que no es nada de importancia.

Ya entraban en el despacho. María Celina le dejó bien instalado.

—¿No necesitas nada más? —le preguntó, y como viera que su hermano hacía un gesto negativo continuó—: Bueno; pues como me figuro que mi presencia más te estorbará que otra cosa, te dejo; si me necesitas, me mandas llamar, yo estaré en el jardín.

—Bueno —dijo su hermano.

Miguel no apartó la vista de la puerta hasta que la vió cerrarse. Lentamente se pasó las manos por la cabeza. Tenía mucho que hacer, pero antes necesitaba coordinar un poco sus ideas. Estuvo meditando unos momentos; después, sacando unos papeles del cajón, se puso a examinarlos, escribiendo. Así pasó gran parte de la tarde.

A las seis, cuando se disponía a llamar a su hermana, entró José, anunciándole la llegada del conde de Monteverde. Miguel recibió la noticia con regocijo.

—Que pase aquí —le dijo a José; se levantó, andando unos pasos para recibirle.

Juan María entró con su aire ligero de siembre.

—Pero ¿qué es esto, tú esperándome en pie? Vamos, vamos, siéntate —le condujo a un butacón, sentándose en el otro, colocado enfrente.

—Qué. ¿cómo te encuentras? —preguntó, solícito.

—En la gloria —contestó, riendo, Miguel.

—¿Cómo es eso?

—Anoche llegaron mamá y Celi.

—Vaya, me alegro. ¿Y qué tal?

—Felicísimos. Les ha entusiasmado la casa y se encuentran como en el cielo. Mamá descansa ahora, y María Celina está en el jardín; si te parece saldremos luego a buscarla.

—No me parece mal la idea. Y ahora que hablas de ideas, ¿a que no aciertas cuál es la que ronda en mi cabeza, de tal manera, que casi se puede decir que he comenzado a ponerla en práctica?

—No sé.

—Voy a edificarme de nuevo mi casa. ¿Qué te parece?

—¡Estupendo!

—Ya he buscado un buen arquitecto que se encargue de ello; ya están recogiendo los escombros. Voy a tener una laboriasidad tremenda estos días, porque pretendo que me hagan la casa lo más parecida, y para ello estoy citado con el arquitecto, a ver si conseguimos sacar un dibujo que se ajuste a lo que era mi palacio antes.

—No sabes cuánto me alegra la idea tuya; sentí enormemente su destrozo cuando me enteré de ello. Una finca de tan rancio abolengo como la tuya. Fué un acto criminal aquello.

Y tan criminal; todavía recuerdo con espanto aquellas horas. ¡Mi casa hundida entre las llamas! Yo no había llorado nunca, pero aquel día lloré.

—Lo comprendo.

En aquel momento abrióse la puerta, dando paso a María Celina, llevando prendido en los cabellos un precioso capullo y el semblante lleno de alegría.

—Mira, Miguel, qué hermoso...—la frase quedó cortada al descubrir junto a su hermano un desconocido. María Celina le midió de pies a cabeza; no había duda, allí estaba el amigo de Miguel, el conde de Monteverde, contemplándola sonriente.

—Perdona —dijo, excusándose—, no sabía que estuvieras acompañado —acto seguido intentó retirarse.

—Espera —la detuvo su hermano—; no te vayas, María Celina; precisamente quería ir en tu busca para presentarte a mi mejor amigo, Juan María. Ya te conoce —añadió, dirigiéndose a su amigo—; en el escaso tiempo que llevan aquí, creo que les he hablado tanto de ti que casi te conocen con la exactitud que yo.

María Celina levantó la cabeza, estrechando la mano que él le tendía. Un vivo rubor la cubrió. Aquel hombre tenía una manera especial de mirar. María Celina le encontraba un algo, así como si acariciara, y aquella caricia tenía un poder grandemente atractivo. Valía mucho menos que su hermano, pero tenía un no sé qué que seducía.

Todos estos pensamientos asaltaron la cabeza de

María Celina mientras se estrechaban las manos. No sabía ella que ante este poder se habían rendido muchos corazones, cuyo amor había olvidado siempre Juan María con facilidad.

Si en ese momento hubiera dirigido Celi la vista hacia su hermano, se hubiera asombrado.

Miguel, que había olvidado casi por completo sus temores de la noche anterior, volvió a sentirlos, pero ahora mucho más fuertes. ¿Cómo no iba a sentirlos? ¿No había sabido leer en los ojos de Juan María la franca admiración? ¿Admiración? A Miguel se le antojó algo más. Y en la turbación de su hermana. ¿Sería posible que llegaran a enamorarse? Porque eso lo sabía él seguro, Juan María declararía su amor a Celi cuando se creyera verdaderamente enamorado, pero pobre de Celi si Juan María llegaba a conocer a otras muchachas, ¡adiós amor!

Se tranquilizó un poco. María Celina volvía a ser dueña de sí misma. «No —se dijo—; mi hermana no se enamorará nunca de mi amigo»

—Miguel —dijo entonces María Celina, como si se acordase de pronto—, yo venía a buscarte para que merendaras; así es que podríamos trasladarnos al gabinete; mamá creo que nos espera ya. Allí es donde hacemos la vida, porque a mi hermano le resulta más cómodo, ¿sabe, conde? —arguyó, dirigiéndose al conde de Monteverde.

—¡Uy, cuánto tratamiento! Para mí, Juan María ha sido siempre como un hermano, y yo quiero que lo sea también para ti, así es que ya os estáis tuteando.

—Por mí, no hay inconveniente.

—Y yo, encantada —añadió María Celina.

—Bueno; pues una vez sentada esta premisa, vamos a merendar, y de paso conocerás también a mamá.

Se dirigieron los tres al gabinete, en medio Miguel cogido de un brazo de su hermana y de otro de su amigo. Debían ir hablando algo muy gracioso, que les hacía reír a los tres.

Doña Beatriz, desde el gabinete, les oyó, y se sin-

tió satisfecha; sus hijos eran felices y, siéndolo ellos, ella también lo era.

Abrieron la puerta y aparecieron los tres en el umbral.

—Mamá —dijo Miguel.

Doña Beatriz dejó la labor sobre sus rodillas y levantó la cabeza. Ante la vista de aquel grupo, que representaba la juventud y la alegría, no tuvo más remedio que sonreír gozosa.

—Mamá —repitió Miguel—, es Juan María, del que tanto he hablado.

Juan María se adelantó, tomando la mano que, con un gesto de simpatía, le alargaba doña Beatriz, al tiempo que decía:

—Mi más profundo respeto, marquesa.

—Le estoy muy agradecida, conde, por lo bien que se ha portado con mi hijo y los innumerables ratos de bienestar que le ha proporcionado. Usted no se puede imaginar lo que Miguel le quiere.

—Sí lo sé, señora; por eso el agradecido debo ser yo, por la simpatía y el afecto inmerecidos que ha depositado en mí.

—Esa simpatía y ese afecto de mi hijo los hago míos, conde; en esta casa encontrará usted siempre, no unos amigos, sino su propia familia.

—Gracias, marquesa.

Miguel se acercó, apoyado en el brazo de María Celina, a su madre, besándola en la frente y diciendo:

—¡Gracias, madre! Hoy me siento feliz rodeado de las personas que más quiero.

—No dudamos de tu cariño, Miguel —dijo alegremente Juan María—; de lo que sí dudamos es de tus fuerzas, anda, ven y siéntate en tu diván, que llevas demasiado rato de pie.

Le ayudó a sentarse; después se sentó en un cillón, junto a él; María Celina tomó otra butaca y se sentó también próxima a su hermano.

Doña Beatriz requirió del servicio la merienda y rodeando al enfermo y ofreciéndole ahora esto y después aquello transcurrió la tarde en amigable charla.

Juan María les contemplaba absorto, su mirada iba de Miguel a la hermana, de la hermana a la madre y de la madre otra vez a Miguel. Dificilillo le hubiera sido a él, tan entendido en bellezas, escoger entre la hermosura de aquellos tres seres a cual más guapos; se parecían muchísimo; pero cada uno de ellos poseía un encanto particular, algo que si a éste le hacía interesante a aquélla le daba personalidad. Sus ojos a ratos parecían completamente iguales, y en cambio otras veces eran lo más distintos que se puede uno imaginar, pero dueños todos de una rara hermosura. Era un caso asombroso. Y Juan María tuvo que convenirse de que estaba ante tres bellezas.

María Celina le había gustado desde un principio. Hasta ahora había contemplado bellezas de todas las clases, pero como la que tenía ante sus ojos no había tenido nunca la dicha de contemplarla. Era de esas bellezas que gustan porque poseen un algo especial que uno no llega a saber definir, pero que tiene la propiedad de que cada vez que uno los mira muestra un nuevo encanto que hasta entonces no había sido descubierto.

Era muy movida, su rostro reflejaba siempre todas sus emociones y sus ojos tenían un brillo extraordinario.

Desde el primer momento se mostró con él con una amabilidad y una delicadeza tremendas; su afán no era otro que el de agradar en todo a su hermano, y como le había oído en varias ocasiones que deseaba se tratara a Juan María como a un familiar más, María Celina se afanaba en ello.

El conde de Monteverde le fué tomando simpatía y poco a poco la dulce chiquilla se le fué adentrando en el corazón. Al principio creyó que no sentía por ella más cariño que el que pudiera sentir por una hermana.

Cuanto ella decía le hacía gracia, sus menores caprichos se apresuraba a satisfacerlos, y cuando se encontraba lejos de ella la añoranza se le hacía a veces insoportable; esto le dió a entender que no era un

cariño fraternal lo que por ella sentía. Y este descubrimiento le dejó pensativo; no era esto lo que él esperaba.

Quizá sea una obsesión mía, se dijo, y se dispuso a no hacer caso de este descubrimiento.

* * *

Siempre había ido a diario al palacio de Alda, y desde que llegaron las viajeras menudeaban sus visitas: hoy era a comer, mañana a cenar, un día a tomar café, en fin, siempre contaba con alguna invitación, bien es verdad que la familia le apreciaba de veras y se encontraban dichosos de poderle tener cerca. Juan María poco a poco se fué contagiando de este afecto, y lo que en un principio tomó por cortesía llegó a resultarle de todo punto imprescindible, el día que no iba al palacio se encontraba desorientado; se había acostumbrado a este ambiente, y él, que detestaba la familia, pronto creyó desearla.

Envidiaba a Miguel, Juan María no tenía a nadie que desinteresadamente se preocupara de él. Y acto seguido de pensar esto se lo censuraba.

¿No era él, en aquella casa, tan querido como pudiera serlo un verdadero hijo? Sí, se decía, pero aquel cariño no le llenaba, él ambicionaba algo más... profundo, algo... que llenara su corazón.

XII

—Me mandaste recado con José de que había llegado Juan María, ¿no es cierto? —preguntó Miguel al tiempo que le abrazaba cariñoso, depositando un tierno beso en su mejilla. Ahora se conducía así con ella, y sus ojos adquirirían una infinita dulzura al hacerlo.

Desde aquella noche en que libre de testigos importunos decidió pedirle contritamente perdón, intentando darle una explicación (que no cabía) a su imperdonable proceder, y doña Beatriz le atajó estrechándole en sus brazos para decirle que no necesitaba más explicación que la felicidad de poderle abrazar y retenerle por siempre, de saberlo suyo, tan suyo que ya no sentía el más leve temor de volverle a perder, la felicidad había renacido en el alma de Miguel y el agradecimiento que sentía hacia su madre por la confianza ciega que había puesto en él le hacía desvivirse por ella, satisfaciendo sus menores caprichos y evitándole el más pequeño disgusto.

Todo le parecía poco para ella. Se había propuesto borrar con su cariño el recuerdo amargo de su desvío.

La marquesa esquivó suavemente el abrazo, dicién-

dole en tono de reconvención, pero del que se escapaba a todas luces el cariño que sentía por él:

—Quita, loco, me has tirado la revista que estaba leyendo.

—Es verdad, pobre mamaita —Miguel se agachó a recogerla, depositándola en sus manos—; pero aún no has dicho a este loco dónde está Juan María --con una sonrisa un tantico malicioso.

Doña Beatriz no tuvo más remedio que rendirse al fin y corresponder con una caricia.

—Está en el jardín con tu hermana —dijo, y añadió viendo que las bellas facciones de su hijo se habían contraído en un gesto de desaliento: —¿Estás disgustado?

Miguel reaccionó súbitamente y volviéndola a abrazar le dijo cariñoso:

—¿Cómo crees que puedo estar de mal humor teniéndote a ti, viejecita mía?

La voz era jovial, pero en los ojos verdes había una sombra de tristeza.

—Anda, zalamero, ve a reunirte con ellos; pero no pasees mucho, ya sabes que no te conviene.

—No te preocupes, mamá.

Miguel salió a la terraza. Desde allí intentó descubrir a su hermana y amigo, pero no lo consiguió.

Con paso lento descendió los tres escalones que le separaban del jardín, y se internó en un andén lateral. De pronto le vino a la imaginación dónde podrían encontrarse.

Era un precioso rincón del jardín donde había un cenador cubierto totalmente de rosas trepadoras y de jazmines. Era el lugar favorito de Juan María, quien había dicho en varias ocasiones a Miguel:

—En la construcción de tu palacio, al llegar a este rincón, parece que te inspiró mi alma, pues lo creastes, en todo, a mi gusto.

Miguel le reía esta ocurrencia, y a veces solía decirle para enfadarle que no había sido fruto de su imaginación, sino del experto jardinero.

—Es igual —contestaba picado Juan María—; mi alma inspiró al jardinero.

Pero pronto olvidaba estas pequeñas pullas de su amigo y volvía a ser el muchacho alegre y despreocupado de siempre. Miguel le apreciaba de veras. ¡Cuán bien habían unido siempre! Y sin embargo ahora sentía cierta desconfianza hacia él. La mayoría de las veces le había reído sus lances amorosos, pero en la actualidad...

El pensamiento quedó suspendido por su hermana, que habiéndole visto venir se apresuró a salir a su encuentro, y tomándole del brazo le dijo:

—¿Es verdad que este cenador lo hiciste por un capricho de Juan María?

Miguel miró a su hermana y luego a su amigo, que se acercaba con gesto sonriente a ellos.

—No —dijo lentamente—. Fué un recuerdo lleno de añoranza que vivía en mi alma.

—¿Te refieres a nuestro cenador del castillo?

Miguel asintió con una inclinación de cabeza.

—¡Pero éste es más hermoso!... —añadió María Celina, sin apartar la vista de la enorme masa blanca y perfumada—. ¡Qué raro!... ¿Por qué se te ocurrió hacerlo completamente blanco? —volvió a preguntar

Miguel sonrió, en sus verdes pupilas brilló tan sólo un momento una enigmática lucecita, después respondió:

—Me lo inspiró el alma de Juan María.

El aludido se echó a reír imitándole los dos hermanos.

—Siempre serás el mismo, Miguel —dijo conduciéndole al centro del cenador y obligándole a sentarse en un caprichoso banco labrado en mármol blanco—. No te conviene estar de pie, todavía estás débil y necesitas nuestros cuidados.

—Siempre fuiste un buen amigo mío —le cortó Miguel—, y quisiera que lo fueras también de mi hermana.

—¿Quién ha dicho lo contrario? Pero permíteme que te diga te has puesto demasiado serio.

Miguel no tuvo más remedio que reír.

—Será la solemnidad del lugar —dijo.

Verdaderamente su preocupación era infundada, ya que Juan María no mostraba más interés que el de un buen camarada.

* * *

Llegó primeros de julio y doña Beatriz decidió ir al castillo de Alda para pasar allí el verano.

Miguel se alegró, pues desde mucho tiempo deseaba volver al castillo, al que hacía tantísimos años que no había ido. Comprendía que necesitaba este descanso corporal y espiritual; allí gozaría del reposo que necesitaba de salud y de la paz y el sosiego que ambicionaba su alma.

¡Volver a su casa! ¡Cuántos y cuán diferentes recuerdos encerraba!

Pasaron los días y como en sueños se vió instalado en su castillo.

¡La heredad de su padre!

No quiso prestar atención a los ruegos de su madre y de su hermana incitándole al descanso después de un viaje tan largo.

—Vosotros —decía— os habéis tomado demasiado en serio lo de mi enfermedad y me creéis peor de lo que estoy. Me encuentro perfectamente bien, y aunque os prometo hacer una vida de completo reposo en el tiempo que llevemos aquí, hoy no quiero obederos.

Y haciéndoles una mueca cariñosa se dispuso a recorrer el castillo.

Salió al corredor en dirección a la biblioteca, atravesó la galería de sus antepasados. Un pensamiento instintivo le hizo detenerse ante el retrato de su abuela, junto al cual aparecía un enorme hueco. La boca de Miguel se extendió en una sonrisa.

—Ya lo sé, abuelita, no debí desprenderte de su compañía; pero tú sabes que yo siempre había sentido predilección por el retrato del abuelo.

Volviéndose lentamente contempló los demás cua-

dros, estaban todos tan serios, parecían asombrarse de su presencia casi extraña para ellos.

A Miguel se le ensombreció el semblante y bajando la cabeza dijo entre dientes:

—De aquí salí huyendo como un malvado.

Le pareció que ellos le recriminaban su pasado, y sin poderse contener abandonó aprisa la estancia. Se detuvo ante la puerta de la biblioteca; con reverencia llena de nerviosismo abrió lentamente la puerta.

¡Cuántos años pasados y cuán distintos sus pensamientos desde la última que entrara en aquel recinto!

Traspuso el umbral y frente a él apareció, sobre la monumental chimenea de estilo renacimiento, dominando toda la habitación, el retrato de su madre. Se lo había hecho un famoso pintor pocos días después de casarse, con tal acierto, que don Fernando, embelusado, decidió que la bella aparición, como él la denominaba, presidiera su despacho.

La esbelta silueta vestida de blanco se apoyaba indolente en uno de los arcos del salón, Miguel, contemplándola, se dijo que su madre debía ser muy joven cuando le hicieron aquel cuadro.

A pesar de sus rizos castaños y sus ojos azules, tenía alguna semejanza con María Celina, en cambio la suave sonrisa la había heredado Miguel.

Una repentina tristeza se apoderó de él; cerró la puerta y como hechizado por el encanto de aquella dulce sonrisa se acercó lentamente; aquella noche estuvo a punto de apoderarse del cuadro, pero un movimiento de orgullo se lo impidió.

—Quizá mi madre llegue a creer que me es imprescindible su presencia —se dijo, y ante el temor de esta sospecha decidió llevarse el de don Eugenio; esto no les extrañaría puesto que él siempre dijo que el día en que decidiese irse a vivir a otra casa se lo llevaría detrás para que le decorase el vestíbulo. Hoy ante el recuerdo de ello se avergonzaba. Se apoyó en la chimenea, después con movimiento pausado encendió un cigarrillo.

Acercóse a la puerta de cristales que daba acceso a la terraza, contempló con mirada abstraída el jardín.

Aquel pasado abrumador había quedado muy lejos, y ahora, cuando sentía renacer en su alma la felicidad, una nueva preocupación venía a atormentarle.

—¿Sería posible que él, que había reído e incluso alentado las mayores locuras de su amigo, se viera ahora amenazado por su propia arma? —por sus ojos pasó una luz de rebelión—. No lo consentiría.

Abriendo la puerta salió a la terraza y casi a su pesar su mirada se dulcificó. A su mente acudieron en tropel todos los recuerdos de la infancia. ¡Cuántas veces había corrido por ella en sus vacaciones!

Bajó el jardín y sin vacilar tomó uno de los andenes laterales que le condujo al cenador.

Ya en él se dejó caer en un banco, de su pecho se escapó un suspiro.

Por lo menos en los meses que estuviera en el castillo gozaría de tranquilidad. Y sin hacer mención ya de levantarse, se recostó en el banco, semientornó los ojos; a través de sus largas pestañas brilló una luz, ¿de contrariedad, de ilusión?, tal vez viera reflejado en el espacio el enigma de su felicidad futura.

XIII

El palacio de Aida volvía a su antiguo apogeo. Hoy después de varios años de quietud abría sus puertas otra vez al mundo.

Doña Beatriz había decidido celebrar el cumpleaños de su hija dando una gran fiesta, a la que había invitado lo más selecto del mundo aristócrata.

La fiesta había sido esperada con regocijo por María Celina, que no veía la hora de vestir por primera vez el traje largo.

—¡Qué ilusión me da, mamaita! —decía.

Y la marquesa sonreía en silencio, presa de secreta alegría. La fiesta, la verdadera fiesta era para ella el presenciar la felicidad de María Celina y el poder comunicar sin palabras al mundo la inmensa dicha que sentía su corazón al haber recuperado a su hijo.

Este en cambio no manifestaba el menor interés. Reía indulgente alguna vez al contemplar la alegría de su hermana, pero no solía hacer el menor comentario.

Y así llegó la noche llena de alentadoras promesas para María Celina.

Un poco nerviosa púsose un blanco vestido de encajes, que momentos antes le mandara el modisto, y colocóse alrededor del cuello un magnífico collar de perlas, regalo de su hermano. ¡Qué agradable sorpresa cuando al despertar vió aparecer por el marco de la puerta a su doncella, que llevaba en una mano un monumental ramo de rosas del blanco cenador, y en la otra precioso estuche de piel de Rusia, que guardaba la valiosa jiya!

Saltó de la cama y presurosa fuese a buscar a su hermano para estamparle un caluroso beso en el que iba encerrado un mundo de cariño y agradecimiento.

Miguel la correspondió con una alegre carcajada.

—¿Te gusta? —le preguntó.

Ya lo creo que le gustaba. María Celina dió una pequeña vuelta ante el espejo, que le devolvía a sus admirados ojos su graciosa silueta envuelta en una nube de encajes blancos.

El oro de sus ojos tenía hoy una lucecita misteriosa.

¿Qué sorpresa esperaba hallar en aquella noche? Y al hacerse esta pregunta sonreía con un dejo de malicia.

Tenía las mejillas arreboladas por la agitación que le dominaba; súbitamente puso sus blancas manos sobre su cara como si quisiera prestarle un poco de frescura.

En aquel momento dió su hermano con los nudillos en la puerta de su habitación.

—Vamos, María Celina, que es tarde.

Miróse por última vez al espejo y abrió la puerta presentándose ante él con aire de triunfo.

Las verdes pupilas reflejaron vana satisfacción, pero no fué más que un instante, pues la chispa murió en los ojos de Miguel casi antes de adquirir vida, para dejar paso a una oscura sombra.

—¿Me encuentras mal? —preguntó María Celina un poco asombrada. ¿Le había mentido el espejo?

—¡Demasiado hermosa! —contestó el aludido con un poco de brusquedad.

—¡Pues cualquiera dirá que así te lo parezco!

Miguel fijó en ella su vista, después sonrió.

—¡Bah! No me hagas demasiado caso —pero en su mente había tomado cuerpo una idea que, aun resultando dolorosa, no desistía de poner en práctica.

* * *

Cansado del ensordecedor ruido de los salones, decidió salir a la terraza, paseó un poco pensativo por ella.

Elevó los ojos al cielo cuajado de estrellas.

Hacía una noche maravillosa. Acercóse a la balaustrada para admirar el jardín, bañado por la luz de la luna. Oyó unos pasos sobre la grava, fijó su atención y vió una esbelta silueta vestida de blanco que avanzaba junto a un muchacho.

¿Le engañaban sus ojos? No, no podía ser su hermana; si hacía apenas unos instantes la había dejado en el salón grande; quiso salir de dudas y se acercó a la puerta; efectivamente María Celina estaba en aquellos momentos bailando con Juan María, sus ojos brillaban de entusiasmo, parecía que la chiquilla se sentía feliz.

Miguel se alarmó.

—Qué solo estás —oyó decir a su lado.

Volvióse saliendo de su abstracción.

—Perdona, Elena, no te había visto.

—¿No bailas? —preguntó con un retintín que no le pasó inadvertido al marqués.

—No —repuso—; aún no me lo permiten los médicos —las verdes pupilas de ambos se encontraron chocando en ellos la mutua simpatía que se profesaban.

—¿Y tú..., no bailas? —añadió Miguel friamente, mientras aparentaba mirar distraído las parejas de baile; en realidad lo que buscaba era a su hermana.

—No —dijo Elena fingiendo también indiferencia—, estoy cansada ya de bailar y buscaba a María Celina para charlar un rato con ella; apenas si me han dejado felicitarla antes. Y para darle la enhorabuena —añadió con suavidad llena de malicia.

¿La enhorabuena por su puesta de largo?—preguntó Miguel sin mirarla.

—¡Ah! ¿Pero no sabes? ¿Cómo es posible que no te hayas enterado? Todo el mundo lo sabe ya —todo dicho con una sonrisa de ironía.

Miguel se impacientó oyéndola.

—No sé a qué te refieres —dijo con nerviosidad.

—Pues a que tu hermana se acaba de prometer con Juan María —mintió.

Miguel se puso lívido.

—No puede ser —dijo enérgico.

Elena se rió.

—Lo sospechaba —dijo—; pero jamás pude imaginar que fuera cierto.

—¿El qué?

—El que tú, tan amigo del conde de Monteverde, sintieras pánico de que tu hermana se enamorase de él.

—Mientes —le dijo Miguel entre dientes.

—No; bien sabes tú que no miento, y si no me crees pregúntaselo a los interesados —Elena le contemplaba de reojo—. Tú le secundaste en sus escaramuzas y ahora el destino os ha puesto frente a frente. ¡Pobre María Celina! Ella será la pagana de todo.

—¡Elena, no sé cómo te atreves a hablar de esa forma!

—Mis motivos tengo.

—Calla, que ahí vienen —dijo Miguel al ver que su hermana se acercaba a ellos radiante de felicidad cogida del brazo del conde de Monteverde.

—María Celina —añadió intentando sonreír su hermano—, tendrás que perdonarme el que te robe a tu pareja por unos momentos; pero es que necesito hablar con Juan María; además Elena —dirigiendo una mirada fría a ésta— me dijo deseaba hablar contigo un ratito.

—No necesitas darme ninguna explicación —dijo.

—Que conste que vendré a buscarte para bailar el próximo —Juan María puso en su mirada una luz sig-

nificativa al pronunciar estas palabras, que María Celina acogió con una cariñosa sonrisa.

Elena supo disimular en su mirada una chispa de odio; pero no así Miguel, que dejó traslucir una infinita angustia.

Perdiéronse al fin entre las parejas y María Celina tomando del brazo a la de Santiago la sacó a la terraza.

—¿Es;tás contenta? —preguntó ésta suavemente.

—Sí, muchísimo, hoy es uno de los días más felices de mi vida...

—¿Se te ha declarado ya Juan María ?—interrumpió.

—No. ¿Por qué lo indicas? —María Celina púsose en guardia, pues había advertido la fina ironía de su amiga.

—Porque aviada vas con semejante tipo.

—¿Qué quieres decir? —en la pregunta hay indignación.

—¡Oh! No te exaltes, mi buena Celina, no he querido ofenderte, sino darte tan sólo un consejo.

—No los necesito.

—Puede ser que algún día me lo agradezcas.

María Celina intentó separarse de su lado; pero la curiosidad la mantenía inmóvil. ¿Qué iba a escuchar de labios de aquella mujer?

Elena continuó sin perturbarse lo más mínimo, destilando en cada una de sus palabras la maldad que la movía.

—Hace años que le conozco, lo mismo que a tu hermano —aquí dejó escapar su sorda ira; no podía olvidar el desprecio con que el altivo marqués de Alda había acogido sus coqueterías de mujer. Elena no había conseguido conquistarle, pero ya que no se podía vengar en él, se vengaría en su hermana—. Comprenderás la razón que tengo al hablar así —siguió con malsana intención.

Como el tuyo latieron otros muchos corazones al oír sus tiernas palabras de amor, juramentos, prome-

sas... ¡Todo humo! Cuando llegaba el momento de formalizar lo tantas veces jurado, el doncel desaparecía sin dejar señales de vida. ¡Pobre novia que confiada esperaba la vuelta del «don Juan»! Créeme, María Celina, es un mujeriego, un jugador, un informal, incapaz de hacer nada en serio en la vida.

Te ha conocido a ti y ¡Dios sabe qué pobre muchacha estará llorando a estas horas el olvido en que él la tendrá abandonada por venir a hacerte la corte, y tú, inocente, creiste que le habías cautivado —soltó una estridente carcajada; María Celina se estremeció.

—No tardará en ocurrirte a ti lo mismo.

—Calla —gritó cogiéndola de las muñecas, y bajando luego la voz—. Cómo voy a creerte si te places en herir a todo el mundo.

Elena, desasiéndose de ella, soltó otra carcajada.

—Pregúntaselo a tu querida amiga María del Carmen; ella te dirá si miento —y siempre riendo desapareció entre las sombras de la terraza.

María Celina estaba aturdida. ¿Podría dar crédito a las palabras de Elena? No, no debía hacerle caso.

Pero le había dicho que María del Carmen le conocía.

Una congoja le oprimía el pecho. ¡Le amaba, Dios suyo! Jamás se había atrevido a confesárselo a sí misma. Pero ahora que el zarpazo cruel del destino la hería, comprendía la inmensidad de su cariño hacia él.

No, no podía ser verdad, era una embustera.

Todo su ser clamba contra ella, resistíase a creer cuanto le dijo..., y sin embargo había tragado ya el veneno.

—¡María Celina!...

Una voz ardiente había pronunciado su nombre. María Celina se estremeció a pesar de que no era Juan María quien con tanto calor la nombraba.

Levantó la vista y encontróse con un rostro lleno de ansiedad que inclinado sobre el suyo la contemplaba con mirada llena de pasión. Era Ignacio. Qué extraño le encontraba aquella noche.

—¡María Celina!... — volvió a repetir éste, apoderándose de una de sus manos—. ¡Qué guapa estás! —y en un tono más quedo—. Te he estado buscando toda la noche. He estado esperando durante horas interminables una ocasión como ésta para decirte... No, no me interrumpas, María Celina, te adoro. Sí, deja que te abra por entero mi corazón; hace tiempo que te adueñaste de él y desde entonces no vivo. La vida pierde su encanto si tú estás lejos de mí. Estaba deseando decírtelo. ¡Estoy loco por ti! Dime que tú también me quieres y me harás el hombre más feliz del mundo —y en apasionado arrebató cubrió de besos las manos de María Celina.

En su vehemencia no había reparado en la palidez de ella, que muda por la sorpresa no acertaba a articular palabra.

Nunca supuso que los sentimientos de Ignacio hacia ella fueran tales.

—¿No me contestas? —dijo alzando al fin el rostro—. ¿Qué te pasa, te pones enferma? —añadió con alarma, sujetándola por los hombros y al advertir su densa palidez.

María Celina, fijas sus pupilas en la puerta que daba acceso al salón, luchaba por contener las rebeldes lágrimas que presas entre sus largas pestañas pugnaban por salir al exterior.

Ignacio dirigió su vista al lugar en que con tanta insistencia fijara ella la suya, y no tardó en descubrir lo que ansiara; enlazados del brazo paseaban en animada charla Juan María y Elena.

La indignación hizo presa en Ignacio.

Había comprendido demasiado bien lo que ocurría a aquella linda muñequita cuyos frágiles hombros sentía estremecer bajo la suave presión de sus manos, pero no dijo nada, fingiendo no haberse dado cuenta de aquella muda confesión.

Tomándola de un brazo le dijo:

—Vamos, María Celina, hace fresco y estás temblando. Vamos a tomar una copa de champán y luego bailaremos un poco a ver si así entras en reacción.

María Celina asintió con una leve inclinación de cabeza al tiempo que decía un poco más serena:

—Perdóname, Ignacio, he sido una tonta...

—No tienes por qué disculparte —puso su mano sobre la de ella, que se apoyaba temblorosa en su brazo, apretándola en cariñosa presión—; ya sabes que yo soy tu amigo incondicional; para cuanto me necesites me tendrás siempre a tu lado.

Y así, con aquella aparente naturalidad, estrujó su corazón ahogando dentro de su pecho aquel loco amor que clamaba en avasalladora pasión por aquella dulce chiquilla que el destino cruel le engañaba.

María Celina agradeció la delicadeza de su amigo pero a pesar de ello no le dijo nada. Sufría, sufría horrosamente y el egoísmo de su dolor no la dejaba ver el de Ignacio, más intenso quizá que el de ella.

XIV

El nervosismo de Juan María había llegado a su punto culminante.

¡Que su mejor amigo!... ¿Su mejor? ¿Su único amigo... dudase de aquella manera de él?

Verdaderamente tenía que reconocer que su conducta no había sido siempre un dechado de perfección, pero esto no era motivo para que separándole de María Celina en aquella noche alentadoramente feliz se encerrase con él en la biblioteca para decirle en un tono que jamás conseguiría olvidar que su hermana no era como tantas otras muchachas que él estaba acostumbrado a tratar.

—Supongo que no se te habrá ocurrido la descabellada idea de hacerle el amor —le había dicho.

¡Descabellada!... ¿Por qué razón?

La indignación coloreó el rostro de Juan María.

—¿Qué quieres suponer? —le había preguntado sin intentar disimular la ira que le dominaba.

Miguel bajó el tono.

—Mira, Juan María —le dijo apoyando la mano sobre su hombro—, por la amistad que siempre nos ha unido, hazme el favor de dejar a mi hermana. Tú ya

sabes que en este aspecto, aun involuntariamente, no has sido siempre muy formal, y no quisiera que el cariño tan sincero que siempre nos hemos profesado, se venga abajo por semejante asunto. Por esto te hablo con la claridad con que lo haría con un hermano.
¡Claridad!... ¡Demasiada claridad!...

Juan María renegó de él y le juró que no volvería a poner los pies en el palacio. Le aseguró que su hermana no le interesaba ni la había interesado nunca.

Y hubiera abandonado el palacio inmediatamente, pero por el respeto que le merecía la marquesa no lo hizo.

Ya no volvió más junto a Celina en aquella noche, que en su vehemencia se le antojaba decisiva; recordaba con demasiada persistencia que le había prometido decirle algo muy importante, de lo cual dependía su vida, y era verdad, Juan María era un tornadizo, pero cuando se declaraba enamorado de una muchacha era porque verdaderamente creía estarlo; así aquella noche se sentía tremendamente desdichado, la había escogido para descubrir a Celina lo que ella ya había sospechado, y Miguel vino a tirárselo abajo; en aquel momento le odió con toda su alma, y aunque su corazón clamaba por María Celina, no se acercó a ella por el desmedido orgullo que le dominaba. Elena le vio en aquel estado y aprovechó la ocasión, nada mejor para secundar sus planes después de sembrar la duda en María Celina.

Juan María aceptó su compañía, bebió y rió fingiendo despreocupación, dándose cuenta de que cada risa suya se clavaba en el corazón de ella como punzante espina, pero su odio y su orgullo eran tales, que no sentía más que sed de vengarse.

Con Miguel se cruzó varias veces y entonces extremaba sus galanterías con Elena.

Estaba loco, le ardía la cabeza y contra su costumbre se retiró de los primeros. Se despidió de la marquesa, pero a Miguel y a María Celina no les dijo nada. Se marchó pretextando que tenía que acompa-

ñar a Elena, quien había manifestado deseos de retirarse.

María Celina les contempló tristemente mientras se alejaban, y Juan María tuvo que hacer un gran esfuerzo para no correr a su lado; pero no, eso no; Miguel le había herido profundamente y difícilmente conseguiría perdonárselo.

Mientras pensaba esto subieron a su coche, dando al chófer la dirección de Elena maquinalmente.

Permanecieron callados gran parte del trayecto. Cuando ya se hallaban cerca de su casa, Elena le invitó a una excursión para el domingo; aceptó sin saber siquiera a qué se comprometía, pero le era igual, así podría demostrarle a su amigo que su hermana no le interesaba.

Se despidió de Elena prometiéndole que no faltaría a la excursión.

—¿Quiénes váis? —preguntó antes de partir.

—Todo parejas, ya lo hemos arreglado así para que nadie pueda aburrirse; somos diez nada más, Chitina Felas con Alberto, ya sabes tú que está a todo plan; María Sol y su novio, Fernando, que viene con la condición de no separarse de Sofa, Luisita Sanz, Jesús Delfi y nosotros dos.

—¿Quién es esa Luisita Sanz? —quiso saber.

—Una muchachita rubia muy mona, ya te la presentaré; pero, por lo que más quieras, no te vayas a pasar todo el día con ella y me vayas a dejar a mí con Jesús, porque en ese plan no voy, ¿entiendes?

—Pero ¿qué mal te ha hecho el pobre chico? —dijo riendo el conde.

—Nada más que hacerme el amor.

—Entonces, para estar bien contigo, ¿hay que suprimir todo galanteo? Porque si es así tampoco me seduce el ir.

Elena le envolvió en una acariciadora mirada para decirle:

—Los galanteos me molestan según de quien vengan.

Juan María recogió la alusión, pero calló; se dió cuenta de que se estaba metiendo demasiado con esta mujer que había jurado vengarse de él creyéndole culpable de su ruptura con el marqués de Alda y quizá estuviera preparándole la encerrona; pero Juan María no quiso dar oídos a estas reflexiones, necesitaba salir y entrar, en un plan que llegase a convencer a Miguel de que no necesitaba de él ni de su hermana para ser feliz, y este plan se lo ofrecía ahora Elena. ¿Por qué no aceptarlo?

Se despidieron prometiéndose estar en comunicación continua para enterarse de todos los detalles de la excursión.

Entre tanto María Celina había sufrido una tremenda decepción. El hermoso castillo lleno de ilusiones que su fantasía levantara se había venido abajo en un instante.

La música, la exagerada iluminación, el colorido de la fiesta, todo había desaparecido para ella. Como un autómatas siguió a Ignacio, y como un muñeco bailó con él, sin enterarse de la conversación que le iba dando para distraerla.

Nunca imaginó que la sorpresa que esperaba hallar en aquella prometodora noche fuera semejante.

Un fuerte dolor de cabeza le invadió, deseaba con toda su alma que terminara la fiesta, aunque no fuera más que para entregarse de lleno a su desengaño. Debía de ser cierto. Elena, a pesar de su maldad, no le había mentado; de lo contrario, Juan María se habría llegado junto a ella para reclamarle el baile antes concedido. ¿No le había anunciado momentos antes que tenía algo importante que decirle, de lo cual dependía su felicidad? Pero parecía interesarle tanto la conversación de Elena, que no se dió cuenta de aquella infeliz, que en su primer paso por el gran mundo hallaba un desengaño.

Al fin se encontró sola en su habitación. Con gesto cansado despidió a la solícita doncella, que se disponía a ayudarla. Desplomándose en una butaquita dió rienda suelta a su pesar.

Estaba rendida y sentía en todo su cuerpo un intenso malestar, como si hubiera hecho una larga caminata.

¡Qué maldad la de Elena! Y sin embargo, ¿por qué Juan María no se había vuelto a acercarse a ella en toda la noche? Esto era lo que no lograba entender.

Con movimiento perezoso se levantó de la butaca y se dirigió al tocador; contemplóse en el espejo, su gesto era entonces de compasión hacia la afligida figurilla que frente a ella se alzaba en el cristal.

Sin gran entusiasmo desprendió de su cuello la preciosa alhaja que su hermano le regalara. ¡Qué distintas sensaciones le invadían de las que sintió al ponerse!

Con cuidado la depositó en su estuche. ¡Pobre hermano, tanto como él la quería! ¡No le diría nada de lo ocurrido; procuraría disimular cuanto pudiera, a fin de que él no llegara a sospechar de la pequeña traición de su amigo! ¿Traición? No lo sabía; observaría su actitud y en último caso siempre estaba a tiempo de preguntárselo a su querida amiga María del Carmen. Ella no le mentiría.

Al día siguiente se manifestó un poco cansada, pero no dejó traslucir el verdadedro motivo de su cansancio.

Esperó inútilmente la llegada de Juan María al palacio para visitar a su hermano, era tan natural verle a diario en aquella casa.

Miguel le excusó ante su madre y hermana diciendo que tenía algo urgente que realizar, y que, por lo tanto, le había mandado aviso diciendo que no le esperase y que le disculpase ante las señoras.

Doña Beatriz creyó firmemente lo que su hijo le había dicho. María Celina, por el contrario, pensó que Miguel se había creído lo que su amigo quiso contarle, ocultándole así el verdadero motivo. En cambio el marqués estaba en lo cierto de lo ocurrido.

Tenía sus motivos, puesto que la conversación mantenida con Juan María la noche anterior llegó a tér-

niños un poco violentos, cosa que ignoraba doña Beatriz e incluso la propia María Celina.

Pero ninguno de ellos hizo el menor comentario; Miguel y su hermana, preocupados; la marquesa, completamente tranquila.

Y así fueron pasando los días, conservándose en el mismo estado las cosas y en el mismo mutismo la familia.

María Celina procuraba cada vez con más ahinco el disimular su preocupación; entraba, salía, iba de compras, hacía proyectos, todo con tanta naturalidad y tal entusiasmo, que hasta ella misma llegó a convenirse de que realmente era otra vez feliz, si no fuera porque cada una de las partes adonde iba se encontraba a Juan María acompañando a Elena.

¡Siempre Elena!

¡Cuánto veneno encerraron sus palabras!

La separaba de él porque lo creía indigno y sin embargo ella no se privaba de su compañía.

Era una coqueta, una embustera, pero... algo debía ocurrir cuando el conde de Monteverde no se acercaba al palacio.

IXV

Llegó el domingo. Durante los días pasados Juan María se encontró en dos o tres ocasiones con María Celina, y lo que era la casualidad, siempre cuando iba con Elena.

Los dos la saludaban sin aparentar fijarse mucho en ella, y continuaban su animada charla. Al conde se le iban los ojos detrás de María Celina, pero procuraba dominarse; todo menos dar a entender lo que por él pasaba.

Llegó, pues, el domingo, y la caravana de coches esperaba ya a la puerta de la casona de Sefa.

Las cinco parejas alegres se hallaban ya en la acera dispuestas a subir a los coches.

Juan María al lado de Luisita charlaba despreocupadamente. Elena al lado de Jesús le contemplaba indignada. Decidida arrastró al muchacho hasta el grupo que formaban el conde y su compañera, con el pretexto de hacerles una pregunta, y como viera que Jesús iniciaba una conversación con Luisita, cogiéndose del brazo de Juan María le dijo fuerte para que pudieran oírlo los demás:

—Oye, llévame a ver aquello que me dijiste de tu coche.

Juan María obedeció, pero cuando estuvieron alejados le preguntó:

—¿Qué es lo que yo te había prometido enseñarte?

—Tonto, ¿no comprendes? Lo hice por librarme de Jesús. Lo que pasa es que tú, entusiasmado con la rubita, ya no te acuerdas del pacto que hicimos.

Juan María reía.

—¿Me vas a tener acaparado así durante todo el día? —dijo.

—Sí —contestó en bramo—, y si protestas te amordazaré.

—No está mal eso. ¿Y si yo no me dejase? —preguntó frunciendo el entrecejo.

—¡Oh! Entonces pediría auxilio a la guardia de seguridad.

—Eres terrible. Anda, pues, siéntate en mi coche, aquí delante, a mi lado, y en la parte de atrás pueden ir Luisita y Jesús.

—¿Ves como tienes interés en estar cerca de ella?

—No, te aseguro que no tengo ningún interés —dijo pensativo.

¿Tendría razón Miguel al asegurarle que con su hermana llegaría a hacer lo que con las otras muchachas? No, se contestó rápidamente; acababa de conocer a la de Sanz y la encontraba francamente interesante, pero también se daba cuenta de que ahora no le ocurría como antes, que el sólo hecho de hoy le hubiera bastado para olvidar a la muchacha de la cual se creyera enamorado, y sin embargo hubiera deseado que así fuera.

¡Tan dulce que debía ser dejarse amar por María Celina!

—¿En qué piensas? —le dijo Elena.

Juan María iba a decir que se hallaba soñando en aquellos momentos, pero se limitó a sonreír.

—No será muy bueno cuando no me quieres contestar —insistió.

—Verdaderamente no era muy bueno —dijo Juan María por toda contestación.

No se habló más del asunto.

Se pusieron los coches en marcha entre la algazara de sus ocupantes, que se prometían un día muy feiz.

Llegaron a la finca de Mari Sol, que era el punto de destino. Dejaron los coches, y cada cual, en completa libertad de hacer lo que se le antojara; unos se marcharon dando un largo paseo, otros se quedaron en la casa.

Juan María no se separó en todo el día de Elena, no por su gusto, sino porque ésta no le dejaba alejarse, con el pretexto de que la librería de la compañía de Jesús. De todas maneras, el conde de Monteverde comprendía que le era igual encontrarse en un sitio que en otro, y en cuanto a la compañía le ocurría tres cuartos de lo mismo.

Todo el santo día estuvo evocando la imagen de María Celina e imaginando lo felizmente distinto que le hubiera sido esta excursión junto a ella. Transcurrió la jornada, al parecer, felicísima para todos; bailaron, jugaron y disfrutaron hasta lo increíble.

Juan María quedó citado con Elena y con Luisita para el día siguiente; esto le alegró, intentaría interesarse por la forastera a ver si así conseguía borrar de sí a María Celina. No escatinó ocasión de salir con ella y con Elena, a cines, teatros, bailes, pero todo fué inútil; contra lo que imaginaba el conde, la desesperación y el dolor de su corazón eran cada día mayor, sin que la compañía de estas dos muchachas consiguiera aplacarlas.

No la quiero, ni la he querido nunca, se decía, y al mismo tiempo que trataba de convencerse de esto, algo dentro de su pecho le decía lo contrario.

No tardó en resultarle odiosa la compañía de Elena, por lo que acabó por esquivarla, primero disimuladamente, abiertamente después.

Hasta que un día encontró a Ignacio, a quien luego de charlar un rato, terminó contándole lo que tanto le obsesionaba.

Ignacio meditó unos momentos. En su interior se estaba librando una terrible lucha, el amor que sentía por María Celina; pero ya que él no podía conseguirlo, le ayudaría a ser feliz, como en aquella noche le prometiera.

Después dijo:

—Yo creo que debes franquearte con Miguel y confesarle la sinceridad de tu amor hacia su hermana. Estoy seguro de que ya se ha arrepentido de lo ocurrido, y está deseando estrecharte en sus brazos para reanudar aquella sincera amistad que tan tontamente destrozasteis.

—¿Tú crees? —preguntó con ansiedad.

—Sí, estoy seguro de ello.

La conversación duró aún unos minutos más, después de lo cual se separaron. Juan María iba lleno de felicidad y de esperanza. Ignacio, con la muerte en el alma.

* * *

Dofia Beatriz se hallaba en su gabinete haciendo labor al tiempo que meditaba el curso que había tomado su vida. Daba gracias a Dios de aquel gozo tan inmenso que le había proporcionado. La verdad es que ella no se pudo imaginar nunca que las cosas llegasen a solucionarse tan sencillamente.

Había recuperado a su hijo y para siempre, con una naturalidad, con una sencillez, que nadie, absolutamente nadie, había llegado a penetrar en su doloroso secreto, olvidado ya casi por completo ante la dicha inmensa de saberlo otra vez suyo. Ni siquiera abrigaba el temor de que pudiera casarse; le parecía tan natural que Miguel no intentara volverse a separar de ella, que en su egoísmo maternal no admitía el que su hijo pretendiera formar un hogar aparte.

Y la marquesa feliz sonreía.

Amaba tanto a Miguel, que en su imaginación este amor parecía suficiente a llenar toda su vida.

Sintió la presión de unas manos firmes sobre sus

hombros y una voz trémula que murmuraba casi a su oído:

—¡Madre!...

Doña Beatriz no levantó la cabeza.

—¡Madre!... —volvió a repetir éste arrodillándose a su lado.

La marquesa dejó la labor y enmarcó con sus manos cariñosas el rostro de su hijo, preguntándole:

—¿Qué quieres, hijo?

—Quisiera decirte una cosa y no sé cómo empezar... ¿Verdad que me quieres mucho?

Doña Beatriz asintió con una tierna sonrisa.

—Entonces no me negarás lo que voy a pedirte. ¡Si supieras cómo lo ansío!... ¡Y la preocupación tan grande que me produce una negativa tuya!

—¿Por qué había de negarme, no es tuyo todo lo que y poseo? —se adelantó la madre, feliz de poder servir a su hijo en lo que más deseaba. Todo le parecía poco con tal de tenerle junto a sí.

Miguel se apoderó de una de las manos de la marquesa y llevándosela con devoción a los labios murmuró:

—¡Gracias, madre! —y sin atreverse a levantar la cabeza prosiguió—. Me llama Dios. Hace tiempo que su voz sonó firme y poderosa en mi alma, arrebatándomela. Sería inútil intentar explicarte la gama de sentimientos que me embarga. Hasta ahora he sostenido cruel lucha por desvanecer de mi mente lo que yo juzgué un capricho de mi voluntad; todo ha sido inútil, es mi corazón el que siente esta verdadera vocación y es preciso que parta en pos de ella para saciar esta ansia de amor que me abrasa el pecho.

Una lágrima fué a dar en sus manos, que tenía apoyadas sobre las de doña Beatriz; súbitamente levantó el rostro hacia ella.

—¿Lloras, madre?... ¡Oh!, yo ya sé que esto ha de costarte un gran sacrificio, también a mí me duele en el alma; pero, junto a este dolor, siento la alegría inmensa que de antemano me está proporcionando su amor.

Bajando la cabeza, contempló por un instante el dorso de su mano humedecido, después dijo con voz velada:

—Si esas lágrimas son de pena, enjúgalas, madre, porque, aunque ahora también me separo voluntariamente de ti, mi espíritu esta vez queda contigo, y si esas lágrimas son de emoción... ¡Benditas! —y levantando suavemente las manos, besó la transparente gotita, que, temblorosa, se agitaba entre ellas.

Sonaron un golpecito discretos en la puerta. Miguel se puso en pie, sin apartar la vista de doña Beatriz, en sus verdes ojos había una interrogación.

La marquesa, intentando sonreír, dijo con voz apagada:

—Cúmplase en todo la voluntad de Dios.

Miguel por toda contestación depositó un cálido beso en su frente; después caminó hacia la puerta.

—¿El señor conde? —le oyó preguntar la marquesa, y nada más, porque la puerta se había cerrado tras él.

* * *

—¡Juan María, qué alegría me das! —dijo, saliendo a su encuentro—. No sabes cuánto me duele haberte hablado como lo hice aquella noche. Estaba decidido a llamarte, porque en mi vida eres imprescindible. He de confesarte que estoy convencido de que ni tú quieres a mi hermana ni ella te quiere a ti, como quisiera suponer aquella maldita noche, y necesito de tu perdón para pedirte algo que para mí me es muy querido —hablaba con excitación—. Me marcho, me llama Dios y estoy decidido a seguir mi vocación. ¿No lo sopechaste nunca? Pues ya hace tiempo que arde en mí esta santa hoguera, que consume mi alma en aras de lo más sagrado: ¡Dios! —hizo una pequeña pausa; después prosiguió—: Quisiera pedirte un favor, que en ti no supone nada, y, en cambio, para mí representa la tranquilidad de mi vida futura. Quiero que seas para mi madre y hermana lo que siempre has sido para mí: el amigo, mejor dicho, el hijo, el hermano.

Quiero que vean en ti otro yo. Esto no te costará gran sacrificio, dado el gran cariño que siempre has demostrado tenerme. ¿Verdad que me has perdonado, y, además, consientes en lo que te pido? —preguntó, por último, tomándole las manos.

Juan María estaba petrificado. La noticia de su vocación le había paralizado de tal manera que había llegado a olvidar el motivo de su visita y lo descabellado de su petición, dado el sentimiento que hacía la casa le movía.

Al fin pudo articular:

—¡Estás loco, Miguel! ¿Qué será de tu madre, tanto como luchó la pobrecita por encontrarte, y ahora que se siente feliz, te obstinas en separarte de ella... y tu hermana, que tanto necesita de ti..., y tus fincas?...

—Mis fincas no me interesan, las dejo en buenas manos. Mi madre y mi hermana se sienten felices con mi decisión. ¿No comprendes que esta separación no es lo mismo que aquella otra, cuyo recuerdo todavía me atormenta? Entonces me guiaba el egoísmo, la maldad, el deseo de una vida llena de placer; hoy es distinto; hoy el sendero que emprendo está cuajado de espigas y abrojos; será penosa mi caminata, porque es muy intenso el amor que dejo aquí; pero en lo alto de mi camino brillará esplendorosa una estrella cuya luz ha de conducirme a la paz que ansío.

—No puedes marcharte, Miguel, eres el único hombre de tu casa. ¿Qué será de tus haciendas sin tu mano experta?... Además, ¿qué haré yo, triste y solo, sin ti?... ¿Qué harás de tus blasones? —todo dicho sin hilación ni concierto.

—¡Pobre amigo! —dijo Miguel, estrechándole—. Te impresionaron mis palabras. Mis títulos, óyelo bien, no los he ganado todavía, y yo te aseguro que en cuanto los consiga vendré a decírtelo.

—No te comprendo...

Miguel sonrió.

—Es algo tan sublime, es una hoguera que se me encendió aquí dentro y que me va consumiendo poco a poco. El día que me hiciste tu primera visita, des-

pués de tu regreso a la Patria, comprendí que llevaba este feliz intruso en mi corazón.

Juan María le miraba perplejo, sin acertar a comprender lo que sentía. Lo que sí comprendía era que debía callar qué le había movido a ir a visitarle. ¿Cómo podría decirle, después de aquello?... ¿No le había dicho que estaba muy convencido ya que el amor entre él y su hermana era una falsa suposición, y que, gracias a ello, le concedía el don de dejarle como ángel tutelar de la casa? ¡Imposible el descubrir su secreto! ¿Cómo iba a consentir que partiera con el recelo dentro del corazón? Miguel, ¿no sacrificaba todo lo suyo por un amor? Pues él también sabría sacrificar un gran amor por su amigo.

XVI

Pasaron los días, partió Miguel y con él la última esperanza de Juan María; sin embargo, trató de hacerse el fuerte y cumplir bien su cometido.

Todos los días iba al palacio, del que volvía cada vez con menos ánimos.

María Celina le observaba, pero siempre sin dejar traslucir lo que sentía; se mostraba cariñosa y amable con él, como hubiera correspondido a su hermana menor; esto sacaba de quicio a Juan María, pues, a pesar de que luchaba para vencer el amor que le dominaba, no podía comprender cómo María Celina había ahogado el suyo, que al principio pareció demostrarle tan a las claras. Pero lo que no sabía es que ella observaba y callaba, mientras esperase impaciente la respuesta a una carta escrita, con carácter investigador, a María del Carmen.

Llegó la carta con un poco de inquietud por parte de María Celina, quien devoró su contenido, buscando lo que ansiaba. La carta no tenía nada de particular; cariñosa en extremo, le comunicaba que, al fin, su padre cedía y conseguiría realizar su boda. Casi toda

ella versaba en esto. Se casaría a primeros de mes y la invitaba a la boda, que se celebraría en San Sebastián. Nada de esto importaba mucho a María Celina; en otro tiempo hubiera sido distinto. Siguió leyendo; como cosa imparcial le hablaba de Juan María; tampoco la sacó de dudas, ya que, sin desmentir del todo lo dicho por Elena, no hacía más que suavizar lo que María Celina ya sabía.

¿Qué hacer?

Aguardaría a que llegase el conde al palacio, y entonces como la cosa más corriente sacaría a colación la carta de su amiga, con el pretexto de anunciarle su boda, a ver qué tal respiraba.

Pero le falló el recurso, pues pasó el día entero sin que el conde de Monteverde se dignase aparecer por la casa.

Espró el día siguiente, suponiéndole ocupado en algún trabajo, y no tuvo mejor resultado. Juan María seguía sin aparecer, y así pasó una semana completa.

—Tendrás que averiguar qué le ocurre a nuestro querido amigo, María Celina; no sea cosa de que se encuentre enfermo y nosotras no nos hayamos enterado —díjole un día la marquesa.

—Sí, mamá; en este momento estaba pensando en mandarle unas líneas.

Y como si esperase la objeción de su madre para obrar, levantóse con aire decidido de la silla y marchó en dirección a la biblioteca; se sentó en la mesa y extrajo una pequeña cartulina. Con movimiento indeciso dióle varias vueltas entre las manos, y ya, como quien toma una decisión irrevocable, la guardó en el cajón, sacando una cuartilla. Tomó la pluma, y aún pareció dudar unos momentos; después, con trazos firmes, escribió:

«Mi querido hermano...»

* * *

Miguel, con el semblante hosco, contemplaba los dos sobres blancos que descansaban en su escritorio; no

era la duda sobre la procedencia de dichas cartas lo que le tenía perplejo, pues de sobra conocía la caligrafía de ambas; en una de ellas aparecía la letra, menuda y apretada, de Juan María, y en la otra los trazos, firmes y picudos, de su hermana, y por si esto fuera poco, las dos llevaban grabados los escudos de sus respectivos blasones; era el contenido de aquellas originales misivas lo que le tenía parado; quizá porque no las esperaba fué por lo que le causó tanto asombro.

Una vez más volvió a leerlas; primero la del amigo, la más asombrosa para él de las dos, en la que le decía:

«En el momento en que me decidía a declararte toda la verdad, me hiciste aquella tremenda confianza, que, anonadándome, selló con temor mis labios. ¿Cómo iba a sentirme capaz de decírtelo después de aquello? No, no lo sabrías nunca; me lo había propuesto y con la más firme decisión acaté tu deseo y me dispuse a llevar a cabo aquel difícil, para mí y en mis circunstancias, cometido que me imponías. Mas todo fué inútil; mi voluntad se estrelló contra el gran amor que siento por María Celina; mis buenos propósitos se vienen abajo, haciéndoseme la vida imposible; no puedes llegar a comprender, Miguel, lo que sufro; yo, que siempre me refugio del amor; yo, que no me detuve nunca en destrozarme más de un corazón, hoy me veo arrollado por la venganza cruel de la vida; hoy el destino se ríe a grandes carcajadas de mi infelicidad, y esta risa suena en mis oídos estridente, haciéndome daño. ¡Era mi fin!

»El día que tuvimos aquella discusión acerca de tu hermana en la biblioteca, ¿te acuerdas?, te odié con toda mi alma; pensé que nunca me habías querido; mi indignación aún llegó a imaginar ideas más monstruosas: llegué a creer que me habías conservado junto a ti, fingiéndome afecto, cuando te encontrabas solo y acusado por tu conciencia; pero que una vez salvado este prejuicio, y de nuevo junto a tu familia, me echa-

bas de tu lado, como quien se deshace de un trasto que estorba; todo esto pensé, y más pensé.

»Pasada aquella fiebre del primer momento, recapité, y llegué a comprender la verdad; tú tenías razón al juzgarme tan severamente como lo hiciste; antes, el que yo me riera del amor de una mujer no te importaba, y casi sonreías cuando te contaba mis historias amorosas; pero en cuanto notaste mi inclinación hacia tu hermana, saltaste sobre mí como lobo que quiere librar de las garras del enemigo a su cachorro: esta vez la aventura te tocaba de cerca y defendiste lo tuyo, estabas en tu derecho. Ha sido una burla del destino contra quien se juzgó mimado de la fortuna, sin vallas para cumplir sus deseos. Jugué con el amor, y el amor me ha vencido, burlándose de mí, pues que me prohíbe, pásmate, hacer mi esposa a la única mujer que ha conseguido ¿dominarme? no, hacer de mí un hombre tan distinto que ni yo mismo me conozco: para mí la vida ha perdido su colorido: ni mujeres, ni el club, ni juegos, todo esto, toda la vida que hasta ahora he llevado, la aborrezco y llego a avergonzarme de ella: ahora comprendo tu vocación y la apruebo. ¡Ojalá Dios me reclamara, ya que el mundo ha perdido su objeto para mí! Me marcho por tiempo indefinido al extranjero, sin más anhelo que la soledad, ya que no la paz para mi alma; te ruego, pues, me releves de este alto honor que me concediste y del cual soy indigno, y... ¡merdóname, si puedes, el que huya de tu casa como un cobarde!»

Miguel pasó su mano por su frente, la encontró caliente, sin duda debía tener fiebre. Depositando con cuidado la carta sobre la mesa, tomó la de su hermana.

¿Se habrían propuesto sacarle de quicio?

«Creo que podrás perdonarme el que no te haya hecho antes esta confidencia, pero fué tan cruel lo que oí de labios de Elena, que, temiendo turbar la buena amistad y el cariño que siempre os había unido, de-

cidí callar, mas sin fruto alguno, pues mi amor por él era cada día mayor. ¿Qué hacer, Dios mío? Y entonces escribí a María del Carmen, pero no me sacó de dudas, no hizo más que suavizar un poco lo que ya sabía por la de Santiago, y hoy, hermano mío, cansada de luchar con este amor que me consume, me decido a escribirte para que seas tú el que dé un poco de luz a estas tinieblas que cubren mi alma.»

Verdaderamente aquello era un trance apurado. ¿Qué iba a decirles él a aquellos dos seres, que se amaban sin haberlo ellos sospechado?

De manera que lo que él creyó una alucinación, resultaba una terrible realidad. Su hermana enamorada, y hasta qué punto, del hombre que él intentó apartar de su lado para siempre, y este hombre, ¡pobre Juan María!, huía de ella, ciego, sin llegar a comprender que era también correspondido; pero, aunque lo hubiera sospechado, ¿dejaría por ello de obrar de igual manera? ¿Hasta tal extremo podía llegar el efecto de un amigo?

Miguel volvió a tomar la carta de Juan María, uniéndola a la de su hermana.

¡Benditos seres que confiaban ciegamente en él! El sí que había estado ciego durante toda su vida; pero Dios, que es misericordioso, le abrió los ojos, mostrándole ante sí el camino recto a seguir. ¿Sería que Dios tornaba a poner delante de él la senda de estas dos almas?

Dudó de la lealtad de Juan María, y ahora comprendía que había sido injusto. ¿Se hubiera conducido si no de tal modo?

Pero él repararía el dolor que aquella noche le causó, devolviéndole la felicidad que en un instante le arrebató.

Y con marcada decisión escribió a su hermana, adjuntándole la carta de Juan María, y acto seguido escribió a Juan María, haciendo lo propio que con María Celina.

Llamó para que las echasen al correo; cuando el

lego cerró tras de sí la puerta, llevando los blancos sobres, fray Miguel frotóse las manos, mientras en sus verdes pupilas se reflejaba una enigmática lucecita, y en aquel momento evocó su pensamiento el blanco cenador, que tanto gustara a Juan María y tanta extrañeza causara a su hermana. ¡Había sido el santuario de su amor!

XVII

María Celina, sentada ante su tocador, con ademán indolente, peinaba sus revueltos bucles. Su grácil silueta, envuelta en un elegante salto de cama, color malva, se erguía ante el espejo.

Su semblante, de ordinario tan risueño, reflejaba hoy extraña seriedad, quizá alguna preocupación. En su cabecita debían bullir mil ideas, las que en vano trataba de poner en orden.

Pausadamente depositó el piene sobre el tocador, para tomar de nuevo la carta que le dirigía su hermano. Era extensa, constaba de dos pliegos; en uno de ellos le hablaba de Juan María:

«No era una persona mala, pero comprenderás que, conociéndole como le conocía, no tenía otro remedio que negarme como lo hice; yo sólo buscaba tu bien, y aunque me dolía en el alma herir los sentimientos de mi amigo, salté por todo, con tal de que tú no sufrieras.

»Entonces me hubiera opuesto a vuestros amores aun en la vida; en cambio, ahora es distinto; Juan María ha cambiado y esta vez no me equivoco al juz-

garle. No sólo consiento que seas su mujer, sino que me haríais el hombre más feliz del mundo casándoos.

»Mira si estaré seguro de su bondad, de su arrepentimiento, que mi asentimiento de hoy salta por encima de mi tremenda negativa de ayer. ¡Piensa que tu hermano nunca te ha engañado! Te he contado su historia para evitarte un mal rato el día que alguien, queriendo hacerte sufrir, vaya a contarte lo que ahora, sabiendo ya la verdad, carece de importancia para ti, y, en cambio, en caso contrario podría incluso llegar a labrar tu desdicha.

»Y ahora, para que nunca puedas creer que te descubrí todo cuanto te he contado de Juan María para ensalzarme ante tus ojos, no sólo por eso, sino también para que tu fe en él no decaiga jamás y comprendas qué, habiendo sido malo, se puede llegar a mejorar, en este segundo plieguecillo te cuento algo que se refiere a mí, y que tú desconoces por voluntad de mamá.»

María Celina se decidió, por fin, a leer este pliego, del que le hablaba su hermano, el cual no se había atrevido todavía a tocar. ¿Qué le explicaba en él?

«María Celina, yo te he engañado en esta vida, te dejé creer que era una persona buena, cuando he sido todo lo contrario; he recibido tu cariño y tu gratitud cuando me sentía indigno de ellos. Sí; me imagino la cara de extrañeza que estarás poniendo.

»Yo sé que mamá te lo ocultó siempre, prohibiéndome que te lo descubriera, para que tú no pusieras en tela de juicio mi proceder; pero hoy mi conciencia clama a voces esta confesión; hoy, que comprendo la lealtad de los que me rodearon, y quizá traté con dureza, necesito confesar mi pecado para realzar la honra del hombre que tú amas y al mismo tiempo traer la paz que necesita mi alma.

»Tú creíste, porque mamá te lo dijo, que yo estaba terminando mi carrera en el extranjero, y no era así. Yo, aprovechando unas vacaciones, que tú pasaste fue-

ra del castillo, hice valer mis derechos como primogénito del marquesado de Alda, y reclamé lo que legítimamente creía yo que me pertenecía. No me detuve en emplear todos los medios que pude para conseguirlo, pues mamá, como era natural, se negaba a dármelo hasta que yo no terminara mi carrera.

»Creo que llegué hasta insultarla, no lo sé; el caso es que cuando logré satisfacer mi capricho, en la madrugada, sin que nadie me viera, huí del castillo como un ladrón, sin dejar el menor rastro por donde pudieran llegar a encontrarme.

»Me instalé en Madrid, en el magnífico palacio, en cuya fachada coloqué el escudo de los Alda. Lo inauguré con grandes festejos, que no llegaron a satisfacerme, me encontraba retraído, y cuando contempleba embelesado mi grandiosa obra, me parecía que las paredes se iban a venir abajo, diciéndome: «Esto no es tuyo, no puede ser nunca tuyo, puesto que lo robaste.» Me desesperaba, y como las fiestas me aburrían, me dediqué a los negocios, y, cosa rara, la fortuna, contra lo que yo creía entonces, me favoreció en gran manera. Fué por aquel tiempo cuando conocí a Juan María; el muchacho era simpático y pronto le cobré cariño, haciéndoseme imprescindible en todos los actos de mi vida; me hallaba muy solo y necesitaba a alguien que me acompañara, aunque su compañía no solía acallar, a veces, la voz de mi conciencia. Pero yo trataba de ahuyentarla. Cuando estalló la guerra, se encendió en mi pecho el chispazo que movió mi arrepentimiento; no tenía otra idea que la de buscaros, la Providencia trajo a mis manos vuestra carta; lo demás ya lo sabes.

»Y ahora quisiera decirte algo que estuve arreglando con mi notario antes de venirme al convento, y que voluntariamente callé. Ese hermoso palacio, que tantas envidias ha levantado, que fué mi tortura, y que, construído en otras circunstancias, hubiera sido mi orgullo, te lo regalo. Te lo guardaba como una sorpresa para el día en que me escribieras anunciándome tu boda con el elegido de tu corazón; ese día me

parece que ha llegado, y como no dudo que acabaréis Juan María y tú entendiéndoos, sin poderme contener, la felicidad me hace descubrirte lo que pensaba tener callado hasta el mismo día de tu boda. Es tuyo; mamá me imaginó que no se enfadará; a ella le dejo algo que vale más. Don Leandro os pondrá al corriente de todo.

»Se me olvidaba decirte que te mando la carta que me escribió Juan María. Su elocuencia puede que te convenza más que la mía.

»Y te dejo, porque me temo que no va a caber todo lo que te he escrito en el sobre.

»No dudes te quiere,

Tu hermano.»

María Celina dobló con cuidado la carta de Miguel, y tomó la de Juan María. La releyó con avidez, y por vez primera brotó en sus labios una dulce sonrisa. De sus páginas se escapaba toda la esencia de amor que hacia ella sentía.

¡Cuán equivocada había estado al juzgarle caprichoso y voluble! Pero ¿verdaderamente tenía ella la culpa de haberle juzgado así? ¿No se habían entretenido, llenándole la cabeza de pájaros, procurando presentarlo ante sus ojos lo más bajo posible?

¡Todo fué obra de Elena!

Pero María del Carmen tampoco puso mucho interés en convencerla de lo contrario; únicamente su hermano supo darle la solución a su problema. El, llevado de su cariño, era incapaz de engañarla, y menos en este aspecto, ¿por qué no se había confiado a él desde el primer momento? No lo comprendía; pero sí se reprochó esta falta de confianza.

Presa de un sobresalto, salió de sus meditaciones.

¿Habría obrado Juan María como le indicaba Miguel en su carta?

Un vago temor nubló sus pupilas.

No, no podía ser. ¿Cómo iba su hermano, después de darle la felicidad, a quitársela, consintiendo que Juan

María partiera para el extranjero sin descubrir que el amor también le había sonreído a él?

¡Quizá obrara con el amigo como había hecho con ella, enviándole su carta!

La sola idea de que esto fuera cierto la hizo cubrirse de un vivo rubor.

Quiso recordar lo que le había escrito a su hermano, mas pensó yue era preferible no recordarlo.

Dejando el tocador, se acercó al balcón. El sol, remontado ya sobre los árboles, penetraba de lleno en la habitación, atravesando la tenue gasa que cubría los cristales. Abriendo la puerta, salió al exterior. La suave brisa de la mañana la acarició con su beso fresco y perfumado. María Celina aspiró con deleite. Dejó que su pensamiento vagara, entornando los ojos para gozar mejor de su dicha. Era ya incapaz de contener su imaginación, saboreando con el recuerdo los mil detalles que entonces le habían hecho duacar, y que en cambio ahora comprendía claramente.

Desde el día que le conoció, notó la inclinación que hacia ella sentía.

¡Qué lejos encontrabà aquella fecha; no hacía más que un año de aquello y, en cambio, a ella se le antojaba que eran siglos los que habían transcurrido en vez de meses! En su mente revivió aquel momento.

Era después de comer; su madre se había retirado a descansar, y ella, ansiosa de conocer hasta el último rincón de la finca, había bajado al jardín. ¡Con cuánta satisfacción lo recorrió, maravillándose a cada instante del exquisito gusto de su hermano!

En aquellos momentos el conde de Monteverde estaba muy lejos de su pensamiento, lo había olvidado casi por complto.

De pronto se encontró con un rosal cuajado de rosas rojas y blancas que llamó poderosamente su atención.

¡Qué maravilla!

Cuidando de no clavarse ninguna de sus espinas, cortó un hermoso capullo, que se prendió en el pecho

Dió media vuelta en dirección al palacio. Quería enseñar a su hermano la idealidad que había encontrado en su jardín. Seguramente, Miguel no se habría movido de su despacho, en donde ella le dejó instalado después de comer para que atendiera a unos trabajos que requerían su atención. ¡Qué ganas tenía de que estuviera completamente restablecido para que bajara a jugar con ella en el hermoso campo de tenis, que ocupaba uno de los extremos del jardín! Otros días darían un largo paseo a caballo, y con lo bien que debía montar Miguel, con su arrogante figura, ¡Qué seductor le encontraba! No la extrañaba que las mujeres se interesasen por él, porque su hermano se lo merecía; como él había pocos, por no decir ninguno.

Ensimismada con estos pensamientos, subió apresuradamente los tres escalones de la terraza y penetró en el vestíbulo; al pasar por delante de uno de los espejos, se detuvo; con coquetería se acercó a él, se contempló con satisfacción, orgullosa de su belleza. No se parecía en nada a su hermano; sin embargo, algunos gestos suyos eran idénticos a los de él.

Desprendiendo el capullo que llevaba en el pecho, lo colocó entre sus rizos, sonriendo satisfecha. ¡Era completamente feliz! Si su hermano la viera, la censuraría este exceso de coquetería, pensó, y como temiendo en verdad que la viera, dejó el espejo, subió deprisa la escalinata, entró en la biblioteca, en donde depositó un libro que llevaba en la mano; después, sin pedir autorización, abriendo la puerta del despacho, se coló en él, a tiempo que decía:

—Mira, Miguel, qué hermoso...

La frase quedó bruscamente cortada al descubrir que su hermano no se hallaba solo. Allí estaba el conde de Monteverde, con su peculiar sonrisa, contemplándola, ¿con admiración?, quizá fuera curiosidad lo que sus ojos reflejaban.

—Perdona, no sabía que estuvieras acompañado —dijo, a modo de excusa, intentando retirarse.

—No te vayas, María Celina, quiero presentarte a mi mejor amigo.

Alzó ella los ojos, mas no pudo evitar que su rostro se cubriera de un vivo rubor al sentirse acariciada por el terciopelo de aquellas pupilas, que la miraban con insistencia, entre guasonas y admiradas.

Dió un pequeño suspiro.

Si en aquel momento le hubieran dicho que acabaría amándole tan ciegamente como le amaba ahora, se hubiera reído de tal suposición. ¡Qué de sorpresas le reservaba el destino! Siempre creyó que si alguna vez llegaba a enamorarse, sería de Ignacio, y no había resultado así. ¡Pobre Ignacio! Sentía con toda el alma lo sucedido, pero no estaba en su mano el remediarlo.

Este pensamiento la trajo a la realidad. Debía ser ya muy tarde.

Volviendo a entrar en la habitación, cerró con cuidado el balcón.

Se vistió con calma, arreglándose con esmero. En sus doradas pupilas titilaba una misteriosa lucecita, y su boca se distendía en una graciosa sonrisa.

¿Por qué tenía más empeño en aparecer hermosa aquel día? Y la respuesta que a su mente acudía la hacía cubrirse de un dulce rubor.

Terminó de arreglarse, y antes de abandonar la habitación se arrodilló en un reclinatorio de damasco, ante un pequeño crucifijo. De sus labios brotó una oración. Confortada con este auxilio, salió en busca de su madre; la encontró en la biblioteca, escribiendo. Se llegó hasta ella, y depositando un beso en su frente, le preguntó:

—¿Qué haces, mamáita?

—Estoy escribiendo a tu hermano, porque hace mucho tiempo que no sé de él.

María Celina apretó instintivamente la cartera que llevaba debajo del brazo, en donde minutos antes había depositado la misiva recibida de Miguel.

—No exageres —dijo—, apenas si hará semana y media que recibiste su última carta.

—¿Te parece poco? —preguntó la marquesa, levantando hacia su hija la vista.

—No; pero tienes que comprender que aquella vida no es como ésta, y que cuando no escribe es porque verdaderamente no puede hacerlo. Lo que pasa es que todavía no te resignas a perderlo, como tú dices.

—Es verdad —dijo doña Beatriz, pensativa—; me había hecho la ilusión de pasar los últimos días de mi vida junto a él.

—¡Por Dios, mamáita! Cualquiera dirá que eres una anciana achacosa, a la que irremisiblemente se le va apagando la vida. Vaya, despeja esas negras ideas que anidan en tu cabecita —añadió María Celina, acariciando sus cabellos—, y procura escribirle a mi hermano algo alegre; el inmenso cariño que por él sentimos no es preciso demostrárselo ensombreciendo su dicha con funestos pensamientos. ¿No te parece?

—Tienes razón —le era sumamente doloroso, pero comprendía que debía obrar así.

—Bueno, ya te dejo en completa libertad.

—¿Dónde vas? —inquirió su madre.

—De compras y luego a dar un pequeño paseo.

—Que te diviertas.

—Gracias.

Volviéndola a besar se dirigió a la puerta, ya en ella se volvió para decirla.

—Se me olvidaba advertirte que no cierres la carta hasta que yo venga, pues quiero escribirle, aunque sólo sean dos letras.

La marquesa asintió con un movimiento de cabeza.

Cerró María Celina la puerta; ya en la escalera encontró a José, que venía a anunciarla que el coche estaba dispuesto.

—Antonio me manda preguntarle si necesitará sus servicios. —dijo seguidamente.

—No, dígame que conduciré yo misma.

—Está bien, señorita.

—Habrá preparado el pequeño, ¿no? —le detuvo con esta pregunta en el momento que emprendía el regreso para cumplir sus órdenes.

—El coche gris de la señorita.

—Sí.

Desapareció José María y Celina continuó bajando la escalera lentamente, como pensativa. Le gustaba enormemente estos paseos matinales en su pequeño cochecito, regalo de Miguel, y sobre todo cuando iba completamente sola. Entró en el comedor, y después de darle a Ernestina, su doncella, algunas órdenes sobre el arreglo de la habitación, salió al vestíbulo, y como aquella mañana, que instantes antes había estado evocando, se contempló largamente en el espejo. ¿Qué le reservaba hoy la vida? No estaba aún muy segura de ello. Salió a la terraza a cuyo pie la aguardaba ya su cochecito de cuatro plazas.

Subió a él, dejó la cartera en el asiento de su derecha, y pisando con suavidad el acelerador, dejó el jardín de la casa, para deslizarse sin apresuramiento hasta encontrar la calle de Alcalá. Al pasar por un escaparate adornado con profusión de encajes se detuvo. Abandonó el coche penetrando seguidamente en la tienda. Había allí unos pañolitos que pensaba adquirir.

Pidió se los mostrara al dependiente, que con suma amabilidad se acercaba ya a servirla. Le sacó hasta seis, un verdadero nido de gasa y encajes. Compró uno azul pálido y otro blanco. Pagó y ya se disponía a salir cuando se detuvo sorprendida. ¿Quién se había introducido en el coche?

Mas la duda duró pocos segundos, pues ya había reconocido en la figura del ocupante a Juan María. No pudo evitar un vuelco en el corazón, pero tenía que reaccionar en seguida, si no quería traicionar sus sentimientos.

Eso no, se dijo olvidando por entero el incidente de la carta; primero moriría que dejar traslucir su amor. Si él la hablaba otorgaría, sin darse pronto por vencida, claro está; pero si él no se hacía galante, callaría, aunque el callar le costase la vida.

Más serena por estas reflexiones, salió a la calle y atravesó la acera, llegando junto al «auto».

Ya Juan María, al verla aparecer, había abierto la

portezuela, invitándola con una sonrisa a que subiera. Ella se le quedó mirando, dudaba entre si dar media vuelta y tomar el camino de su casa, o aceptar la atrayente invitación del mozo; naturalmente, atendiendo a lo que su corazón le estaba diciendo a voz en grito, optó por esto último.

Subió y se sentó a su lado, sin mirarle, sin intentar sonreír siquiera. Juan María la contemplaba risueño. María Celina al saberse acariciada, se sentía nerviosa. lo que le ponía de mal humor. ¿No se había propuesto el conservar el dominio de sí misma en todo momento? De pronto se dió cuenta que se hallaba otra vez frente a su casa; Juan María había puesto en marcha el coche y sin darse ambos cuenta habían ido a parar al paseo de la Castellana. María Celina pensó que la iba a dejar en el palacio, mas no fué así; pronto se dió cuenta de que pasaban de largo, se volvió a mirar instintivamente hacia él, luego dirigió su vista hacia su acompañante, cuya cara de guasa no supo si le indignaba o le daba ganas de reír.

—¿Dónde quiere la señorita que la lleve? —preguntó en tono chancero.

—A casa —repuso ella seriamente.

—¡Oh, no! Ese es un sitio sumamente aburrido. ¿No podrá elegir algún lugar más distraído?

En vista de que ella se obstinaba en callar prosiguió:

—Puesto que usted no manifiesta predilección por ninguno, escogeré yo. La carretera de Chamartín, ¿qué le parece?

María Celina trataba de sofocar la risa y no contestó nada.

—Vaya. ¡Qué amabilidad! Veo que está muy satisfecha con el plan que busqué, porque no sé si sabrá que hay un refrán que dice: «el que calla otorga». ¿Te vas a estar así de calladita para todo lo que te tenga que preguntar? Yo casi lo prefiero.

María Celina vió acercarse lo que con toda su alma deseaba, pero que al mismo tiempo temía, y para disimular su turbación rió alegremente.

Juan María se la quedó mirando. Después dijo con seriedad:

—Llegué a creer que estabas enfadada conmigo, de verdad.

—Aunque hubiera querido estarlo, me habría sido imposible el demostrártelo con la serie de gansadas que llevas soltadas.

—Me alegro de que así sea.

—¿Por qué? —preguntó alzando hasta él los ojos.

—Porque así sabrás juzgar con indulgencia lo que te voy a explicar, para después pedire algo que me interesa; pero antes quiero que conozcas mi vida, tal como ha sido, por mí mismo. No quiero que ninguna alma caritativa, de esas que se dedican a levantar chismorreos por todas partes, lleve la duda a tu corazón.

María Celina le escuchaba con la cabeza baja y en aquel momento recordó a Elena en el día de su puesta de largo. Iba a decirle a Juan María que ya se habían preocupado de esto, intentando sembrar en su alma el veneno de la desconfianza; pero se calló, dispuesta a escuchar lo que él quisiera contarle, decidida a perdonarle. ¿No sabía ella de antemano a qué se iba a referir? ¿No tenía la confianza de su hermano?

Juan María seguía hablando:

—Mi vida no ha sido siempre muy regular; no es que haya cometido nada vergonzosamente censurable, no. Me educaron mal desde pequeñito, no vayas a creer que quiero disculparme echándole la culpa a nadie, pero es cierto; yo nunca tuve hermanos, desde siempre fui muy imperioso, así es que mi voluntad era una orden para mi familia; no se me negaba nada, por descabellado que fuera mi capricho, y si seguí una carrera fué porque tenía voluntad y afición para estudiarla; en caso contrario, nadie se hubiera opuesto a mi negativa, respecto a mis estudios. Mis padres murieron cuando yo era todavía muy joven, pero como ya tenía cumplida la mayoría de edad, no me quise someter a nadie de la poca familia con que con-

taba entonces; ahora ya no tengo a nadie en el mundo, mi familia hace años que se extinguió; la única tía que me quedaba murió mientras yo estaba en Inglaterra. Solamente a ella consentía en ir a visitarla de tarde en tarde, pero sin querer escuchar nunca los sermones que en mis visitas me prodigaba; la quería, pero no la obedecía. Me gustaba el juego, las mujeres y la vida de derroche y de lujo. No llegué a malgastar mi fortuna, pero le di buen aire. Mi carrera por entonces la tenía abandonada, me encontraba demasiado ocupado para atenderla.

Al poco tiempo encontré a tu hermano, y nuestra amistad se estrechó inmediatamente, llegando a querernos como si toda la vida nos hubiéramos visto; más aún, como si verdaderamente fuéramos hermanos.

El no me seguía en mis correrías, pero tampoco me las censuró nunca. Contábamos con muchísimas amistades que sin vanidad nos asediaban a invitaciones para sus fiestas; en una de ellas conocimos a Elena de Santiago, de momento nos gustó a los dos. Yo, más voluble que tu hermano, me cansé pronto de su belleza; además tenía la certeza de que a Miguel le entusiasmaba; Miguel no era persona que le gustase jugar con estas cosas.

El asunto lo seguía Miguel con formalidad, y hubiera acabado en serio si no fuera porque tu hermano se dió cuenta de que Elena estaba jugando con su amor mientras se entretenía en coquetear con otros; no sé si tu hermano sufriría mucho o no, porque a pesar de la gran confianza que siempre ha depositado en mí, no quiso hablarme nunca de este particular.

Cuando Elena se dió cuenta de su error quiso retroceder; pero fué inútil, Miguel siempre ha tenido una voluntad firme, yo no sé si le seguirá gustando; el caso es que rechazó toda idea de reconciliación, permaneciendo inflexible. Elena creyó que yo había influido en el ánimo de tu hermano y me odió con toda su alma, jurando vengarse de Miguel y de mí; no tengo la certeza de que lo haya conseguido, pero me imagino que por lo menos lo ha intentado.

María Celina se mordió los labios, ella también había sido objeto de esa venganza. Juan María la contempló disimuladamente, mientras aparentaba tener fija la mirada en la amplia carretera, por la que con lentitud iba conduciendo el pequeño coche de María Celina.

—Estalló la guerra —dijo Juan María—, y ya sabrás por tu hermano que partí para el extranjero. Quiero serte sincero en todo, y te diré que procuré olvidar por entero la tragedia de España para disfrutar de lleno en cuantas ocasiones se me presentaban; pero también te seré sincero si te digo que había una cosa que no lograba olvidar, y era Miguel y mis fincas. Me enamoré de una muchacha, aunque no llegué a declararle mi amor, porque comprendí que ella se había interesado formalmente, y como yo, tengo que confesártelo, había huído siempre del terreno formal en cuanto al amor, porque no pensaba casarme, no quise dar pábulo a sus esperanzas, aunque ahora me temo que quizá se lo di sin darme cuenta; pero ya no tiene remedio. Me vine a España y tardé en olvidarla lo que tardé en ponerme al corriente otra vez de la vida de Madrid. Pero esta vida ya no fué lo mismo que la que llevé antes de la guerra; no sé, el día que vi por primera vez a tu hermano, después de mi regreso a la patria, lo encontré tan cambiado, me habló en unos términos tan distintos de como solía hacer siempre conmigo, que sin darme cuenta iba dejando poco a poco lo que hasta entonces había sido para mí de gran interés, sin comprender, como ahora comprendo, que en la vida del hombre hay algo más trascendental, hay un alma que salvar —hizo una pausa—. La noche misma de tu cumpleaños, cuando me llamó tu hermano, esto lo recordarás; cuando estábamos bailando y cuando te estaba haciendo una promesa que luego no cumplí, ¿no es cierto?

María Celina asintió con un movimiento de cabeza, sin atreverse a levantar la vista.

—Alguien había sembrado la cizaña en mi camino —prosiguió con tristeza Juan María—, y mi sueño se

vino abajo ante la brusca realidad; tu hermano se oponía abiertamente a que yo te hiciera el amor, tenía miedo de mi volubilidad, y porque esta vez la espina que, según él yo iba a clavar, le rozaba, la arrancó de cuajo. El dolor me cegó, obligándome a hacer lo que tú ya viste; no quiero recordarlo porque me apena; sé que no tengo disculpa, pero me atrevo a confiar en tu indulgencia.

Había detenido el cochecito y con marcada ansiedad se inclinaba hacia María Celina. Ella, abriendo la cartera, sacó la carta que recibiera aquella mañana de Miguel, entregándosela. Juan María la leyó con visible emoción, cuando terminó aún la retuvo en sus manos, mientras decía, sin atreverse a mirarla:

—Sabía por él mismo que te había escrito, pero nunca supuse que lo hiciera en estos términos —se quedó un momento pensativo, después preguntó—: ¿Por qué no me dijiste antes de empezar que ya conocías la historia?

—Porque quería escucharla de tus labios, quería que fueras tú el que me hicieras tu propia confesión, como mi hermano me ha escrito la suya —dijo alargándole otro plieguecillo de papel, que también sacó del mismo sobre.

Lo leyó Juan María aún con más emoción que el anterior; Miguel le escribía a su hermana contándole la historia del hombre que ella amaba, y para quitarle importancia, para convencerla de su real arrepentimiento, a renglón seguido, le contaba su propia vida.

—¡También te ha hablado de esto! —dijo meditativo, mientras en su interior se decía que tan cerca que había estado siempre de su corazón y no había sabido llegar a conocer su grandeza.

—Sí, Miguel es incapaz de engañarme, aunque mamá tiene buen empeño en ocultármelo.

—Entonces... —dijo él esperanzado—, estarás ya convencida que tampoco te ha engañado en lo que se refiere a mí.

—Sí, lo estoy.

Juan María se apoderó de una de sus manos.

—¿Me permites, pues, que te diga ahora lo que aquella noche callé; lo que está deseando mi corazón? He sufrido mucho, pero todo lo doy por bien empleado a cambio de esta felicidad, que no merezco, pero que Dios ha querido, indulgente, otorgarme. Te quiero, nena, te quiero como es imposible definir. ¿Cómo iba yo a soñar que la dicha se me viniera a mis manos con esta facilidad? Pero tú aún no me has dicho nada.

María Celina reía feliz.

—Cómo quieres que diga si aún no me has dejado espacio; eres un impetuoso y mereces que no te quiera.

—No dirás eso en serio —añadió él con fingida alarma.

—Sería inútil que lo dijera, puesto que me imagino que tú también conservas la carta que yo escribí a mi hermano. Eres un hipócrita, pero yo lo adiviné.

—Bueno —dijo disculpándose torpemente—; se me había ovidado... Supongo que no te habrás enfadado por ello.

Quiso decirle que sí, pero la cara compungida de Juan María la desarmó. Pensó que le encontraría dominada siempre por él. Pero esto no la importó, pues que le quería con toda su alma.

* * *

El palacio de Alda comenzó a iluminar sus balcones y ventanas como ojos abiertos en la noche; fuera, en el jardín se habían reunido varios coches.

La puerta principal de la casa se hallaba abierta de par en par. En el hall había un movimiento continuo de personas que entraban y salían del salón en donde se encontraban los innumerables regalos ofrecidos a María Celina, cuya boda debía celebrarse al día siguiente. Otros subían al primer piso, allí estaban expuestos los trajes, entre ellos, el de novia, un verdadero ensueño; en un extremo del salón y dispuestas en una vitrina aparecían las alhajas. María Celi-

na, completamente feliz, se las mostraba al grupo de amigas que las rodeaban alegres entre exclamaciones de admiración.

Doña Beatriz atendía a las señoras, mostrándoles el fino encaje de una mantelería. El servicio danzaba sin parar de un lado para otro, colocando cosas, atendiendo a los que llegaban.

El desorden era completo aquella noche en el palacio de Alda, encendido como un ascua y que mostraba a los admirados ojos de los visitantes su majestuosa hermosura.

En cambio, el jardín se hallaba en completa penumbra, el silencio era casi absoluto, ya que el bullicio que reinaba en la casa llevaba tenuamente.

La grava del andén central crujía débilmente bajo las plantas de las dos elevadas figuras masculinas que sin prisa alguna se deslizaban por él. Una de ellas era un fraile, en cuyos verdes ojos brillaba una luz de felicidad; el otro era Juan María. Parecía extraño el encontrarlos en el jardín en aquellos momentos en que todo el mundo reclamaba su presencia. Y ellos habían huído de todo aquello para saborear a solas su inmensa felicidad. Caminaban silenciosos.

—Y bien. Juan María, ¿qué piensa mamá cuando os haya casado? —preguntó el fraile al cabo de un rato a su amigo.

—Su intención —contestó éste— era la de marcharse al castillo; pero yo me he opuesto a ello. ¿Qué necesidad tiene de vivir sola? ¿No te parece? —y añadió sin esperar a recibir contestación—: Ella no tenía otra ilusión que la de acabar sus días junto a ti, y así me lo ha repetido varias veces; por eso al manifestar su decisión, cuando concertamos nuestra boda, de marcharse, me negué rotundamente. No quiero que vuelva al castillo sola, y si alguna vez quiere ir, será en nuestra compañía; así me lo he propuesto, no se separará de nosotros para nada. No podré satisfacer su ilusión, porque es imposible; tu vida está trazada ya, pero al menos trataré de ser para ella, sino lo que tú representas, por lo menos un segundo hijo

respetuoso y sumiso, que la quiere ya con toda su alma.

Estas sencillas palabras tuvieron el poder de turbar al fraile, que, deteniéndose, pasó sus fornidos brazos por los hombros de su amigo para murmurar un poco emocionado:

—¡Gracias, Juan María! —hizo una pequeña pausa, después dijo—: ¿No sabes, Juan María? He encontrado mis blasones.

—¿Qué dices? No te comprendo. ¿Cómo los has encontrado si los perdiste al partir para el convento?

—Cierto, perdí mis títulos terrenos. Pero ¿qué valen éstos al lado de los que acabo de encontrar? Nada.

Ante la muda expresión de asombro de Juan María, Miguel se apresuró a explicar.

—Verás, cuando yo luchaba en el frente, mi divisa, mi victoria, a la par que la gloria de España, era recuperar a mi madre y hermana; era llevar a Dios por todos los pueblos de la patria; era lograr la paz y el sosiego a mi pobre alma. Ganada esta empresa, y poco después de recibir tu visita, comprendí que me faltaba la victoria mayor y más difícil de obtener, la salvación de tu alma. Luché con ahinco, y hoy, después de un rotundo éxito, vengo por el premio merecido. ¿Cuál? Mis blasones. Por ellos luché, y como yo, lucharon otros tantos para lograr la grandeza de España, para arrancar de nuestro suelo la malvada cizaña que emponzoñaba y corrompía los trigales del Señor, para traer de nuevo a nuestra querida patria lo que siempre se sintió orgullosa de tener, el amor divino arraigado en el pecho de sus hijos y el santo temor de Dios. Estos son mis verdaderos blasones.

F I N

COLECCION PUEYO DE NOVELAS SELECTAS

- 1.—J. Ohnet: «Felipe Derblay».
- 2.—Héctor Malot: «En familia».
- 3.—Max du Veuzit: «John, chófer ruso».
- 4.—Max du Veuzit: «La condesita».
- 5.—Miss Braddon: «Violeta».
- 6.—Max du Veuzit: «Un marido excepcional».
- 7.—M. Dely: «Magali».
- 8.—M. Dely: «Entre dos almas».
- 9.—M. Dely: «¿Esclava... o reina?»
- 10.—M. Dely: «El final de una valquiria».
- 11.—M. Stéphane: «¿Tiene corazón?»
- 12.—M. Dely: «La expatriada».
- 13.—M. Dely: «Bajo el antifaz».
- 14.—M. Dely: «El secreto de Kou-Kou-Noor».
- 15.—M. Dely: «El misterio de Ker-Even».
- 16.—M. Dely: «La ondina de Capdeuilles».
- 17.—M. Dely: «La canonesita».
- 18.—M. Dely: «La gata blanca».

- 19.—M. Dely : «Mitsis».
- 20.—M. Dely : «Flores del hogar».
- 21.—Guy de Chantepleure : «El beso a la luz de la luna».
- 22.—Eugenia Marlitt : «La casa de los buhos».
- 23.—M. Maryan : «La rosa azul».
- 23 bis.—Pierre de Saxel : «Jorge y yo».
- 24.—Guy de Chantepleure : «Prometida de abril».
- 25.—M. Maryan : «El rescate».
- 26.—M. Dely : «El infiel».
- 27.—Max du Veuzit : «Mi marido».
- 28.—Eugenia Marlitt : «Isabel, la de los cabellos de oro».
- 29.—María Teresa Sesé : «La princesa Kali».
- 30.—María Teresa Sesé : «Un padrino despreocupado».
- 31.—M. Dely : «Los buhos de las Peñas Rojas».
- 32.—Champol : «Las dos marquesas».
- 33.—Eugenia Marlitt : «La segunda mujer».
- 34.—Eugenia Marlitt : «El secreto de la solterana».
- 35.—M. Maryan : «La novela de Rémie».
- 36.—Eugenia Marlitt : «La princesita de los brezos».
- 37.—Eugenia Marlitt : «La dama de los rubios».
- 38.—Loly Garrido : «Juego de amor».
- 39.—María del Carmen Garrido : «María Fernanda».
- 40.—M. J. Chiampos : «Noche en el camino».
- 41.—María de las Nieves Grajales : «Huellas del pasado».
- 42.—Loly Garrido : «¡Patricia del alma!»
- 43.—María del Carmen Garrido : «¡Renunciar!»
- 44.—M. J. Chiampos : «La boda de Flor María».
- 45.—M. Dely : «El secreto del Luzettes».

- 45.—Guy de Chantepleure: «Mi conciencia en traje rosa».
- 47.—M. J. Chiampos: «Ensueños».
- 48.—M. J. Chiampos: «El duque de Lara».
- 49.—María Teresa Sesé: «Elena de Ballencourt».
- 50.—Mario Donal: «El ogro y la bella».
- 51.—María de las Nieves Grajales: «Mujercita adorables».
- 52.—María del Carmen Garrido: «Mi novia de cristal».
- 53.—María Teresa Sesé: «La incógnita».
- 54.—René Renault: «Bomboncitas».
- 55.—Carmen Martel: «La princesa de los brillantes».
- 56.—Mauricia Le Beaumont: «Pavesillas».
- 57.—Ivonne Schultz: «El marido de Bibiana».
- 58.—María Teresa Sesé: «Igual que un cuento».
- 59.—Cristina Luján: «El resurgir de una leyenda».
- 60.—Max du Veuzit: «El autómatas».
- 61.—Paloma Martín Baena: «Rosa María».
- 62.—María Teresa Sesé: «El príncipe Orange».
- 63.—María de las Nieves Grajales: «Pilar y Pillarín».
- 64.—M. J. Chiampos: «La condesa, la princesa y ella».
- 65.—Loly Garrido: «Natacha del Río».
- 66.—M. J. Chiampos: «Luz en las sombras».
- 67.—Max du Veuzit: «Noche nupcial».
- 68.—René Renault: «Luz de alma».
- 69.—Paz de Castilla: «Varias pasiones y un solo amor».
- 70.—María Teresa Sesé: «Marido de un día».
- 71.—M. J. Chiampos: «Una estrella en tres espejos».
- 72.—María Adela Durango: «El sacrificio de Magda».
- 73.—María N. Grajales: «Y un día, sin saber por qué...».

- 74.—Cristina Luján: «El solitario de la casa gris».
- 75.—René Renolt: «Julio y Juñas».
- 76.—María Teresa Sesé: «La catástrofe de mi vida».
- 77.—María Teresa Largo: «El secretario del conde».
- 78.—Mary Carré: «Maguita».
- 79.—Sina del Coso: «¿Altivez... o sumisión?»
- 80.—Lupe Gómez Campos: «Penitencia de amor».
- 81.—Carmen Martel: «El Pierrot rojo».
- 82.—María Adela Durango: «Ojos verdes».
- 83.—María Teresa Largo: «Se necesita una enfermera»
- 84.—René Renolt: «La fierecilla».
- 85.—Paloma Martín Baena: «El tutor de Chispa»
- 86.—Sirio: «Del color de la esperanza».
- 87.—M. J. Chiampos: «Su mujer».
- 88.—Teresa Koehler: «Rama desprendida».
- 89.—Max du Veuzit: «Arlette y su sombra». (2 tomos.)
- 90.—M. J. Chiampos: «Entre dos partes de boda».
- 91.—Sazu: «¿Quién es él?»
- 92.—María Adela Durango: «Loreto en la Costa Azul».
- 93.—María Teresa Sesé: «La aventura de una maniquí».
- 94.—María de las Nieves Grajales: «Crisol de almas».
- 95.—Max du Veuzit: «El desconocido de Castel-Pic».
- 96.—María del Carmen Garrido: «La estrella inaccesible»
- 97.—Cristina Luján: «¡Y el amor llamó a mi puerta!»
- 98.—María Teresa Largo: «Un cuerpo sin alma».
- 99.—Paz de Castilla: «Luna de miel sin idilio».
- 100.—María Teresa Sesé: «La vida de Isabel».
- 101.—M. J. Chiampos: «¡Casada!»

- 102.—Celia de Luengo: «El placer de los dioses».
- 103.—María Adela Durango: «El fiscal y yo».
- 104.—Rosa del Mar: «Más vale casarse».
- 105.—María Teresa Sesé: «Mi pequeña historia».
- 106.—Paloma Martín Baena: «La duquesa de Latencourt».
- 107.—Blanca Sáenz-Alonso: «La enemiga de los hombres».
- 108.—Lupe Gómez Campos: «El último recurso».
- 109.—M. J. Chiampos: «Flor de invierno».
- 110.—María de las Nieves Grajales: «¿Coqueta?»
- 111.—Magda Gaviria: «In articulo mortis».
- 112.—Sina del Coso: «Una sorpresa feliz».
- 113.—Carmen Martel: «Concuso de novios».
- 114.—M.ª C. Garrido: «¡Aquella antipática estrechacha!»
- 115.—M. J. Chiampos: «Nieve y fuego».
- 116.—Paloma Martín Baena: «La locura del doctor Cunino»
- 117.—María Teresa Sesé: «El sino de los Campanales».
- 118.—M. J. Chiampos: «Al margen del amor».
- 119.—María de las Nieves Grajales: «Un alto en el amor».
- 120.—Antonia Ruggeri Díaz: «La condesa Lidón».
- 121.—María Martí: «Les presento a mi mujer».
- 122.—Paz de Castilla: «Susana Rosa».
- 123.—Teresa Kochler: «Boda insospechada»
- 124.—Concepción Castellá: «Las que saben amar».
- 125.—Josefina Romero: «Un idilio en los Balcanes».
- 126.—Lupe Gómez Campos: «La jorobada de Marvalles».
- 127.—María Teresa Albo: «Condesa por venganza».
- 128.—Amelia Pina de Cuadro: «Buscando al más guapo».
- 129.—Clara du Veuzit: «Estrella precoz».

- 130.—María Teresa Sesé: «Un mes de permiso».
- 131.—M. Villamar: «Sueño de amor nocturno».
- 132.—Pedro Mora: «La gitana blanca».
- 133.—Herminia Naranjo: «La dama enlutada».
- 134.—María de las Nieves Grajales: «Su gran culpa».
- 135.—María del Pilar Carré: «El orgullo de los Waterford».
- 136.—Maricé Salcedo: «Ella, frente al amor».
- 137.—Faz de Castilla: «Tenía que pasar».
- 138.—Blanca Sáenz-Alonso: «Una boda extraña».
- 139.—Ana María de la Encina: «Osada aventura».
- 140.—Amelia Piza de Cuadro: «Y surgió lo inevitables».
- 141.—M. J. Chiampos: «¡Inconscientes!»
- 142.—Lupe Gómez Campos: «La frontera del olvido».
- 143.—María Romero Jusén: «Media boda y un marido».
- 144.—Saga: «Sin desviar su camino».
- 145.—Magda Gaviria: «La dama de la noche».
- 146.—María Teresa Sesé: «Un extraño doctor».
- 147.—M. J. Chiampos: «El ahijado del duque».
- 148.—Max du Veuzit: «Un condesito sin par».
- 149.—Ricardo Mazo: «El amor está en la puerta».
- 150.—M. J. Chiampos: «¡Si no fuera reina!...»
- 151.—María Teresa Sesé: «Completamente sola».
- 152.—María de las Nieves Grajales: «Eterna primavera».
- 153.—Cristina Luján: «En poder del maléfico».
- 154.—María Adela Durango: «La moderna centientas».
- 155.—Anita Serrano: «Entre la fortuna y el amor».
- 156.—María Teresa Sesé: «Una familia asombrosa».
- 157.—M. J. Chiampos: «Su pequeña hada».

- 158.—María Martí: «Un contrato inverosímil».
- 159.—Maricé Salcedo: «Unos labios de mujer».
- 160.—Celia de Luengo: «Entre dos deberes».
- 161.—Paz de Castilla: «Se ha escapado una mujer».
- 162.—Paloma Martín Baena: «La pequeña Torbellino».
- 163.—Ángel Chiment: «Camino de rosas».
- 164.—María del Pilar Carre: «Su mejor aliado».
- 165.—María Teresa Albo: «Un misántropo se enamora».
- 166.—M.^a D. Bobadilla: «¡Mi marido será un perdonero!»
- 167.—Carmen Martel: «Laura de Monteflorido».
- 168.—Agullar de Rucker: «El error de Lilitana».
- 169.—Trini de Figueroa: «Rebeldía justificada».
- 170.—M. J. Chiampos: «El amor al enemigo».
- 171.—María Teresa Sesé: «Egoísmos humanos».
- 172.—María Adela Durango: «La muchacha del sábado».
- 173.—Pili G. Rúa: «La princesa Gissha».
- 174.—Feraya: «El amor de Menchu»
- 175.—M. J. Chiampos: «María Soledad».
- 176.—Lupe Gómez Campos: «La verdadera sonda»
- 177.—María de las Nieves Grajales: «Desquite».
- 178.—A. Gimeno Clemente: «Marta, María y el duquesito».
- 179.—Amelia Pina de Cuadro: «Su novia de una noche».
- 180.—F. Ortiz Valenzuela: «... Y al fin triunfó el amor».
- 181.—Magda Gaviria: «Cuatro besos de mujer».
- 182.—María Teresa Sesé: «Al fin salió el sol».
- 183.—M. J. Chiampos: «Un marido por despecho»
- 184.—Trini de Figueroa: «Amor y orgullo».
- 185.—Arifio Sáinz: «El rancho de la Esperanza».

- 186.—Maricó Salcedo: «Niebla en el Cáucaso»
- 187.—María Teresa Sesé: «Conciertos».
- 188.—María del Pilar Carré: «El final de una aventura».
- 189.—María del Pilar Grajales: «El soñar de Mari Té».
- 190.—María de los Remedios Bravo: «Sombras del pasado».
- 191.—Carcaño de Castro: «Dulce María».
- 192.—Mavy Hortensia Inestal: «Siete paladines».
- 193.—Antonia Ruggeri Díaz: «Se casó con sus dos padrinos».
- 194.—María de las Nieves Grajales: «Nido de águilas».
- 195.—María Adela Durango: «Esposa inesperada».
- 196.—Trini de Figueroa: «París a sus pies».
- 197.—María Teresa Albo: «Los caprichos de una yanqui».
- 198.—Angel Climent: «El rescate del amor».
- 199.—Amelia Pina de Cuadro: «¿Era, acaso, un juguete?»
- 200.—Matilde Redón: «Aquella aventurera».
- 201.—M. J. Chiampos: «Sueño de un sueño».
- 202.—María Teresa Sesé: «Recuerdos».
- 203.—Carmen Martel: «Gardenias en el ojal».
- 204.—Carmen San Sebastián: «Paz en la altura».
- 205.—María de las Nieves Grajales: «Aquellos atardeceros»
- 206.—Agueda de Vianney: «El secreto de una vida».
- 207.—Trini de Figueroa: «Drama en el aula».
- 208.—Júcar: «Los conflictos de Mari Sol».
- 209.—Maguca: «Son sus alas rotas».
- 210.—Maruja de Gambio: «Bajo otros cielos».
- 211.—M. J. Chiampos: «Un rey y un amor».
- 212.—Celia A. Mantúa: «Una mujer de otro ambiente».
- 213.—Pili G. Rúa: «Sueño azul».

- 214.—María Teresa Sesé: «Sucedió así».
- 215.—Aanta Serrano: «Los diamantes del rajá».
- 216.—María del Pilar Carré: «Tenía que ser así».
- 217.—María Adela Durango: «SIXTO, el payaso».
- 218.—Blanca de Salazar: «El error del doctor Mauris».
- 219.—Isabel Saluena: «La verdad de la mentira».
- 222.—Paz de Castilla: «Las flechas de la esfinge».
- 223.—Neny del Arco: «Así no te querrán».
- 224.—L. Acero Nuevo: «El vuelo de la alondra».
- 225.—María del Carmen López: «Catedra y pergaminos».
- 226.—María Teresa Sesé: «Un viaje a la capital».
- 227.—M. J. Chiampes: «Fugitiva en la niebla».
- 228.—Francisco de Corcaval: «Flor del valle».
- 229.—María Pilar de Molina: «Oisne de bronce».
- 230.—Blanca Bdez. Yagüe: «El bosque de los manzanos».
- 231.—Trini de Figueroa: «¡Han vuelto nuestros cadetes!»
- 232.—M.ª de las Nieves Grajales: «Conflictos de juventud».
- 233.—G. Casasola: «Un bello día volverá».
- 234.—Celia López: «¿Quién soy yo?»
- 235.—María Teresa Sesé: «Todo acaba bien».
- 236.—F. Ortiz Valenzuela: «Luna de Hawai».
- 237.—Trini de Figueroa: «Su Majestad el Destino».
- 238.—María del Pilar Carré: «Una boda singular».
- 239.—Angel Climent: «¡Cuidado con los hombres!»
- 240.—Concepción Castellá: «Tristeza de amor».
- 241.—M. Meydan: «Magda».
- 242.—Pill G. Rúa: «Una apuesta, un amor y una boda».
- 243.—Ana María de la Encina: «Juguetes del Destino».

- 244.—Matilde Redón: «El loco del valle».
- 245.—M. J. Chiampos: «Entre dos amores».
- 246.—María Teresa Sesé: «Palomas».
- 247.—A. Pina de Cuadro: «Se interpuso una sombra».
- 248.—H. Naranjo: «Maribel de Claldint».
- 249.—A. C. Sagols: «Amor y aventura en Sainte-Vernont».
- 250.—Carola Vappa: «Lo que no es posible».
- 251.—M. J. Chiampos: «Quiebra en luna de miel».
- 252.—Cristina Feijóo: «Amor, celos y perdón».
- 253.—J. Díez Morante: «Cuando vuelvas a mí».
- 254.—P. J. Flores: «Esposa por testamento».
- 255.—Matilde López: «Un baile en alta mar».
- 256.—Maricó Salcedo: «Vienes callando amor».
- 257.—M.^a Teresa Sesé: Pasajes de una vida.
- 258.—Carmen E. Quintana: «La escondida senda».
- 259.—Trini de Figueroa: «Cadenas del corazón».
- 260.—M.^a Teresa Lascos: «Diagnóstico espiritual».
- 261.—S. Subiza: «La inocencia y el amor».
- 262.—M. E. Chiampos: «José Miguel».
- 263.—María Celia López: «El secreto que guardó la nieve».
- 264.—María Teresa Sesé: «Federica».
- 265.—A. Ruggeri Díaz: «Concursos de gitanas».
- 266.—Fanny Merio: «Ladrón... o millonario».
- 267.—Francisco Ortiz Valenzuela: «Las inquietudes de
Nenas».
- 268.—Maruja de Gambio: «Mi casita de Saint Clons».
- 269.—M.^a Adela Durango: «El reloj de la bruja».

- 270.—Trini de Figueroa: «El hechizo de una voz».
- 271.—A. López Masota: «Entre el amor y el trono».
- 272.—M. J. Chiampos: «Cuando el amor no es amor».
- 273.—María Teresa Sesé: «Otro rumbo».
- 274.—Kara Merke: «La llama que se extingue».
- 275.—Carmen Martel: «La historia del Duque».
- 276.—Mariló G. Dalmau: «A la conquista del Duque».
- 277.—María de las Nieves Grajales: «Mitzy, esposa».
- 278.—María del Pilar Molina: «Un marido de ocasión».
- 279.—M. López Rebullida: «La princesa Flor de Nieve».
- 280.—Angel Climent: «Doble boda».
- 281.—Celia de Luengo: «Evas modernas».
- 282.—Tatiana: «Rosas del Sur».
- 283.—Paloma Martín Baena: «Mi terrible abuelo».
- 284.—Matilde Redón: «Luna sobre nieve».
- 285.—F. Ortiz Valenzuela: «Un enamorado indeciso».
- 286.—Marina de Nerva: «El chófer del marqués».
- 287.—Teresa de Olmedilla: «Difícil tutela».
- 288.—Amaya de Elola: «Zsibai».
- 289.—C. M.^a Alloza: «Encontré mis blasones».
- 290.—Trini de Figueroa: «Entre mar y cielo».

EN EL PROXIMO MES DE ABRIL

SE PUBLICARAN:

- 291.—M. J. Chiampos: «Cuatro hermanas le quisieron».
- 292.—Marité Salcedo: «Salomé».
- 293.—M.^a Adela Durango: «Los cuatro maridos de Lady».
- 294.—M.^a Teresa Sesé: «Fantasías».



PUEYO
MADRID

5 PESETAS

Printed in Spain

Cristina M.^a
Alloza

¡Encontré
mis
blasones!

N.º

289